LADY MACNOBLE
Una Sassenach en las Highlands
Viajeras del tiempo I

Una sassenach en las Highlands

Lady MACNOBLE

Copyright © 2023 LADY MACNOBLE

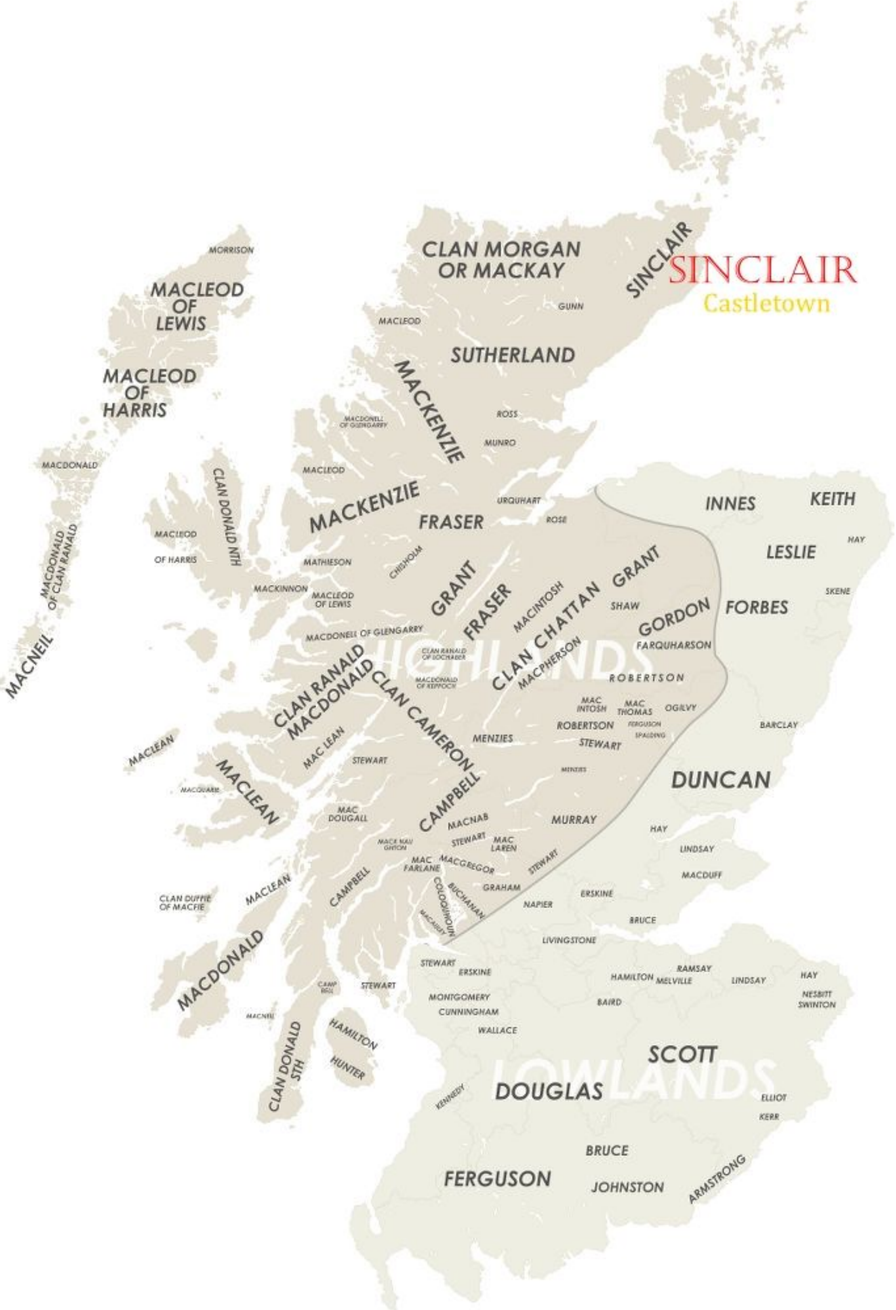
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y

localizaciones de estos. Esta novela esta escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Para mi querido lector,
espero poder hacer que traspases las barreras
del tiempo y disfrutes de este viaje…

Mapa de los clanes de Escocia



Prólogo

Thurso, en las Highlands de Escocia, año 1612

El cuerpo me dolía como si un caballo me hubiese pasado por encima. Con mucho esfuerzo conseguí abrir los ojos, el sol no estaba muy fuerte, o quizás fuesen la cantidad de árboles frondosos que se alzaban ante mí los que impedían que los rayos de este me alcanzaran. Me incorporé lentamente y me quedé sentada, todavía estaba algo mareada y sentía un pequeño calambre en las plantas de los pies.

Miré a mi alrededor y no reconocí el lugar, desde luego seguía en el bosque, pero no en el monasterio al que nos había conducido Herea, a Amara y a mí. ¿Dónde demonios estaba?

—¡Amara, Herea! —grité tan alto que mi garganta se resintió.

Me quedé unos segundos en completo silencio, mi corazón dejó de latir al mismo tiempo, y mis pulmones se negaban a inhalar mientras mis oídos se agudizaban, pero nada, no hubo respuesta, solo el sonido de las hojas mecidas por el viento, junto con el trinar de los pájaros y demás sonidos de la naturaleza llegaban hasta a mí. Me levanté temblorosa, sintiendo que mis piernas estaban hechas de mantequilla y completamente desconcertada.

«¿Por qué estaba sola? ¿Me había desmayado? Ellas nunca me hubieran dejado en medio de la nada abandonada, y mucho menos inconsciente». Pensé.

Nos conocíamos desde la infancia, eran mis mejores amigas, las quería y ellas a mí. «¿Les habrá pasado algo». Tan solo el pensamiento de esa idea me hizo entrar en pánico y me incitó a moverme por el lugar para buscarlas.

Iba descalza, así que caminar fue una tarea bastante dolorosa por aquel sendero pedregoso. Busqué con desesperación el final de la vegetación que parecía que por momentos se hacía más densa y salvaje, cuando me pareció escuchar un sonido en la lejanía.

—¡Herea estoy aquí! —Corrí hacia la dirección de la que provenía el ruido que cada vez se hacía más cercano—. ¡Amara!

Mis lágrimas comenzaron a brotar sin control y, sentí como se me humedecían las mejillas.

Los ruidos se hicieron inminentes, y pude distinguir que se trataba de un caballo por el sonido de sus cascos. «¡Gracias a Dios!» Alguien estaría dando una vuelta por los alrededores y me ayudaría, pensé.

—¡Socorro! —Traté de llamar la atención de quien fuese, estaba perdida y asustada.

Cuando por fin alcancé a ver aquella figura imponente, todo mi ser no daba crédito a la inusual situación. Un hombre, muy corpulento, demasiado corpulento como para ser real, montaba una gran bestia negra de crines todavía más oscuras y brillantes. Parecía un antiguo caballero sacado de una película de la edad media. Llevaba el pelo suelto, largo, un poco más abajo de los hombros, y era del color del trigo en verano. Sus ojos tan inmensamente azules que destacaban con esa tez tostada me miraban duramente, mientras que sus espesas cejas remarcaban la desconfianza de su mirada. Me quedé paralizada mientras observaba como desmontaba del animal tan solo de un ágil salto. Llevaba una falda, y sobre ella un cinturón que sujetaba una espada de una envergadura considerable. Se acercó a mí con el rostro serio, y por inercia mi cuerpo retrocedió.

—*Cò thu?* —su voz era tosca y varonil, e hizo que todo mi ser se estremeciera.

—Yooo… —titubeé. —No te entiendo.

Aquellos ojos tan expresivos se clavaron en mí de una forma intensa, parecía enfadado.

—Tha an raon seo cunnartach, tha grunn chòmhstri air a bhith ann le cinnidhean eile.

¿Qué idioma sería aquel? No se parecía a nada que conociese. Decidí hablarle en inglés, quizás eso sí lo entendiera.

—*I need help, I'm lost* —Él abrió mucho los ojos y apretó los dientes con rabia.

—*¡Sassenach!* —Conforme escupió aquella palabra con aparente rabia, me agarró del brazo con fuerza y tiró de mí en dirección a su caballo.

El pánico se apoderó de todo mi ser al sentir la dureza de su agarre, y mi corazón comenzó a palpitar de tal forma que podía sentir las pulsaciones en la garganta.

—¡No, suéltame! ¡Socorro! —grité y traté de zafarme en vano de aquel hombre que parecía un bloque de piedra.

Mi cuerpo luchaba con todas sus fuerzas contra aquella mole de músculos que parecía no inmutarse con ninguno de mis golpes, golpes algo torpes por aquel abullonado vestido. Entre forcejeos, gritos, y arañazos que le propinaba a aquella roca, de pronto sentí un duro

impacto contra mi cabeza, y supe que ya no había nada más que hacer…

Capítulo 1

Galicia, Esgos, 13 mayo del 2023

Herea, ¿estás segura de que a tu abuela no le importará que nos quedemos hoy a dormir, y sin avisar?

—Zeltia, ya te lo he dicho veinte veces, mi *avoa* estará encantada, ya sabes lo mucho que le gusta que vayamos.

—Ya, pero es que esta vez nos presentamos de improvisto, eso no está bien, además la mujer ya tiene sus años, y es un poco tarde.

—Son solo las siete de la tarde, a mí no me parece tan tarde —contestó Amara.

—De acuerdo, ya me callo. —Levanté las manos en señal de rendición, era imposible enfrentarse con aquellas dos.

Nos quedaba muy poquito para comenzar las clases en la universidad, y Herea nos propuso ir a pasar unos días a casa de su abuela que se encontraba a unos pocos kilómetros de nuestra querida Ourense. Concretamente en la pequeña población de Esgos. Éramos aficionadas al senderismo, y cuando mi amiga nos sugirió ir a conocer los alrededores del pueblo de la casa de Aldara, no pudimos decir que no. Por lo visto, desde allí se podía llegar caminando a un precioso monasterio que databa del año quinientos, y a mi amiga le pareció un buen plan para pasar los últimos días que nos quedaban de las vacaciones. Me resultó extraño que en todos los años que habíamos ido a Esgos jamás hubiesen mencionado lo del monasterio.

Aparcamos el coche en el pueblo y caminamos unos quince minutos hasta la casa de Aldara, ya que estaba a las afueras del municipio, e integrada en el bosque, y era imposible acceder con el coche.

Divisamos la casa desde el camino de acceso a la misma, gracias a su elevación. Era preciosa, estaba construida con bloques de piedra y un bonito tejado a dos aguas, una de las paredes destacaba con diferencia a las demás ya que estaba completamente cubierta de buganvilias, y además en plena floración, algo que le daba vida a la

construcción gracias a sus flores fucsias.

Justo enfrente de la morada; el huerto, y unos metros a la derecha, un cercado donde había tres cabras con las que con la leche de estas Aldara hacía un queso fresco buenísimo. No era la primera vez que la visitaba, de hecho, casi todos los años en verano nos gustaba ir a pasar unos días allí, por eso conocía muy bien lo ricos que estaban sus lácteos.

La puerta estaba entreabierta, así que pasamos sin más. La viejita, que se encontraba en la cocina de espaldas a nosotras removiendo un guiso con una cuchara de madera, el cual desprendía un olor exquisito, se volteó, y al vernos se le iluminó la cara al instante. Herea se adelantó y estrechó a su abuela entre sus brazos con cariño, la escena fue de lo más tierna, después llegó nuestro turno de besos y arrumacos.

—¡Qué alegría, nenas! ya me extrañaba a mí que no vinieseis.

—*Avoa*, te he extrañado mucho. —Herea estaba muy emocionada, ellas tenían un vínculo muy especial.

—Llegáis justo para la cena, sentaos a la mesa nenas, dejad que esta anciana cuide de vosotras.

—Nosotras prepararemos la mesa Aldara —dijo Amara.

—No será necesario nena, pasad a la sala, y sin rechistar. —La mujer tenía un fuerte carácter, y bien sabía yo que era mejor obedecer a hacerla cabrear.

Pasamos al comedor y me sorprendió ver que la mesa ya estaba perfectamente colocada para cuatro comensales. ¿Sería cierto que nos esperaba? Quizás Herea la había avisado y nos estaba gastando una broma.

La mujer, nos sirvió un enorme cuenco de caldo acompañado por unos trozos de queso caseros, y unas hogazas del pan que ella misma elaboraba en su horno de barro, y que tantas veces la había visto hacer. Todo estaba buenísimo, y quedé tan llena que apenas me podía mover.

Después de cenar, nos sentamos fuera en unas mecedoras de mimbre desde donde podíamos contemplar las estrellas mientras Aldara nos contaba historias de magia, de hadas del bosque, o mujeres que tenían dones especiales. Aquello era casi como una tradición cada año. El cielo estaba despejado, había luna nueva, además de que allí no llegaba la contaminación lumínica, por lo que sobre nuestras cabezas el espectáculo era digno de ver.

—¿Aldara qué historia toca ahora? —preguntó Amara visiblemente entusiasmada.

Aquella era nuestra parte favorita del día.

—Hoy os contaré una nueva, pero me tenéis que prestar mucha atención, solo la narraré una vez y deberéis recordarla.

Las tres asentimos y guardamos silencio esperando a que la viejita comenzase a contar la historia.

—Cuenta una antigua leyenda que me contaba mi madre, y que a la vez le contó la suya, y antes otras mujeres antepasadas de nuestra familia, y así ha ido pasando de generación en generación hasta llegar a vosotras… —Abrí la boca para hablar, pero Aldara no me dejó—. Sé que vosotras: Zeltia y Amara, no sois directamente de mi familia, pero hay excepciones que se han hecho al narrar la historia cuando ha sido necesario como en este caso.

»Se decía que había llegado una forastera al pueblo, ella era diferente a las demás, su ropa no se parecía nada a las nuestras, ni siquiera su forma de hablar. La mujer, que vagó por el municipio sin rumbo varios días, llegó herida hasta las mismas puertas de esta casa y en el umbral se desplomó. Mi antepasada, al verla, se apiadó de ella y atendió sus heridas, cuidándola así, hasta que se recuperó.

»Las mujeres forjaron un vínculo muy especial, y a pesar de no hablar el mismo idioma se entendían a la perfección. Los años pasaron, y la forastera se quedó con ella, era de gran ayuda en la casa, puesto que cuidaba del ganado y del huerto, y mi antepasada la amaba como a otra hija más. Aprendió el idioma poco a poco, y por fin pudo contar su historia.

»Ella era una guerrera que provenía de otra época, había atravesado los arcos de piedra gracias a un colgante que siempre llevaba al cuello, el cual engarzaba una piedra de labradorita. Contaba que viajó en una noche oscura cuando ella huía por el bosque, su pueblo había tenido un enfrentamiento con otro clan enemigo y resultó herida, por lo visto fue una auténtica masacre.

»El collar se lo había regalado su marido para protegerla, así que al entregárselo él le hizo jurar que si algo le pasaba en combate, ella atravesaría los arcos y se pondría a salvo, que no miraría atrás, pues ella era la luz que iluminaba sus días y sus noches, y tenía que sobrevivir sobre todas las cosas.

»Una noche oscura como la de hoy, mi antepasada falleció de forma inesperada. La guerrera, quedó destrozada, y no pudo soportar el dolor. Así que con gran pesar decidió marchar de nuevo a su hogar, pero antes de irse dejó algo en manos de mi familia, con el simple mensaje de que cuando llegara el momento sabríamos que hacer.

»La forastera subió los empinados peldaños que conducían a los arcos de piedra, los atravesó, y sin más, desapareció, dejando un vacío inmenso en los que aquí dejó.

Aldara terminó su narración y, limpió su mejilla donde una lágrima se había derramado, quizás fue la nostalgia al recordar las viejas historias que se contaban en su casa durante la infancia.

—Esperad aquí nenas, ya vengo. —Ella se levantó y desapareció

en el interior de la casa, y después de unos minutos que se nos hicieron eternos, regresó.

—*Avoa*, ha sido un cuento precioso, me gustaría escuchar otro.

—No ha sido un cuento Herea, es nuestro pasado, y el pasado siempre hay que recordarlo, prométeme que lo recordarás. —Se puso seria.

—Te lo prometo. —La mujer conforme escuchó las palabras de su nieta, sonrió algo más tranquila.

Aldara metió la mano en el bolsillo de su delantal, y sacó lo que parecían tres collares de plata de los que pendía una bonita y llamativa piedra azul. Cada una era de distinto tamaño, pero todas igual de hermosas.

—Mirad, nenas, esto es para vosotras, es una réplica del collar que llevaba la guerrera, una piedra de labradorita.

—¡Madre mía Aldara, es preciosa! Pero no sé si puedo aceptarlo, yo no te he traído nada —dije avergonzada por ser tan poco cortés.

—Me traéis felicidad ¿os parece poco? Quiero que aceptéis llevarlas y que no os la quitéis jamás, aunque vuestra vida dependa de ello, jamás —repitió con un tono autoritario.

—*Avoa*, me estas asustando, ¿pasa algo que deba saber?

—No te preocupes nena, está todo bien, es solo que la piedra os ayudará a recordar la historia, y con ella tendréis un pedacito de mí. —Ella torpemente se levantó, y extendió el collar entre sus manos frente a su nieta—. ¿Lo aceptas Herea?

—Sí, lo acepto *avoa*. —Tras su afirmativa se lo colocó con sumo cuidado y cariño, mientras la emoción resaltaba en su rostro.

Después se giró hacia mí con otro de los collares e hizo la misma pregunta. Yo, por supuesto acepté con gusto, y ella en respuesta me colocó la prenda, y por último, hizo lo mismo con Amara.

Las tres contemplamos la joya agradecidas, pues fue un gesto muy bonito y emotivo.

—Y ahora a descansar nenas, mañana será un día duro para todas…

Capítulo 2

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Desperté asustada y con un horrible dolor de cabeza. De inmediato recordé el encuentro en el bosque con el «Señor Oscuro» y su mal carácter, por otro lado, mi alivio fue inmediato al haberme despertado sola en una habitación —metida entre aquellas ásperas sábanas que se me hacían extrañas—, y que no hubiese rastro de aquel hombre «¿Dónde demonios estaba?»

Me incorporé con cuidado mientras sentía que la cabeza me iba a estallar, el golpe que me propinó aquel bárbaro debió de ser lo bastante fuerte como para haberme dejado inconsciente. Mi mano buscó la zona dolorida de mi cabeza, y allí estaba la prueba de su agresión; un enorme y pronunciado chichón.

Al darme cuenta de mi vestimenta, supe que alguien había tenido la desfachatez de desnudarme y ponerme aquel camisón horrible y basto, era de color blanco y de manga larga, picaba bastante, y me llegaba hasta los mismos pies, haciéndome sentir torpe, ya que impedía que me moviese con soltura por la habitación.

Un ventanuco de madera, bastante pequeño y, cubierto por una oscura cortina la cual impedía que entrase la luz, llamó mi atención. «Quizá por ahí pudiese echar un vistazo para ver dónde me encontraba». Descorrí las pesadas telas, y abrí las toscas ventanas para poder asomar la cabeza. «¡¿Pero qué demonios?!».

Si no hubiese estado agarrada al alféizar del ventanuco me hubiese caído de culo. Ante mis ojos apareció un enorme jardín muy cuidado, y veintenas de personas andando de un lado para el otro vestidas como en una película antigua.

Algunos de los transeúntes parecían guerreros e iban armados, otros iban montados a caballo, y otros en carretas. Las mujeres llevaban faldas largas y abultadas, corsés muy apretados y, peinados

muy elaborados. Una de las mujeres llevaba sujeta de la mano a una niña como de unos cuatro años, y en el brazo que le quedaba libre portaba una enorme cesta de mimbre con lo que parecía la colada. «¡Era de locos!».

De pronto el estruendo que hizo la puerta de entrada a la habitación al abrirse me sobresaltó.

—Señorita, ya veo que se ha despertado —me dijo la señora que acababa de irrumpir como un huracán a la estancia, mientras dejaba varias prendas sobre los pies de la cama—. ¿Y qué hace junto a la ventana? ¡Alguien podría verla desnuda!

Miré mis pintas extrañada, ciertamente iba de todo menos desnuda, parecía la niña de la curva. La mujer, que era un tanto bajita y rechoncha, cerró las cortinas con energía y de nuevo se dirigió a mí.

—¿Está usted bien, querida? Ha tenido un fuerte impacto en la cabeza, quizá necesite aguardar algo más en cama.

—Estoy bien, gracias, señora…

—¡Ay perdone! niña, olvidé las presentaciones. Soy la señora Florence del clan Sinclair, ¿y usted es…?

Rápidamente inventé un apellido, aunque no sé muy bien por qué lo hice, quizá porque no confiaba del todo en ella.

—Zeltia Jones, encantada de conocerla señora, pero… ¿podría decirme exactamente dónde me encuentro y si estoy en peligro? —Al ver el lenguaje cortés que ella utilizaba decidí imitarla.

—Por supuesto que no está en peligro, niña, los Sinclair somos un clan muy amigable, incluso con una *sassenach* como usted. Está en el Castillo de Castletown, en las Highlands.

—Perdone… a ver si lo he entendido bien. ¡¿Estoy en Escocia?! —Mi corazón comenzó a bombear sin control alguno.

—*¡Caileag bheag!* Pues sí que le han dado fuerte en ese cogote que ha perdido hasta la memoria. Sí, claro que está en mi preciada Escocia.

—¿De qué año?

—¿No recuerda el año? Estamos en 1612.

—No, no, no… —Me tambaleé y tuve que sentarme en la cama.

—¡Señorita! Le traeré un poco de agua, ese golpe en la cabeza ha sido más grave de lo que parecía.

—¡No! No se vaya por favor, estoy bien de verdad. Tiene razón, ha sido el golpe, pero ya estoy mucho mejor.

—De acuerdo, aun así, debo bajar para que le traigan su tina de aseo. El *laird* desea hablar con usted en cuanto esté adecentada.

Asentí sin poder decir nada más, la mujer desapareció dejándome sola de nuevo.

«¿El *laird*? ¿Año 1612? ¿Escocia? ¿Había viajado en el tiempo? Herea me dijo que tan solo era una leyenda, pensé que no pasaría

nada ¿Y ellas? ¿Dónde estaban ellas entonces, es que acaso no viajaron conmigo?» Comencé a marearme… «¿Y si alguien las había secuestrado y matado, violado, o quién sabe qué?»

Escocia en la antigüedad no era un país seguro para ninguna mujer, y yo estaba a punto de saber que deparaban aquellas tierras para mí.

Mientras la señora Florence me ayudaba a colocarme la pesada y opulenta ropa, mi mente se dispersaba por otros caminos. No podía dejar de darle vueltas a lo que me había pasado ¿Cómo era posible?

«Quizá si me dormía, en cuanto volviese a despertar todo aquello resultaría ser una pesadilla».

Cuando la mujer, junto con otra doncella que la acompañaba, decidieron que ya estaba lo suficientemente presentable para conocer al *laird*, me condujeron directa hacia su despacho. En mi paseo por la mansión, castillo, o lo que fuese aquella inmensa casa, no pude dejar de mirar a mi alrededor pensando en que aquella morada podría ser fácilmente un museo, con aquellos cuadros enormes que lucían batallas en su interior. Espadas y lanzas colgadas en las paredes, y tapices que parecían de una gran calidad.

Llegamos junto a una enorme puerta de roble y, la señora Florence, tocó un par de veces sobre ella con los nudillos, esperó unos segundos, y acto seguido abrió, dejándome el paso libre.

—Adelante querida, la está esperando —me dijo.

Tragué saliva y caminé erguida, aunque reconozco que, si hubiese querido encorvarme, la rigidez del corpiño me lo habría impedido.

En una gran silla de terciopelo rojo, estaba el que se suponía que sería el *laird* y a su derecha, el cretino que casi me mata dejándome inconsciente. Involuntariamente aprete la mandíbula, y lo miré con dureza, me pareció ver una mueca divertida en el rostro del «Señor Oscuro», porque para mí, aquel era su nombre; el del mismo diablo.

—Bienvenida señorita Jones, soy el *laird* Marcus Sinclair, espero que ya este recuperada.

Hice una pequeña reverencia esperando a que fuese lo correcto, lo poco o menos que sabía de aquel tiempo era lo que había visto en películas, o estudiado en historia en el instituto.

—Muchas gracias, señor, ya estoy mucho mejor, la señora Florence ha cuidado muy bien de mí.

—Me alegra escuchar eso muchacha, y ahora… ¿podría

explicarme por qué una dama como usted andaba sola por medio del bosque?

Me quedé helada, ¿qué se supone que debía responder? Decidí inventar algo sobre la marcha.

—Señor, es algo largo de contar, e incluso puede que parezca hasta irreal.

—Tenemos tiempo para escucharla señorita Jones, ¿verdad Robertson? —El Señor Oscuro asintió.

—Está bien. —Me serené y comencé con mi narración, la cual no me había dado tiempo ni a pensar.

»Mi padre falleció cuando yo era muy pequeña, apenas lo recuerdo, y a mi madre hace poco se la llevaron unas fiebres, así que mis tíos se hicieron cargo de mí.

Respiré hondo, y tomé carrerilla de nuevo.

»Como las cosas no les iban demasiado bien en la granja, y tienen tres hijas más, decidieron casarme con un escocés al que conocían, y el cual ni siquiera les exigía mi dote, así que me metieron en una carreta desde Mánchester en dirección a Pert, en lo que sería el viaje más largo y horrible de mi vida. Cuando tan solo nos faltaban por llegar un par de días, asaltaron mi transporte, matando a todos los que me acompañaban, y aunque traté de escapar, me fue imposible.

—Debió de ser horrible señorita Jones —me dijo el *Laird*.

—Lo fue. —Traté de darle emoción a mi tono de voz, como si todavía estuviese afectada.

—Pero… lo que no entiendo es como llegó hasta las Highlands si Pert está a la otra punta del país.

—Ahí es cuando todo se complica y llega la parte un tanto irreal. —Me llevé la mano al cabello y comencé a jugar con uno de los mechones de mi nuca—. Me capturaron, y después pretendían que me desposase con uno de los guerreros que por lo visto se había encaprichado de mí, pero primero tendría que dar su consentimiento el *laird* de su clan, así que íbamos de camino a sus tierras cuando conseguí escapar, y esconderme entre la maleza dónde me encontró el caballero que está a su derecha.

—¿Así que estaba huyendo cuando la encontró Robertson?

—Así es.

—¿Y cómo se llamaba ese clan?

—No lo recuerdo bien. —Agarré la falda de mi vestido tratando de disimular lo temblorosas que estaban mis manos, mi vida dependía de aquello.

—Vamos, haga un esfuerzo.

—Maaaa… —titubeé dándome tiempo para pensar, y entonces recordé una serie que había visto hace poco en Netflix—. Creo que Mackenzie.

—¿Está segura? —Yo asentí en respuesta.

El *laird* se levantó de pronto y miró duramente a Robertson—. ¡Esos malnacidos Mackenzie!

—¿Qué estarían haciendo por Pert? Está demasiado lejos como para ir por gusto padre. —Por fin habló el hombre Oscuro, que resultó ser el hijo del *laird*.

—No lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es que lo averiguaremos, mientras tanto la *sassenach* se queda, quizá nos sirva para algo.

—¡Señor por favor, déjeme ir! No tengo nada que ver con los Mackenzie, me gustaría regresar a mí hogar.

—Me temo mi querida señora, que va a ser una invitada indefinida en el clan, podrá ir donde guste, pero siempre escoltada, y más le vale que no intente escapar o la encerraré en una celda, y le aseguro que la compañía no será agradable. Allí hay muchos hombres que no ven a una mujer desde hace años, imagínese que le harían a una hermosa dama como a usted.

Tan solo con imaginármelo se me pusieron todos los vellos del cuerpo de punta.

—Robertson, acompaña a la señorita a su estancia —le habló serio, y después se dirigió a mí de nuevo—. Espero verla esta noche en la cena—. Con un escueto movimiento de cabeza di mi consentimiento, e hice una reverencia a modo de despedida.

El hombre Oscuro me agarró del brazo sin ninguna sutileza, me condujo fuera de la habitación, y sin soltarme me guio por los pasillos mientras sentía el dolor que ejercían sus dedos en mi carne, hasta que ya no pude soportarlo más:

—¡Suélteme, maldito salvaje! ¿No ve que me hace daño? —Sacudí mi brazo, pero no me soltó.

—Es impropio de una dama blasfemar de esa forma, ¿no le da vergüenza?

—¡Por supuesto que no! —Levanté la cabeza con chulería mientras lo observaba duramente, quería hacerle saber que no me intimidaba en absoluto.

—Contrólese o tendré que castigarla.

—¿Otra vez? ¿Me dejará inconsciente de nuevo? ¿Sabe que podría haberme matado?

—Tuve que hacerlo, estaba descontrolada, y no la iba a aguantar todo el camino chillando como un gorrino.

—¡Estaba asustada! Tiene usted muy poco tacto.

—Es cierto, no soy muy delicado, así que si no quiere averiguar hasta dónde soy capaz de llegar, camine con el pico cerrado.

—¡Lo cerraré, pero porque no le volveré a hablar en la vida, es usted un bruto y un patán!

—¡Mujerzuela insolente!

El hombre visiblemente enfurecido me sujetó por los brazos, y me empujó contra la pared pegando su cuerpo al mío, mientras sostenía mis extremidades por encima de mi cabeza de tal forma que apenas podía moverme. Su cabeza estaba muy pegada a la mía, tanto que podía notar el roce de su agitada respiración contra mis labios, y la dureza de su torso.

La cercanía de su cuerpo al mío me estremeció de tal forma que las rodillas se me aflojaron al instante, y sentí que flotaba. Por unos segundos mi ser se vio hipnotizado por aquel hombre enorme y varonil, tan peligroso como atractivo, y tuve que resistir con todas mis fuerzas las ganas de alcanzar sus labios para degustarlos. Estaba segura de que en aquella época no estaría bien visto que una mujer besara a un hombre, y estaba segura de que haciéndolo me hubiese metido en un buen lio.

—Mujer, va a obedecerme y no me dará más problemas, ¿me oye? —dijo aquello con una voz ronca a escasos centímetros de mis labios—. Será la invitada del *laird*, pero no la mía, no me fío de usted, así que la tendré bien vigilada.

—Pues como soy una invitada del *laird,* tráteme como tal y quíteme las manos de encima. —Saqué fuerzas de donde no las había, y empujé al gigante liberando mi cuerpo de su agarre—. Y ahora vayamos a mi estancia, debo prepararme para la cena.

El hombre gruñó y apretó la mandíbula mientras comenzaba a andar ágil en dirección a mi habitación, una vez allí, ordenó a dos guardias que custodiasen mi puerta y que no me dejasen sola en ningún momento.

¡Dios mío! No sé cómo iba a salir de todo aquello, necesitaba urdir un plan para huir y buscar a Amara y a Herea en cuanto antes, solo deseaba saber que estaban bien y que no habían caído en manos de algún desgraciado que pudiese lastimarlas.

Capítulo 3

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Robertson

Esa mujer era una auténtica bruja, me parecía increíble que fuese de procedencia inglesa, una sassenach en toda regla, y no una escocesa. Con ese cabello rojo como el fuego y ese carácter tan rebelde como osado. Pero lo que estaba claro es que acabaría doblegándola, era evidente que no tenía modales, lo había demostrado con creces, hablarle así a un hombre es totalmente impropio, y no digamos si se trata de un futuro laird.

Entonces entendí el por qué sus tíos la habían concedido en matrimonio con un hombre escoces, a sabiendas de que no volverían a verla gracias a la lejanía de su futura morada. Es porque era inaguantable, deliciosamente inaguantable, con esos labios rosáceos y la tez blanca y delicada, con ese olor dulzón que emanaba su cuerpo y esos pechos tangentes que acaparaban toda la atención de mi entrepierna…

¡Una bruja, eso es lo que era…! que tan solo con unas cuantas palabras de su sucia boca me había hecho desear tomar su cuerpo allí mismo. ¿Qué era aquello si no un encantamiento? Disipé tales pensamientos con la bruja y me dirigí al despacho de mi padre, todavía teníamos un asunto urgente que tratar.

Casi no había atravesado el umbral cuando los improperios del *laird* retumbaron en mis oídos.

—¡Bastardos Mackenzie! ¡Estoy seguro de que traman algo! —escupió de muy malas formas dirigiéndose a Ronald, nuestro hombre de confianza.

—¿Cree que fueron a visitar las tierras de los Graham? —preguntó este.

—Estoy seguro de que sí —interrumpí—. Lo que no sé es que pinta la *sassenach* en todo esto.

—Esa mujer nos miente hijo, sino porque iba a ser capturada por los Mackenzie, ¿por un simple encaprichamiento? Es hermosa, desde luego, pero algo no me acaba de convencer.

—La última vez que nos atacaron salieron bastante mal parados padre, es posible que su *laird* Paton Mackenzie haya mandado a sus guerreros para pedir ayuda a los Graham, ya sabemos que su hija menor está casada con su *laird*.

—¿Y la *Sassenach*? —inquirió Ronald.

—Un regalito suculento que encontraron por el camino, y que seguro que es más valioso de lo que nos pensamos —dije.

—Puede que tengas razón, Robertson, pero mientras que averiguamos lo que está pasando quiero que reforcéis la seguridad. No permitiré que esos desgraciados Mackenzie nos pillen con la guardia baja.

—Así se hará señor. —Ronal hizo una reverencia y salió raudo de la estancia.

—Hijo, esta noche quiero a la *sassenach* sentada en nuestra mesa, junto a tu madre. Me gusta tener cerca a mis enemigos para que así estén al alcance de mi *claymore* al primer atisbo de traición.

Tan solo con imaginar el arma de mi padre atravesando las delicadas curvas de aquella mujer, encendió mi ira, y supe que no permitiría que nadie pusiese sus manos sobre ella a excepción de mí, aunque fuese para arrebatarle la vida.

Asentí a regañadientes y fui en busca de Florence, ella sería la que guiaría a nuestra invitada hasta el salón. Solo esperé que la bruja controlase su lengua delante de madre, o el que no podría controlarse por otro modo seria mi persona.

La encontré en la cocina muy atareada, andaba de un lado para otro dirigiendo al resto de los sirvientes. La señora Florence llevaba trabajando en la casa una eternidad, y nadie mejor que ella conocía el funcionamiento de aquel castillo.

Llamé su atención desde la puerta, ella al verme sonrió y se acercó a mí, donde con un movimiento de cabeza la incité a que me siguiera al pasillo para poder conversar con ella en privado.

—Dime Robertson, ¿necesitas algo? —me dijo amablemente.

—Padre quiere a la *sassenach* durante la cena sentada en nuestra mesa, junto a madre.

—Claro que sí, no habrá problema. —Ella tan servicial como siempre.

—Hay algo más, quiero que seas mis ojos y mis oídos y que me informes de cualquier cosa que diga la forastera, quiero saberlo todo.

—Está bien, así lo hare. ¿Crees que pueda ser peligrosa? —Su

rostro se tornó serio.

Aquella pregunta me hizo transportarme al pasillo, cuando atrapé contra la pared a la bruja con el peso de mi cuerpo, y la muy tirana no apartó la mirada retadora que me ofrecía en ningún momento, y en como mi entrepierna despertó al instante. Desde luego que aquella mujer era peligrosa, pero sobre todo para mí.

—No. Puedes estar tranquila vieja, además, ya sabes que yo siempre te protegeré. —Aquellas palabras la hicieron reír y relajarse.

—Está bien mi muchachito, te mantendré informado. —Ya podía tener casi veinticinco años que para Florence siempre seguiría siendo su muchachito.

Capítulo 4

Galicia, Esgos, 13 mayo del 2023

La caminata al monasterio de San pedro de Rocas, resultó ser divertida y muy amena gracias a la conversación de las chicas. El camino fue sencillo, la ruta estaba marcada en algunas piedras y árboles con unas líneas blancas y amarillas, y tan solo debíamos de seguirlas. En algunos tramos, el camino se hacía más empinado y pedregoso, pero solíamos hacer rutas a menudo y nuestras piernas estaban más que acostumbradas a aquellas travesías, además de que llevábamos el calzado adecuado. El único inconveniente era la mochila cargada con algo de peso extra gracias a la cansina de Herea, que se había empeñado en que lleváramos unos vestidos de época.

Herea era una aficionada a la fotografía, y bien sabíamos que nuestra amiga no dejaría escapar un escenario como aquel para poder hacer unas fotos y subirlas a su Instagram, donde alardeaba —y con razón— de una buena cifra de miles de seguidores.

La espesura del bosque se disipó, y llegamos a un claro desde donde podíamos observar la ruinas del monasterio, de pronto, el aire sopló con fuerza moviendo mis rebeldes rizos, como si el tiempo se detuviese y no hubiésemos sido consciente de ello. El entorno a nuestro alrededor tenía un halo mágico y misterioso, y sin darme cuenta me vi aguantando la respiración, como si aquel lugar me esperara. Sé que fue una sensación absurda, pero sentí que regresaba a mi hogar, a mí lugar.

Reanudamos el paso hacia las ruinas, donde tan solo un par de paredes de piedra de las mismas se mantenían en pie, en una de ellas se elevaba una escalera que parecía que terminara en el cielo, porque concluían en dos arcos de piedra góticos perfectamente conservados, al otro lado de estos, dos metros de suelo, y después el abismo, un acantilado de cientos de metros de altura que acababa en un risco lleno de rocas puntiagudas.

En las inmediaciones de la estructura crecía una planta bastante

grande, de cuyos capullos nacía una flor púrpura que me era familiar, me agaché para observarla más de cerca, y apenas la rocé con el dedo una espina me hizo dar un respingo.

—¡Ay! —me quejé mientras me llevaba la mano a la boca.

—Es un cardo, Zeltia.

—Exacto Amara, y es tan nutritivo como peligroso —corroboró Herea—. Mi abuela me contó una leyenda… Sabéis, esta planta salvó a un grupo de hombres que dormían en el bosque, ellos eran guerreros escoceses, sus enemigos quisieron atacarlos mientras descansaban, pero como lo hicieron entre los cardos, en cuanto los agresores lo intentaron acabaron pinchándose con ellos por todos los lados, sus gritos de dolor alertaron a los hombres dándoles así la oportunidad del enfrentamiento.

—¡Dios mío! ¿Y qué pasó Herea? —preguntó Amara impresionada.

—Que ganaron, por supuesto, y adoptaron el cardo como el símbolo nacional, pero claro, es solo una leyenda, nunca quedó demostrado.

—Qué suerte tienes Herea de conocer todas esas historias, tu abuela es impresionante.

—Sí que lo es Amara —respondió orgullosa mientras tocaba su collar y se le humedecieron los ojos.

—Creo que pondré mi saco junto a este cardo, me sentiré algo más protegida esta noche —dije entre risas tratando de divertirlas.

Las chicas rieron y comenzaron a montar campamento junto a los cardos, iba a ser una noche inolvidable, eso seguro, sobre todo si no éramos nosotras las que nos pinchábamos con aquellas plantas.

Encendimos un fuego y calentamos nuestra comida, mientras Amara ponía algo de música de *Aivor* en su teléfono. Después de comer practicamos el tiro con arco, Herea era campeona de España en la modalidad de arco Longbow. Lo que no sé es porque se había empeñado en llevar aquel armatoste tan pesado y antiguo hasta aquel lugar, el que ella utilizaba normalmente estaba hecho de un material más moderno y apenas pesaba sesenta gramos. Aquel, sin embargo, estaba hecho de madera, y su cuerda era de cáñamo, así que se necesitaba mucha más fuerza y destreza para utilizarlo. «En fin, Herea y sus excentricidades»

Reímos e hicimos el tonto mientras esperábamos al atardecer para la foto perfecta, y cuando vimos que el cielo comenzó a tintarse de aquellos tonos anaranjados y tostados, nos colocamos los vestidos. Al no tener unos zapatos adecuados para el outfit decidimos quedarnos descalzas.

Herea añadió unos palos a la hoguera avivando de nuevo el fuego, así no se extinguiría mientras sacaba sus preciadas fotos. Me

hizo subir unos peldaños de la escalera en ruinas colocándome de espaldas a ella, extendí uno de mis brazos como si quisiera alcanzar el arco, y ahí se escuchó el primer flas de muchos. Me hizo cambiar de posición varias veces, me era difícil menearme con aquel vestido azul marino de terciopelo demasiado abultado para mi fino cuerpo. La siguiente en posar fue Amara, su vestido era granate y se ceñía muy bien a sus curvas, su cabello castaño y ondulado caía despreocupado sobre su cintura. Realmente parecía una mujer del medievo con aquellas ropas.

—¡Chicas las fotos van a ser impresionantes! —exclamó Herea mientras miraba la pantalla de su cámara—. En cuanto las retoque con el programa que tengo en el ordenador, quedarán increíbles.

—De eso estoy segura, eres una gran profesional en todo lo que te propones. —Me acerqué a ella y le arrebaté el aparato de las manos—. Deja que yo te haga unas pocas fotos a ti.

Herea también se había vestido para la ocasión, pero en este caso su atuendo era distinto, llevaba un corse de manga larga negro con unos ribetes en oro, y la falda se abría desde su cinturilla hasta sus pies. Esta dejaba ver unos pantalones de cuero apretados también negros, y unas botas de caña alta del mismo color. En uno de sus muslos lucía un cinturón apretado que sujetaba una daga, y a la espalda un *carcaj* de piel lleno de flechas que la hacía parecer una auténtica guerrera.

Le tomé un par de fotos, y noté que mi amiga estaba algo nerviosa, imaginé que sería porque ella no solía estar delante de la cámara, sino más bien detrás.

Herea contempló el cielo justo en el momento que el sol tocaba las montañas, tan solo faltaban de unos minutos para que desapareciera.

—¿Sabéis una cosa chicas? Hay otra leyenda que me contó mi abuela —dijo con un hilo de voz.

—¡Cuéntanosla Herea, ya sabes lo mucho que nos gustan esas historias! —exclamó nuestra amiga.

—Lo haré, venid conmigo.

Herea subió los peldaños que la llevaron directamente a los pies de aquellos enormes y majestuosos arcos, y nosotras la seguimos como hipnotizadas por el momento. Desde allí, se podía observar el atardecer a través de ellos.

—Se decía que si atravesabas los arcos justo cuando el sol desaparecía entre aquellas montañas, y en este mes del año, podías viajar a otras tierras lejanas. —Herea señaló el horizonte.

—¿Enserio? ¡Hagámoslo, será divertido! —Amara dio un par de palmadas emocionada.

—Tenemos que estar de acuerdo las tres, es un requisito

indispensable —concretó Herea con la voz temblorosa.

—Lo estoy —dije sintiendo que aquella estructura me llamaba.

Herea miró a Amara y esta sonrió en respuesta, después asintió dando su consentimiento. Las tres nos movimos al mismo tiempo como llevadas por una dulce melodía y, cogidas por las manos cruzamos los arcos sin demora mientras me pareció escuchar de lejos un «lo siento» que provenía de la voz de Herea.

No sé en qué momento todo se tornó oscuro a mi alrededor, el suelo cayó bajo mis pies, y el sonido del viento apenas me dejaba escuchar nada. Por más que intenté mantener agarradas las manos de mis amigas, no pude lograrlo, la fuerza del viento y la gravedad eran demasiado fuertes, y se me escaparon entre los dedos sin remedio. Intenté gritar, juro que lo intenté, pero mi voz salía de mi garganta y desaparecía en la lejanía sin respuesta alguna. Un pitido agudo y muy fuerte se instaló en lo más hondo de mis oídos, era tan fuerte que me sentí desvanecer…

Capítulo 5

Thurso, Castillo de Castletow,
en las Highlands de Escocia, año 1612

Sali de la habitación acompañada por la señora Florence y custodiada por Ronal, por lo visto aquellas personas no pensaban quitarme el ojo de encima, era evidente la desconfianza que en ellos despertaba.

Justo antes de entrar al gran salón donde se celebraría la cena, la mujer se detuvo y sacó algo de su mandil.

—Casi se me olvida, tenga querida, se le cayó el día que la trajeron. —Abrió la mano y el collar con la piedra que me regaló Aldara apareció ante mí.

Por inercia me llevé las manos al cuello y pude comprobar que no estaba.

—Lo guardé porque no quería que se le perdiera.

—Muchas gracias, es un regalo muy personal e importante para mí —dije realmente agradecida.

—No las merece, el broche está roto, es una lástima, pero si quiere puedo dejárselo a un orfebre de confianza que conozco.

—¡No! —exclamé demasiado alterada—. No se preocupe, no me gustaría causarle una molestia.

—No sería ninguna molestia.

Agarré el colgante dando por finalizada la conversación y lo metí en mi escote, el corpiño estaba tan apretado que aquel era el lugar perfecto para él. La señora inclinó de forma automática la cabeza, y continuamos andando hacia la mesa que ocupaba el *laird.*

Con todo lo acontecido no había reparado en que había perdido el colgante, y de pronto recordé la historia que nos contó Aldara, y en como recalcó que jamás deberíamos quitarnos la prenda, aunque nuestra vida dependiese de ello. Comencé a pensar en que quizás aquellas historias y muchas otras que nos había relatado podrían decir algo importante, y que en aquel momento no supe ver, porque, al fin y al cabo, las historias que pasaban a través de los años de boca en boca

de algún sitio tendrían que salir. Se había demostrado a lo largo de la historia, y en infinidad de ocasiones, que más de una leyenda antigua contenía siempre algo de verdad.

—Buenas noches, me alegra que haya aceptado mi invitación a cenar.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta de que ya había llegado ante el jefe del clan.

—¿Cómo negarme? Es todo un placer, señor Sinclair —contesté cordialmente a sabiendas de que no había sido una elección, sino más bien una imposición.

Ronal, aparentando cortesía retiró la silla donde debía sentarme, mi puesto se situaba entre el *laird*, y una hermosa mujer rubia que me miraba con atención. Me acomodé con la ayuda del guerrero y esperé a que hablara el que entonces sería mi señor, puesto que me encontraba en sus tierras y le debía cortesía.

—Le presento a mi mujer, la señora Meghan Sinclair —dijo señalando a la dama.

—Encantada de conocerla, señora. —Incliné la cabeza de forma respetuosa.

—Sabe señorita Jonson, la madre de mi esposa también era una *sassenach* como usted. —recalcó Sinclair

—Vaya, que interesante —dije tratando de que aquella conversación acabara allí.

—Sí —contesto la señora Sinclair—, y además de Mánchester como usted.

Mientras hablaba me sirvió una copa de algo que parecía vino, y yo gustosa la acepté, no quería parecer descortés. Brindamos con nuestras copas y las dos bebimos de aquel brebaje carmín.

—Y dígame, señorita Jones, ¿de qué zona de Mánchester es exactamente?

—Del centro —contesté rápidamente a sabiendas de que aquello estaba resultando una encerrona.

Estaba claro que querían cerciorarse de mi procedencia, intuí que aquella noche seria larga y tediosa, pues parecía que el interrogatorio acababa de empezar.

—Pensé que su familia vivía en una granja señorita Jones. —El *laird* clavó duramente su mirada en mí.

—Y así es, ya le dije que cuando falleció mi madre me mudé al campo con mis parientes, hasta entonces siempre viví en la capital.

—Ya veo —respondió con fastidio.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Robertson que apareció de la nada mientras besaba a su madre en la mejilla—. Estás hermosa *màthair*.

Meghan sonrió visiblemente complacida con los halagos de su

hijo. Sin embargo, a mí se me pusieron los vellos de punta con tan solo su presencia, y le dirigí una mirada cargada de odio demostrándole lo mucho que me molestaba su persona.

Sostuve mi copa que de pronto parecía más llena, y me la llevé a los labios para darle un largo trago, aquella velada merecía con creces un poco de alcohol en vena que apaciguara mis nervios, y el mal humor que me causaba aquel hombre.

El Oscuro se sentó junto a mí, y mientras lo hizo me propinó un buen codazo, —con toda su mala intención— que causó que la bebida que contenía mi copa se derramase justo en mi escote.

—Cuanto lo siento, *sassenach,* me temo que soy demasiado corpulento y no he medido bien su cercanía.

—No se preocupe —dije apretando los dientes y dibujando una falsa sonrisa en el rostro—. No ha sido para tanto.

Apoyé de nuevo la copa sobre la mesa y traté de secarme el canalillo con una servilleta, aquel hombre quería jugar sucio, y lo que él no podría imaginarse era que yo también sabía jugar. Mientras terminaba de adecentarme busqué la mirada del hijo del *laird*, alcé la vista, y de una forma estudiada puse carita de niña traviesa mientras pasaba mis manos de forma indecente por la zona del escote, desde mi posición solo el Oscuro podía ver mi osadía. Pude ver la mirada intensa del hombre, y en cómo sus ojos cambiaban de un azul casi transparente a uno más intenso y fiero. Le sonreí dulcemente, y acto seguido le propiné una buena patada en la espinilla con todas mis fuerzas mientras levantaba las cejas burlona. Él, recibió el impacto como todo un guerrero, porque de su boca no salió otra cosa que no fuese una sonrisa ladina, aunque podía observar en sus ojos la rabia y las ganas que seguramente tendría de estrangularme.

—Padre, he estado haciendo averiguaciones sobre la *sassenach*. —Comenzó a hablar como si yo no estuviese presente.

—¡Espere un momento! ¿Podría dejar de llamarme así? Además, ¿qué significa esa palabra? ¿Es que acaso es un insulto? —pregunté indignada.

—No se preocupe por eso *«sassenach»* voy a poder explicárselo en privado, eso, y muchas otras cosas más en breve, se lo aseguro —susurró aquello último a escasos centímetros de mi oído.

—¿Y qué es lo que has averiguado? —prosiguió el *laird* ignorándome deliberadamente.

—Es cierto lo que nos contó, por lo visto el hijo del *laird*, Paton Mackenzie, se ha encaprichado con esta mujer e iban a contraer matrimonio en breve.

—¿Pherson MacKenzie?

—El mismo, ya sabe que su padre no le puede negar nada a su consentido hijo.

—Entiendo, pues igual tendríamos que matarla, me encantaría comenzar una guerra con ellos, siempre he querido conquistar sus tierras, pero esa maldita alianza que firmamos me lo impide.

Cuando escuché aquellas palabras me dio un vuelco el corazón y sin pensarlo me hice con uno de los cuchillos que había sobre la mesa y lo blandí de forma amenazadora ante los presentes.

—¡Jamás dejaré que me matéis sin luchar! ¡Me llevaré, aunque sea a uno por delante!

—Deja eso *sassenach,* solo conseguirás hacerte daño —me dijo entre carcajadas Robertson, y a sus risas se le unieron las del *laird* y los demás hombres.

—Vaya, la *sassenach* tiene garras —se jactó el *laird*—. Es una pena que tengamos que matarla, me cae bien.

—¿Hay otra forma de comenzar una guerra padre?

Lo miré suplicante, cualquier cosa que no implicase mi muerte me valdría.

—Me casaré con ella —comentó de una forma banal como si estuviese hablando de ganado.

—¿Tú? —El *laird* se levantó de su asiento y se le borró la sonrisa de un plumazo.

—Ya sabes de mi enemistad y competitividad con Pherson desde que éramos unos críos, si realmente está enamorado de ella, tratará de matarme y recuperar a su amada, arderá en cólera y él solito romperá el tratado.

—¡Hijo mío! Estás hecho todo un Sinclair. —El *laird* abrazó a Robertson y le dio un par de golpes sobre el pecho—. Y ese será mi regalo de bodas para ti hijo, tu gobernarás las tierras de los Mackenzie y uniremos fuerzas, quién sabe, quizás después de eso consigamos conquistar algún territorio más.

Meghan, a la que se le veía el disgusto instalado en el rostro, me dedicó una mirada de desprecio, y a continuación se levantó para desaparecer sin emitir palabra alguna.

—¡Levantemos nuestras copas y, *toastamaid* por mi hijo y su futura boda! —gritó eufórico el *laird* a sus guerreros.

Estos en respuesta izaron sus jarras y bebieron de ellas, mientras vitoreaban a su *laird*. El ambiente comenzó a cargarse, los hombres bebían sin control y las mujeres poco a poco fueron desapareciendo de la sala. En un intento por levantarme del asiento para irme a mi habitación como habían hecho las demás féminas, Robertson, me lo impidió sujetándome con fuerza por la muñeca.

—Ni se te ocurra moverte de aquí sin mí, los hombres están muy bebidos y podría pasarte algo.

—Créeme que al hombre que más temo ahora mismo de aquí eres tú ¿Y desde cuando nos tuteamos?

—¡Desde que vas a ser mía! —Aquel tono tan posesivo me hizo estremecer.

—¡No seré tuya jamás!

—Eso ya lo veremos *sassenach…*

«¡Dios! Aquel hombre era exasperante».

Respiré profundo y rellené mi copa, para después hacer desaparecer el líquido de su interior de un trago, los siguientes entraron solos. Necesitaba beber para aguantar al Oscuro, y para olvidar que hubiesen decidido no matarme. En referente a la boda: ya veríamos como lo solucionaría, escaparía en cuanto tuviese la más mínima oportunidad, y buscaría el modo de regresar a mi tiempo y encontrar a mis amigas.

El Oscuro parecía contento junto a los suyos, bebían y brindaban mientras dialogaban en gaélico. Estaba segura de que lo hacía apropósito para que no entendiera lo que hablaban sobre mí, y sé que lo hacían porque esa palabra que pronunciaban con tanto desprecio y la cual ya estaba aborreciendo resonaba en el ambiente a cada rato; *sassenach*.

Capítulo 6

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Robertson

La bruja me miraba con el ceño fruncido mientras la conducía a su habitación, el castillo estaba lleno de hombres borrachos que bien podrían aprovecharse de una jovencita tan apetecible como ella, y de ningún modo permitiría que nadie le pusiera la mano encima, y mucho menos después de conseguir con mi astucia que mi padre aceptara que me casase con ella. Desde que vi por primera vez a aquella fierecilla sabía que sería mía, y lo había conseguido.

—¿Por qué estás tan contento Oscuro? —Ella se detuvo y apuntó con su dedo índice de una forma amenazante mi rostro—. Pensaba que me odiabas, que soy una *sassenach* de esas.

Se tambaleo y tubo que agarrase a la pared, estaba como una cuba, y eso hizo que se me escapara una sonora carcajada.

—¿Así es como me llamas? ¿Oscuro? —pregunté divertido.

—Pues sí, ¡eres un auténtico demonio! ¡Y si no me dejas tranquila te patearé tu culito escocés!

—Estás loca mujer, solo por hablarme así, podría darte una buena reprimenda y nadie me recriminaría nada, ¿es que acaso no te enseñaron modales en tu tierra?

—¡No hables de mi tierra, tú no sabes nada de mí! —Trató de empujarme, pero no me moví ni un centímetro—. Me tienes aquí retenida, en contra de mi voluntad y quiero irme a casa…

Conforme aquellas palabras salieron de su boca, sus lágrimas se desbordaron de aquellos ojos esmeralda que tanto me gustaban.

—Zeltia, me dijiste que tus padres murieron y que tus tíos te iban a desposar con un hombre que ni siquiera conoces. Este será tu hogar, serás una Sinclair. —Bajé el tono de voz.

—¡Pero eso es imposible! Debo regresar. —Zeltia apoyó la espalda en la pared y se dejó caer al suelo quedándose sentada en medio del pasillo.

—¿Regresar a dónde?

Se mordió el labio y me miró como si tuviese algo que contarme y se estuviese conteniendo. Verla así me removió por dentro, pero la decisión ya estaba tomada, sería una Sinclair, sería mi mujer.

Aquella bruja rebelde me volvía loco, y por primera vez desde que la conocí, la vi vulnerable, esa parte de ella también me gustaba, necesitaba saber que dejaría que cuidara de ella, aunque aquellas condiciones en las que se encontraba de embriaguez no eran las idóneas para conversar sobre nada.

Agarré su brazo y la insté a levantarse, ella hizo lo propio, aunque algo torpe en sus movimientos. Su medida era perfecta para mí; pequeña y manejable. Aspiré el aroma de su pelo, y recordé como en el salón pasó su mano con descaro por su escote, aquel acto poco sutil fue la gota que me faltó para saber que no dejaría que nadie posara sus manos a excepción de mí, en su nívea piel.

Ella, frente a mí, asentó su mirada en mis labios y acortó la distancia pegando su cuerpo al mío. ¡¿Qué demonios estaba haciendo?! ¿Es que acaso quería volverme loco?

—Bésame Oscuro —susurró a escasos centímetros de mis labios mientras una de sus manos se aferraba a mi nuca.

—No sabes lo que estás diciendo mujer, si lo hago no sé si podré parar, te deseo desde la primera vez que te vi.

—Bésame, quiero saber si de verdad eres real, necesito sentir que esto no es una alucinación.

—¡Es real Bruja! ¿Acaso no sientes lo que provocas entre mis piernas? —Ella asintió y se mordió el labio inferior.

¡Maldita! Estaba al borde de la locura sin retorno, aquella mujer no sabía a qué estaba jugando.

No contenta con su descaro, tuvo la osadía de acercar sus labios a mi cuello para dejar un reguero de besos ardientes que, hicieron que mi corazón galopara directo hacia la lujuria.

—¡Tú lo has querido, *sassenach*!

Por fin, atrapé sus labios con fiereza, liberando a la bestia de mi interior. Ella, lejos de acobardarse, abordó la profundidad de mi boca sin ningún tipo de pudor, en un intenso beso que hizo que todo mi ser ardiera de pasión por ella. Sus manos, se deslizaron con destreza por mi espalda irradiando fuego allá por donde pasaban. Un jadeo salió de entre sus labios y fue música para mis oídos.

Mis manos buscaron sus nalgas y las apresaron, ella, en respuesta, arremangó su falda y de un salto enredó sus piernas en mi cintura.

—¡Maldita seas mujer, arruinarás tu noche de bodas y tu reputación!

—¡A la mierda con eso! —soltó mientras sus labios buscaban los míos.

No sé a qué se refirió con aquella expresión, pero esperé que fuese su consentimiento para hacerla mía aquella noche. Caminé con ella en aquella posición los metros que faltaban para llegar a su alcoba, y cuando nos vi frente a la puerta, a punto estuve de tirarla abajo de una patada con tal de no dejar de tocarla en ningún momento. La bajé de mi regazo con una sensación de desapego que no entendí, y entramos a la habitación.

Rocé su escote con uno de mis dedos lentamente hasta que llegué a la cinta que anudaba su corse, y me detuve a mirarla por unos segundos, estaba preciosa, con el pelo alborotado y las mejillas sonrosadas, y entonces comprendí que no le robaría su honra. Busqué su mano y besé el dorso de esta con cariño.

—Buenas noches, Bruja.

—¿¡Qué?! —Ella de pronto palideció y dio un par de pasos atrás para alejarse de mí.

—Sé que parezco un bruto, pero no deshonraré a la que va a ser mi mujer.

—¿Deshonrar? ¡Ves como eres un demonio! —Su tez recobró el color de golpe, ahí estaba la bruja de nuevo. —¡No te soporto Robertson Sinclair!

—No sabes las ganas que tengo de amansarte fierecilla —Sonreí con malicia a sabiendas de que la enfurecería todavía más—, pero no será hoy, tendrás que esperar…

—¡Fuera de aquí! —me gritó encolerizada mientras se quitaba un zapato que después me lanzó a la cabeza.

Aquella mujer definitivamente acabaría con mi cordura.

Capítulo 7

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

El amanecer en escocia es hermoso. Allí, desde aquel acantilado pedregoso, los colores del cielo lucían con orgullo los primeros rayos del sol que se hacían protagonistas entre las nubes grisáceas tan típicas de aquellas tierras, al igual de lluviosas como maravillosas.

Después de la noche anterior apenas dormí, perdí el control con el Oscuro, y eso no me lo podía volver a permitir, aquel no era mi hogar, era una época muy diferente, donde si no seguía las normas sociales podría perder la vida.

Debía centrarme, necesitaba encontrar a las chicas, además de que estaba muy preocupada por ellas, ¿y si su destino fue peor que el mío? Eso sopesando en que también viajaran, tenía tantas dudas en mi mente…

Contemplé el movimiento de las olas estrellándose con fiereza contra las rocas, y la nostalgia de nuevo regresó a mí.

Mamá, ¿qué sería de ella? A aquellas alturas me habría llamado un centenar de veces, yo era su única familia, y ella la mía. Mi padre falleció de cáncer cuando yo era muy pequeña, tanto que, por mucho que lo intentara no conseguía recordar su rostro ni el sonido de su risa, y aquello me desgarraba por dentro. El que mi padre hubiese fallecido durante mi infancia había hecho que mamá y yo nos apoyáramos la una en la otra, creando una unión muy fuerte entre nosotras.

Las lágrimas recorrieron mi rostro, y sentí la misma angustia que seguramente mamá estaría sintiendo en aquel momento al no saber de mí.

Mientras el viento helado recorría mi cuerpo y azotaba mi cara, deseé tenerla entre mis brazos y consolarla, decirle que no me había perdido, reconfortarla. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que en el año en el que me encontraba ella ni siquiera existía, y de pronto me sentí tan sola que no fui consciente de que llevaba un rato hipando

gracias a mi berrinche.

—¿Estas bien Bruja? —Una voz masculina me sobresaltó.

Me di la vuelta y allí estaba él, tan enorme como majestuoso, con su pose corporal erguida, las piernas ligeramente separadas paralelas a los hombros y las manos en la cintura. Me miraba con cierta curiosidad en el rostro.

Limpié mis lágrimas con el dorso de la mano y me puse en pie, por un segundo el tiempo se detuvo cuando me perdí en el azul intenso de su mirada y la dureza de las facciones de su rostro. Era hermoso, demasiado hermoso como para ser real.

—¿Estás así por lo que pasó anoche, mujer? Solo quería protegerte. —Negué con la cabeza—. ¿Y entonces? ¿te sientes mal? Si quieres puedo llamar a la curandera.

Su preocupación hizo que me relajara.

—No, tranquilo, solo es nostalgia. Nada más.

—¿Echas de menos a alguien? —Su cuerpo se puso en tensión y frunció los labios.

—Sí, a alguien muy importante para mí.

—Bien —contestó rápidamente mientras apretaba los puños y se daba la vuelta para dirigirse al castillo.

—¡A mi madre! —vociferé sin saber por qué, no le debía explicación alguna, pero no quería que se hiciese una idea errónea.

Él se dio la vuelta de nuevo y esperó en silencio a que me arrancara a hablar.

—Estaba pensando en ella, y en lo sola que estoy.

—Ya no estás sola *sassenach*, y no lo volverás a estar después de nuestra unión.

—¿Piensas decirme de una vez que significa esa palabra?

—¿*Sassenach*? —Asentí—. Es la expresión que utilizamos los escoceses para dirigirnos a quien no lo son, es como llamarte extranjera.

—Ya veo, ¿así que soy una extranjera? Una *sassenach*.

—Exacto —Sonrió y mi mundo se tambaleo.

¿Qué me estaba sucediendo? Lo nuestro no podía ser, en cuanto encontrase la forma de regresar lo haría y no miraría atrás, ni a sabiendas de que un hombre como aquel se quedaría en el pasado, en mi pasado.

—¿Puedo preguntarte algo? —Él asintió en respuesta—. ¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Necesito comenzar una guerra —dijo como si nada.

—No mientas, no me necesitas para eso.

—Claro que sí, los Mackenzie vendrán por ti ¿no crees?

—No, no creo, y tú también lo sabes. Les mentiste a tus padres.

—Pues ahora somos un par de mentirosos los dos, aunque tengo

fe de que algún día confíes en mí y me cuentes como llegaste al bosque en el que te encontré.

—¿Si te digo que no sé cómo llegué allí me creerías?

—Puede, pero necesitaría más detalles.

—Sabes, todavía no confío tanto en ti… —dije mientras comenzaba a andar hacia el castillo.

—Lo harás, te lo aseguro. —Escuché de fondo.

—¡Señorita Jones! Llevo más de una hora buscándola por el castillo, ¿se puede saber dónde estaba? —La señora Florence salió a las puertas de la fortaleza, me agarró del brazo y tiró de mí hacia el interior.

En ese instante Robertson que había seguido mis pasos de lejos se puso a nuestra altura.

—No veo el apremio Florence, aquí está la muchacha sana y a salvo. —Ella lo miró con dureza.

—Más tarde hablaré contigo jovencito, sabes perfectamente que no puedes estar a solas con la señorita, aunque se vaya a convertir en tu esposa.

—Pues sí que corren pronto las noticias en este castillo.

—Aquí se sabe todo, ya lo sabes. —Lo miró con desaprobación—. Y ahora vamos señorita Jonson, mi señora desea hablar de inmediato con usted.

—¿La señora Sinclair?

—La misma.

—Yo mejor me retiro al campo de entrenamiento con mis hombres. —Nos hizo una reverencia un tanto teatral—. *Sassenach* me apiado de usted, pues mi madre tiene un carácter un tanto… mejor descúbralo por sí sola, no quiero aguar su sorpresa.

El oscuro volvió a dirigirse a mí con un tono cortes, quizá en público no estuviese bien visto que utilizase un lenguaje más cercano. Todavía me quedaba mucho por aprender.

Me dejé arrastrar por las inmediaciones la fortaleza por la mujer cuyos pies eran más ligeros que los míos. El castillo a mi alrededor había cobrado vida, las cortinas estaban descorridas dejando que la luz del sol bañara las estancias, y los empleados cumplían sus funciones de aquí para allá como partes de un mecanismo bien engranado. Todo el entorno olía a flores silvestres, pues en varios lugares de aquella bonita fortaleza lucían enormes jarrones repletos de ramilletes naturales.

Llegamos frente a una gran puerta de madera, y la señora Florence la abrió sin más. Era una sala bastante grande decorada de una forma femenina. En ella había: unas butacas de estampados elaborados, un amplio sofá, y una mesita de mármol, en una de las butacas estaba acomodada la Señora Sinclair con cara de pocos amigos, y junto a ella, una joven muy rubia con ciertos rasgos Sinclair.

—Gracias Florence, ya puedes marcharte. —Esta asintió y me dejó allí plantada frente a la imponente mujer.

¿Debía hablar, o simplemente esperar a que ella se dirigiese a mí? Opté por lo segundo esperando que fuese lo adecuado.

—¿Así que tú eres la que se casará con mi hermano? ¡Estaba deseando conocerte! —Su rostro me resultó amable.

—¡Cierra la boca Franchesca! —La reprendió la Meghan.

—Disculpe madre. —La muchacha bajó la mirada visiblemente arrepentida.

—Me han dicho que quería verme señora Sinclair.

—Así es. —Ella puso de nuevo la atención en mí persona—. Siéntese por favor.

Me señaló una de las butacas frente a ellas, con discreción sujeté mi falda para poder acomodarme y tomé asiento.

—¿Qué es lo que busca de mi familia…? Dígame, señorita Jones. —Utilizó un tono severo.

—No busco nada. —Fui sincera.

—Aparece aquí, de la nada, sin referencias, con una historia poco creíble y se las ingenia para atrapar a mi único hijo varón en sus redes, perdone que sea tan franca, pero no me gusta.

—La comprendo señora, y le pido disculpas, pero mi único deseo como bien le he hecho saber a su hijo, es regresar a mi hogar.

—¿Y cuál es ese hogar, Pert? Tengo entendido que ahí le espera un matrimonio sin amor.

—Exacto Pert, donde me casaré con la persona que eligieron mis familiares.

—El *laird* ya ha dado una orden y se cumplirá, es la ley. Y aunque no esté de acuerdo, debo apoyarlo, a menos…

—¿A menos qué, señora?

—A menos que realmente esté dispuesta a marcharse sin mirar atrás.

—Lo estoy, y haré lo que sea para conseguirlo.

—Puedo ayudarla —dijo como si nada.

—¿Cómo? —Ella se carcajeó altiva.

—Soy la señora de este castillo por algo, ¿no cree?

—Por supuesto, discúlpeme. —Me retracté de mis palabras recordando en dónde estaba y frente a quien,

—Dentro de tres días será la fiesta de *samhraidh*, vendrá mucha

gente de otros clanes amigos, el alcohol correrá a raudales, y será el momento idóneo.

—¿El momento para qué?

—¡Para escapar! ¿Acaso no es eso lo que quiere?

—Sí —dije tajante.

—Lo prepararé todo, y después le diré como lo haremos. Yo le doy mi palabra de que la ayudaré, pero a cambio tiene que darme la suya de que se irá y no regresará jamás.

—Lo haré.

—Así sea. —Aceptó—. Ya puede marcharse.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta en silencio.

—Una cosa más *sassenach,* si no cumples tu trato, puedes estar segura de que tomaré represalias contra ti, nadie me traiciona. —Me tuteó haciendo la amenaza más cercana.

—No será necesario, dentro de tres días me marcharé y será como si nunca hubiese existido.

—Así lo espero.

Sali de aquel salón con una pequeña llama de esperanza en mi corazón, quizá sí podría buscar a mis amigas después de todo, y encontrar la forma de regresar.

Capítulo 8

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Me dirigía hacia las cocinas cuando me pareció escuchar un buen revuelo, la curiosidad se apoderó de mí, y me dejé llevar por el sonido de las voces. Llegué al patio trasero del castillo donde una multitud de guerreros y sirvientes hacían corrillo impidiendo que llegase a ver lo que allí estaba pasando. Se escuchaba el sonido de lo que parecían dos espadas al chocar entre sí, mientras que los asistentes aplaudían y vitoreaban con euforia.

Me hice hueco entre los cuerpos hasta que alcancé a ver lo que pasaba, por poco me da un infarto al comprobar que dicha expectación la estaba causando el Oscuro.

Allí, en medio de aquel círculo improvisado de personas, Robertson luchaba a muerte con otro guerrero tan grande como él en dimensiones. Ambos parecían que estaban coordinados, puesto que sus espadas se encontraban la una con la otra en un perfecto baile coreografiado.

Justo en aquel momento, el otro guerrero le lanzó un golpe con su espada al Oscuro, este consiguió pararlo, pero no vio venir el puñetazo que se estrelló contra su rostro, golpe que le hizo caer de espaldas al suelo.

—¡No! —grité tan fuerte que hasta me dolió la garganta.

Él, en ese instante, se percató de mi presencia y sonrió divertido. Su contrincante lo atacó de nuevo todavía estando en el suelo, y sin poder evitarlo me vi empujando cuerpos para ir en su ayuda, pero alguien me retuvo por el brazo.

—Ni se te ocurra Zeltia, ¿qué es lo que pretendes? ¿avergonzarlo? —La misma mujer que acompañaba a Meghan cuando me recibió habló seria.

—¡Lo matarán!

—No seas exagerada están entrenando, mi hermano se las apañará, pareciese que jamás hubieses contemplado algo así.

—No, jamás.

—¿De dónde vienes los guerreros no entrenan?

—Bueno en Mánchester los caballeros prefieren la oratoria, aunque sé que también el boxeo, pero las mujeres no vamos a esos sitios. —Mi poco conocimiento sobre el pasado me ayudó.

—Pues tendrás que acostumbrarte, Escocia es hermosa, pero sus gentes duras y fieras como una roca, ya has conocido a mi madre. —Asentí dándole la razón.

Miré de nuevo hacia la pelea justo en el momento en que Robertson le propinaba una fuerte patada en el estómago a su adversario, este cayó de rodillas, pero en segundos se recuperó y atacó de nuevo, esta vez el Oscuro, consiguió esquivarlo, y gracias a su destreza desprevino del arma a su contrincante que cayó a unos metros de ellos. Acto seguido se abalanzó sobre él, y tras un giro inesperado sobre sí mismo acabó pegando la espada a la garganta de su enemigo, este en respuesta alzó la mano en visible señal de rendición. Yo respiré aliviada al fin, pues hasta que no hubo finalizado el combate no lo había podido hacer con normalidad.

Robertson, ante la rendición de su oponente, bajó el arma y, con una sonrisa en el rostro lo felicitó por tan buena pelea, mientras estrechaba su mano desde el antebrazo. La gente a su alrededor aplaudía y vitoreaba al guerrero. Lo tenían completamente rodeado, y entre abrazos y felicidad, se lo llevaron hacia el interior de la fortaleza. Justo antes de desaparecer se giró y me dedicó una última mirada.

—¿A dónde van?

—A celebrarlo por supuesto, se pondrán borrachos hasta perder el conocimiento.

—Ya veo, ¿y cómo se supone que celebran las mujeres aquí las cosas?

—Te lo enseñaré, pero a cambio no dirás nada.

—Mi boca estará sellada. —Hice el gesto de cerrar la cremallera sobre mis labios y ella me miró desconcertada.

— ¡Eres tan extraña Zeltia! No sé qué has querido decir, pero creo que puedo confiar en ti.

Llevábamos caminando por el bosque más de veinte minutos, reconozco incluso que pensé que Franchesca me conducía hasta mi misma muerte ¿Qué era lo que sabía respecto a ella? Nada, solo que su

madre me odiaba.

—Ya hemos llegado Zeltia.

Ella se abrió paso entre unos matorrales, y yo la seguí de cerca, en segundos apareció ante mis ojos el cauce del rio, una zona tranquila donde se podían divisar diferentes pozas de agua naturales que se formaban gracias a las rocas, un lugar lleno de magia y encanto.

La joven extendió una tela blanca sobre el suelo y sacó varias viandas con comida que tenían una pinta exquisita.

—Nos las ha preparado la señora Florence.

—¿Sabe que estamos aquí?

—Por supuesto que no, le dije que estaríamos en los campos de viñas que están dentro de las fortalezas del castillo, jamás le confesaría que suelo salir de sus muros, se supone que debemos hacerlo con escolta.

—Vaya Franchesca, resulta que eres toda una rebelde.

—Todavía no sabes nada. —Ella sonrió, tenía unos hoyuelos pronunciados que le daban un aire aniñado—. Te confesaré algo Zeltia, me han comprometido.

—¿Tan pronto? Pero si todavía eres muy joven.

—Acabo de cumplir los diecisiete, mi padre no quería, pero mamá pensó que sería lo mejor dado a la edad de mi futuro marido.

—¿Edad?

—Tiene cuarenta y dos, ya no podía esperarme más, necesita herederos.

—¿Y quién es el afortunado?

—Es el *laird* del clan Fraser.

—¿Y lo conoces en persona?

—Por supuesto, desde que nací —Franchesca rebuscó en su bolsa y sacó una botella de *whisky*, le dió un buen trago y después me la pasó

—No deberías beber —dije mientras tomaba la botella y me la llevaba a los labios, conforme el líquido traspasó mi garganta comencé a toser—. ¡Dios, esto esta fuertísimo!

—Claro que beberé, me van a casar con un viejo, Zeltia, déjame disfrutar de mis últimas libertades. La que no deberías beber eres tú, quizá esto este demasiado fuerte para ti.

—Ni que lo digas. —Comencé a reír sintiendo el ardor del *whisky* en mis entrañas.

Zeltia resultó ser una compañía muy agradable, divertida y comprensiva, con ella las horas me pasaron volando y, sin saber muy bien cómo, me vi quitándome la ropa para meternos en el rio.

—¿Qué haces Zeltia?

—Me quito las enaguas y la camisola, no quiero que se me

empapen.

—¡Pero te quedarás en cueros! —Ella se sonrojó. —No he bebido tanto *whisky* como para eso.

—Bueno no quiero volverme con la ropa interior mojada y enfermarme, además aquí solo estamos tú y yo.

Franchesca se quedó unos segundos pensativa…

—Sabes qué, tienes razón —dijo comenzando a desnudarse al igual que lo hacía yo—. ¡Ay! ¡pero si ya estas enferma Zeltia! ¡Pobrecita!

—¡No, claro que no! ¿Por qué lo dices?

—Bueno… no tienes pelo ahí abajo. —Señaló mi pubis—. Ni en las axilas.

Yo comencé a reír por la situación, a ver cómo le explicaba yo a aquella mujer que me había hecho el láser hace varios años.

—Verás, en Mánchester ha llegado una nueva moda de Francia, las mujeres nos depilamos el cuerpo.

—¿Depilar?

—Nos quitamos el vello.

—¿Y para qué? ¡Está horrible! Sobre todo, tus zonas pudorosas, parece el culo de un pato después de arrancarle sus plumas. —Comencé a reír por la comparación.

—Bueno a algunos hombres les gusta.

—Estoy segura de que esos hombres no serán escoceses. —Franchesca entró al agua y comenzó a salpicarme mientras reía.

—¡No Franchesca! ¡Está helada!

Entre risas y confidencias, pude decir que había hecho mi primera amistad desde que había llegado allí, con Franchesca todo era sencillo, me hizo recordar a mis amigas Herea y Amara.

Capítulo 9

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

—¡Oh, oh! problemas a la vista. —Comentó Franchesca con la mirada al frente.

Por el camino de entrada a la fortaleza llegaba Robertson montado en su impresionante caballo negro, y seguido por tres guerreros más. Por la seriedad del Oscuro pude intuir que no sería un encuentro cordial ni mucho menos casual.

—¡¿Se puede saber dónde demonios estabais vosotras dos?! —gritó encolerizado.

—En los viñedos, recuerdo perfectamente que se lo dije a Florence —respondió Franchesca la mar de divertida al ver la expresión de su hermano.

—No, no lo estabais, llevo toda la tarde buscándoos Franchesca, ya sabéis que no podéis salir del castillo, es peligroso.

—Espera un momento Oscuro, yo soy adulta y puedo ir a dónde me plazca.

—De eso nada, eres mi prometida y harás lo que yo te ordene…

—¿O qué? —pregunté altiva mientras Franchesca trataba de ocultar su risa.

—¡Está bien, tú te lo has buscado!

Robertson espoleó al caballo en mi dirección, y cuando estuvo lo bastante cerca de mi persona me agarró del brazo para subirme a su montura de la peor forma. Mi estómago reposaba sobre sus piernas, y mi cabeza, caía hacia un lado del animal desde donde podía ver los estribos demasiado cerca —para mi gusto—, de mi rostro.

—¡Suéltame demonio! —chillé, y él en respuesta azotó mi trasero mientras los demás guerreros reían y lo animaban a «domarme».

—Vas a pagar las consecuencias, mujer —dijo antes de espolear al caballo y ponerlo a galope.

Juro que pensé que moriría en aquella posición donde mi estómago estaba pagando las consecuencias de los movimientos del

animal.

Llegamos en lo que para mí serían los cinco minutos más horribles de mi vida. Robertson bajó de su montura de un salto, después tiró de mi cuerpo para bajarme a mí, y sin esperarlo, y sin darme oportunidad alguna para recomponerme, volvió a alzarme como si fuese un saco de patatas para colocarme sobre su hombro. ¡Aquel hombre era un auténtico animal! Pataleé con todas mis fuerzas, traté de arañarle el rostro, lo insulté de la peor forma, pero nada daba resultado, estaba como poseído. Aun estando boca abajo, pude ver como prácticamente todas las personas que regentaban el lugar estaban pendientes a sus movimientos, algunos reían por la situación, mientras que otros animaban a su señor. «¡Impresionante!»

Cuando por fin llegamos a mi habitación, me lanzó sin ninguna delicadeza sobre la cama, mientras me miraba con los ojos encendidos en cólera y la respiración entrecortada.

—¡Zeltia! esta vez has llegado al límite de mi paciencia. No sé cómo será en Mánchester, pero aquí tienes que obedecer, y más si hablamos de tu futuro marido.

—¿Obedecer? Ni siquiera sabía que no podía salir del castillo —me quejé.

—Eso no te escusa de recibir el castigo.

—¿Castigo? ¿Vas a pegarme?

—Tan solo serán un par de azotes, eso hará que no lo repitas.

—¿No estarás hablando enserio? —pregunté asustada.

Él con un movimiento de cabeza confirmó mis miedos, y acto seguido se desabrochó el cinturón donde llevaba colgada su espada.

—¿Qué haces con tu espada?

—Para empezar, no es una espada, es mi *clymore,* mujer, son cosas que debes de ir aprendiendo, y no hago nada con ella, solo que necesito el cinturón.

—¿No serás capaz? Si me tocas no te lo perdonaré jamás, y esperaré con paciencia a que te duermas para clavarte un cuchillo en el corazón, lo juro.

—Me arriesgaré, y dormiré con un ojo abierto. No sería la primera vez.

Se acercó a mí, y yo automáticamente retrocedí, no permitiría que me pusiese una mano encima, ¡me defendería! En aquel momento me alegré de que mi madre me hubiese apuntado a aquellas clases de defensa personal cuando era pequeña, al menos tendría una oportunidad para defenderme.

Salté como pude al otro lado de la cama y busqué algún objeto con el que amedrentarlo, pero lo único que encontré fue un candelabro.

—No me lo pongas más difícil, mujer, estoy cansado y

hambriento.

—¡Te odio maldito escocés! —Le lancé el candelabro con todas mis fuerzas, pero él lo esquivó sin ningún problema, puso esa sonrisa de lado medio diabólica y acto seguido se abalanzó sobre mí agarrándome por los brazos.

Grité y me revolví, hasta que vi el momento de respuesta, donde sin ninguna piedad le propiné una buena patada en su zona sensible, con eso conseguí que se encogiera para darle un fuerte y certero codazo en la nuca y por último un rodillazo en la nariz.

—¡Oh, demonios Bruja! ¿Dónde has aprendido eso? —preguntó mientras se erguía y limpiaba la sangre de sus fosas nasales.

Me pareció observar cierto deje de orgullo en su mirada.

—Todavía se hacer más cosas, ¡así que aléjate de mí, bárbaro!

—Parece que nunca te hayan azotado mujer.

—¡No, no lo han hecho, y tú no serás el primero! —le grité a pleno pulmón mientras mis lágrimas recorrían mis mejillas.

—No quiero hacerte daño, te prometo que será rápido.

Se abalanzó de nuevo sobre mí, pero esta vez abrazó todo mi cuerpo con el suyo dejándome bloqueada, traté de golpearle la cara con mi cabeza, pero ahí ya me fue imposible, ya que era mucho más alto que yo. Entre patadas y movimientos bruscos que salían de mi cuerpo enfurecido y que no se lo ponían nada fácil, por fin consiguió —no sin esfuerzo— colocarme sobre sus rodillas.

—Uff, *sassenach,* a estas alturas no sé si no disfrutaré haciéndote pagar tu insolencia. —Levantó mi falda y las enaguas, dejando mi trasero a su merced mientras yo lloraba de rabia y de impotencia.

Cerré los ojos esperando el duro golpe, estaba segura de que se ensañaría, después de lo que yo había hecho no creí que se contuviera en su castigo. Él se tomó su tiempo para deslizar su mano suavemente por mis nalgas y…

—¡Dios, *sassenach*…! Ahora mismo estoy tan furioso contigo, qué podría dejarte a tiras este precioso trasero, pero no estropearé esta piel tan perfecta. —Me dio un suave *cachetito* en la zona, y seguido tapó de nuevo con las faldas mis posaderas.

—¿Qué? ¡¿Estás loco?!

—Sí que lo estoy, la paliza que me has dado no se la perdonaría a cualquiera, pero admiro tu valentía y tu fuerza, la próxima vez que me desobedezcas no tendré miramiento.

Me bajé de su regazo y me alejé de él todo lo que me permitió las dimensiones del cuarto, sintiendo que toda yo temblaba.

—No creas que no te voy a seguir odiando después de esto —le dije todavía entre lágrimas—. ¡Vete, quiero estar sola!

—Te espero en el salón para cenar, se puntual *sassenach,* no me hagas subir a buscarte.

—¡No pienso ir!

—¿Pero es que no te cansas mujer?

—¡¿De qué?!

—¡De contradecirme!

—¡Jamás! y esto es lo que te espera por el resto de la eternidad si te casas conmigo.

Él sonrió divertido, y justo antes de desaparecer por la puerta dijo:

—He dicho puntual, *sassenach*.

Unos golpes en la puerta de la habitación me despertaron, debí de quedarme dormida con el disgusto que llevaba después del altercado con el Oscuro. No tenía ganas de ver a nadie, pero hice el esfuerzo y me incorporé. La puerta se abrió y apareció la cabecita de Franchesca asomando por el resquicio.

—¿Puedo pasar?

—Claro, adelante. —Ella, algo tímida se acercó a la cama y se sentó junto a mí.

—Lo siento mucho, no pretendía meterte en problemas.

—Tranquila, lo sé.

—¿Te ha pegado mucho?

—No, y nunca dejaría que lo hiciera. —¡Antes me lo cargo!

—¿Es que de dónde vienes no se castigan a las mujeres?

—No, eso allí no está bien visto, acabaría en una celda. —Franchesca abrió mucho los ojos sorprendida.

—Él jamás te haría daño Zeltia.

—No estoy tan segura de ello. —Crucé mis brazos todavía enfadada al recordarlo.

—No puedes seguir desafiándolo de esas formas en público, mi hermano es el futuro *laird*, no puede verse débil ante una mujer.

—Eso no lo excusa para ponerme la mano encima, ni a mí, ni a nadie.

—Verás… en la intimidad puedes hacer lo que quieras, pero cuando haya otras personas delante, sobre todo sus guerreros, no debes de desafiarlo o lo pondrás en el compromiso de castigarte, aunque él no quiera. Quién sabe si la próxima vez se vea obligado a reprenderte frente a todo el mundo.

Me horroricé con tan solo pensar la escena que horas antes había sucedido en mi habitación ante desconocidos aclamando por mi castigo, entonces el Oscuro se hubiese visto obligado a golpearme sin

miramientos, y estaba segura de que después de eso, no podría volver a sentarme en más de un mes. Por mucho que me rebelase, me encontraba en una época diferente a la mía, no podía luchar sola ante los pensamientos de toda una nación a la que todavía le faltaba siglos de evolución.

Franchesca caminó por la habitación, y se detuvo ante mi armario.

—¿Solo tienes dos vestidos Zeltia?

—Sí, tu hermano me encontró con lo puesto, perdí mis cosas cuando hui de mis secuestradores, estos me los consiguió Florence. —Desvié la mirada, me costaba mentir a Franchesca respecto a lo del secuestro.

—Dime la verdad, ¿es cierto que Pherson te secuestró y quería desposarse contigo? —preguntó sin más con los ojos anegados en lágrimas.

—Bueno…

—Vamos Zeltia, se franca conmigo, te lo pido por favor. —Una lágrima se deslizó por su cara y ella la limpió rápidamente.

No supe por qué, pero sentí la necesidad de sincerarme con ella, me dolía verla así, afectada, aunque no sabía que tenía que ver con mi historia.

—No, mentí —dije al fin.

—¡Lo sabía! —Ella suspiró y se llevó las manos al pecho, parecía aliviada—. ¿Por qué mentiste?

—Quería salvar mi vida, no podía contar la verdad, me tomarían por loca, o peor aún, por bruja.

—Bueno, yo conozco una bruja, y no son tan malas como dicen.

—¿Enserio? —Mi corazón dio un vuelco, quizá ahí estuviese mi solución—. ¿Crees que podría conocerla?

—Va a ser difícil, mi familia no sabe que la visito, y después de lo de hoy créeme cuando te digo que nos mantendrán vigiladas, pero lo intentaré.

—¡Muchas gracias, realmente es muy importante para mí! —La abracé con cariño—. ¿Cómo sabías que mentí?

—Porque… ¡Oh dios! prométeme que jamás confesarás lo que te voy a contar.

—Lo juro Franchesca, yo también te estoy confiando mi vida.

—Estamos enamorados —dijo con una sonrisa enorme que iluminó de nuevo su rostro.

—¿Quién?

—Pherson y yo.

—¡De un Mackenzie!

—Shhh, baja la voz, podrían oírnos.

—Pero… ¿cómo es posible?

—No siempre fuimos enemigos, hubo un tiempo en que mi padre y el suyo tenían empresas, y en una de sus visitas a Castletown nos enamoramos, yo tan solo tenía doce años, pero supe que sería el amor de mi vida.

—Esto es una locura, si tus padres se enteran pondrán el grito en el cielo.

—No se enterarán, por lo menos hasta que esté lo bastante lejos.

—¿¡Qué!? ¿No harás lo que estoy pensando?

—Seré una Mackenzie, está decidido, y sí quieres puedes venir conmigo, yo te protegeré. —La solemnidad de su rostro me hizo ver que hablaba enserio.

— ¿Y si no sale bien?

—Saldrá bien, ya está todo arreglado. ¿De verdad crees que mi madre te dejará marchar?

—¡¿Qué?! ¿A qué te refieres? ¡Me ha dado su palabra!

—Su palabra para ella no tiene validez porque no eres escocesa, te matará y hará que parezca un accidente en tu huida, y después dirá que eres una espía de cualquier otro clan. A mi ver, solo tienes dos opciones: o adelantas la boda con mi hermano y buscas tu seguridad, o te vienes conmigo y dejas que te ayude.

—No, no, no, esto no está bien. —Comencé a andar de un lado para el otro de la habitación con nerviosismo.

De pronto todo había cambiado, y mi mente no sabía qué hacer, debía huir, eso seguro, ¿pero con los Mackenzie? En cuanto el Oscuro se enterase removería cielo y tierra. Y más después de saber lo mucho que los odiaba, y una vez allí ¿qué haría? ¿y si también me obligaban a casarme?

—Escúchame Zeltia, puedes pensarlo, no tienes por qué contestar ahora, pero no te demores demasiado.

Asentí sintiendo un mundo de emociones en mi interior.

—Y ahora vamos a ponernos guapas para la cena, te prestaré algo de ropa y lucirás espectacular, estoy deseando ver la cara que pone mi hermano en cuanto te vea.

Capítulo 10

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Robertson

Estaba a punto de salir a buscar a la sassenach en cuanto la vi entrar al gran salón agarrada del brazo de mi hermana, casi no la reconocí, si de normal estaba hermosa con los atuendos sencillos que solía lucir, aquella noche con aquel vestido rojo estaba radiante. Llevaba el pelo recogido, cosa que dejaba a la vista su largo y esbelto cuello tan provocador. El corse se adhería a sus curvas de una forma escandalosa, estaba claro que aquello era para provocarme; una venganza.

Las dos se sentaron lo más alejado posible de mí, y la Bruja no reparó en mi presencia en ningún momento. Aquello me hizo cabrear y dar un sonoro puñetazo sobre la mesa.

—Tranquilo amigo, ¿es que acaso olvidaste tus modales? —Ronal se sentó junto a mí y me ofreció una jarra de cerveza.

—¡Esa mujer acabará con mi paciencia!

—Nunca pensé verte así Robertson.

—Es el universo, de eso estoy seguro, es mi castigo por haber yacido con tantas mujeres.

Ronal rio y comenzó a comer, siempre estaba hambriento. Yo, por el contrario, me limité a observarla en la lejanía, cada movimiento, sintiendo que la furia se apoderaba de mí con cada una de las sonrisas que le dedicaba a Franchesca, celoso porque no eran para mí.

No pude hacer otra cosa que levantarme con brusquedad y salir del salón sin mirar atrás, no podía estar junto a ella, no en aquellas condiciones, o podría cometer una locura.

Salí al jardín para tomar un poco el aire y refrescar mi ira, con suerte, conseguiría relajarme y olvidarme en como la *sassenach* me despreciaba.

—¿Señor puedo ayudarle en algo? —me preguntó una de las muchachas del servicio.

—No gracias, estoy bien —contesté tajante y de muy mal humor.

—¿Seguro? —Ella se acercó descaradamente, mientras pasaba su mano por mi brazo insinuante.

Por un instante pensé en volcar mi ira en su cuerpo, por Dios divino, yo era un hombre y tenía mis necesidades…

—Ya te ha dicho que no necesita nada, te puedes retirar —Una voz femenina que reconocí al instante habló desde mi espalda.

La muchacha, —avergonzada— desapareció azorada hacia el interior del hogar.

Al voltearme me di de bruces con aquellos ojos verdosos que me tenían cautivados desde la primera vez que los vi.

—Creí que esta noche pensabas ignorarme durante toda la velada —hablé serio.

—Y así era, hasta que te vi marcharte… —La Bruja cruzó sus brazos y frunció el ceño—. Aunque ya he podido comprobar que no has tardado nada en buscarte otra compañía.

—La única compañía que deseo es la tuya. —Ya estaba harto de jueguecitos, sería conciso.

Acorté la distancia entre nuestros cuerpos con cierto apremio, y la sujeté por la cintura deseoso de aquel contacto tan íntimo.

—Sigo enfadada, me has traumatizado.

—¿Traumatizado? ¿A qué te refieres? —La *sassenach* solía utilizar palabras que no entendía.

—Que no olvidaré lo que has intentado hacerme en la vida.

—No dramatices Bruja, yo he salido más mal parado que tú. —Recordé el rodillazo en mi entrepierna.

Ella sonrió y en aquel instante, con la luna iluminando su rostro supe que la amaba. Saqué del bolsillo de mi chaqueta algo que no pensaba que utilizaría aquella noche después de lo vivido.

—Creo que no te he pedido que te cases conmigo como se merece. —Ella levantó las cejas con cierto tono divertido en el rostro.

—No, no lo has hecho. —Levantó el mentón altanera y quise besar su cuello—. Me lo has impuesto.

—Bruja, ¿te casarías conmigo? Juro amarte y protegerte con mi vida si fuese necesario —pronuncié aquellas palabras de una forma sincera.

Ella se quedó en silencio unos segundos pensativa, y se mordió el labio inferior, sabiendo lo que eso me provocaba. Estaba seguro.

—Quiero que también jures que jamás me pondrás la mano encima para castigarme y, que me escucharás y me creerás cuando decida contarte mi pasado. Esto último me dejó pensativo, ¿a qué se refería?

—Lo juro *sassenach*, con la sangre de mi cuerpo. Agarré mi daga y me hice un corte en la palma de la mano, dejando que unas gotas de mi sangre cayeran al suelo.

—¡¿Qué haces?! —Ella, temblorosa, sujetó mi mano y me miró incrédula—. ¿Por qué lo has hecho?

—No hay dolor físico que iguale el dolor que pueda sentir mi corazón con tu negativa, Bruja, con este gesto te entrego la sangre de mis venas, mi alma, mi cuerpo y mi ser para que hagas con ello lo que te plazca.

Ella me miró en silencio y con los ojos anegados en lágrimas, hubiese dado mi vida por conocer sus pensamientos en aquel momento.

—Entonces me casaré contigo Robertson Sinclair, no hay más que hablar.

—Qué así sea —le dije mientras colocaba el broche de Luckenbootth en su corpiño.

La *sassenach* lo miró y, me sonrió con dulzura por primera vez en aquel día que juró odiarme con todas sus fuerzas.

Sin demora posé mis labios sobre los suyos sintiendo que se fundían en uno solo, ella, en respuesta, enterró sus dedos en mi pelo y nuestras almas se hicieron una, pues yo sabía que aquella mujer —en ocasiones odiosa— era mi hogar.

Capítulo 11

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Franchesca entró como un huracán a mi estancia, su sonrisa me hacía recordar a la de su hermano; amplia y sincera. Los dos tenían cierto parecido, aunque ella tenía el pelo mucho más rubio, tanto que incluso tenía algunos mechones casi blancos. También era lo suficientemente alta como para no pasar desapercibida, dándole un aire elegante y sofisticado, pero lo que más llamaba la atención eran lo delicadas de sus facciones que le daban un cierto toque inocente.

—¡Vamos Zeltia! He conseguido que mi hermano nos deje el carro para ir de compras a la ciudad, por lo visto hoy está de muy buen humor, iremos a un sitio que te gustará, te lo prometo.

—¿Siempre te levantas con esta energía?

—Siempre que sale el sol en Escocia, sí, ¡mira!

Descorrió las cortinas de un solo tirón y desde que llegué por primera vez a Castletown pude ver el sol luciendo en un cielo completamente despejado. De pronto los prados eran más verdes y los colores más vivos, contagiándome así del buen humor de Franchesca, por tan solo contemplar aquella visión tan maravillosa.

—¿Ves? Hoy hace un día hermoso, es un buen presagio.

—¿Y para qué? ¿Tú tramas algo verdad?

—Ya lo verás…

El carro que dispuso Robertson para nosotras estaba junto a la puerta esperándonos, y presidido por cuatro caballos, me pareció un tanto exagerado, pero al ver a los tres guerreros que nos acompañarían

hasta la ciudad, entendí el por qué se necesitaban de tantos animales para mover la diligencia. Aquellos enormes hombres debían de pesar un quintal.

Ronal me tendió la mano y me ayudó a subir al mismo, después hizo lo propio con Franchesca. El trayecto fue tedioso, aquellas carreteras de tierra y barro eran de lo más inestables, como eché de menos las carreteras y los coches. Aunque viendo el aire tan puro que entraba por una de las ventanas del habitáculo, no eché en falta la contaminación de los coches y sus ciudades.

La primera boutique que visitamos fue una en la que vendían ropa interior femenina, según Franchesca necesitaba hacerme un ajuar para las noches siguientes a mi matrimonio, se supone que debía de lucir hermosa para mi esposo.

Francesca me contó que el Oscuro le hizo prometer que no escatimaríamos en nada, y que compraríamos todo lo que nos hiciese falta, que él correría con los gastos después. Me sentí como en *Pretty Woman*, pero sin ser prostituta, claro.

La pequeña de los Sinclair me hizo comprar: dos batas largas de seda y hasta los pies para dormir, dos cotillas, también de seda, tres camisas, un par de enaguas de lino, y varios pares de calzas y cintas.

En la siguiente tienda compramos varias telas y nos tomaron medidas para diversos vestidos, en especial el que me pondría en la boda. Por supuesto luciría los colores de los Sinclair.

En la última tienda adquiriríamos las joyas, en cada una de nuestras visitas a los comercios nuestros escoltas permanecían junto a la puerta del negocio y no dejaban entrar a nadie más hasta que nosotras lo abandonáramos, me pareció excesivo, pero quien era yo para juzgar después de todo.

El tintineo de la campanita colocada sobre la puerta puso en alerta al dueño del local que salió de detrás del mostrador para atendernos. El hombre nos mostró sus piezas más valiosas y elaboradas, Franchesca me aseguró de que en aquel lugar vendían las mejores joyas de toda las Highlands.

El hombre reparó en mi broche y sonrió.

—Veo que el señor Sinclair, ya le ha regalado la joya.

—Así es. —Sonreí complacida.

—¿Sabe su historia?

—No, pero me gustaría escucharla —le dije curiosa.

—Verá, esta joya ha sido considerado un gesto romántico desde hace siglos, la forma de corazón entrelazados simboliza el amor, y la corona sobre ellos coronándolos, lealtad. También se considera un amuleto de la suerte, el cual protege al portador de los males de ojo. La piedra preciosa que lleva al centro aliviará sus dolores en el parto, y si lo sujeta a las enaguas cerca de su muslo izquierdo aumentará el

flujo de leche para su bebe. Y si lo sujeta en el chal de su hijo cuando nazca, evitará que sea robado por las hadas—. Escuché aquello impresionada, ¿realmente aquellas personas creían en Hadas?

¿Pero quién era yo para juzgar tales leyendas, si yo misma había viajado en el tiempo?

—¿Las hadas?

—Exacto, las hadas, pero eso ya es una historia más larga—. El hombre rio abiertamente.

—Disculpe, ¿podría mostrarme esta pieza, por favor? —preguntó Franchesca señalando el escaparate.

—Por supuesto señora —contestó el comerciante.

—Zeltia, ¿me echas una mano? —me preguntó mi futura cuñada—. Porque no vas al final de la tienda, allí hay un pequeño pasillo donde hay expuestos unos tocados muy bonitos, trae la diadema granate que lleva unas pequeñas florecillas ocres, la vi el otro día y he decidido que hoy me la llevaré.

—Claro, iré a buscarla.

Me dirigí hacia dónde me había indicado Franchesca, la tienda que en un principio parecía algo pequeña, se iba agrandando tras pasillos de estantes repletos de cosas. Llegué a la repisa donde todas las diademas estaban expuestas y, divisé la que me había pedido Franchesca, alargué la mano y cuando fui a cogerla una voz desconocida me sobresaltó.

—Disculpe, no era mi intención asustarla —me dijo la mujer.

—No se preocupe, estaba distraída, pensé que no había nadie aquí atrás.

—Soy la esposa del señor Williams, el caballero que os atendía en el mostrador, la señora Faith Williams.

—Encantada de conocerla, yo soy…

—Señora Jones, sé muy bien quien es —me interrumpió—. De hecho, la estaba esperando.

—¿En serio?

—Porque no me acompaña, enseguida se lo explicaré.

Asentí y la señora Williams comenzó a caminar por los enrevesados pasillos mientras yo la seguía de cerca, llegamos a una gran estantería, parecía muy pesada, pero la mujer sin ningún esfuerzo y de una forma muy sencilla la arrastró desplazándola hacia un lateral, como si no pesara nada.

Ante nosotras apareció una puerta que daba a un pasillo secreto poco iluminado, ella extendió su brazo en una clara invitación para que la atravesara, así que lo hice, ella me siguió y cerro de nuevo la estantería, ocultándonos del mundo exterior.

Caminamos unos metros más hasta que llegamos a una pequeña habitación, en ella habían un centenar de velas encendidas, carecía de

ventanas, o por lo menos yo no las veía, ya que las paredes estaban cubiertas con unos oscuros pero preciosos tapices, el suelo estaba enmoquetado, y en una de las paredes había una gran vitrina donde se podían observar varios frascos transparentes rellenos de lo que parecían hierbas y remedios, colgado en un lateral del techo, hierbas aromáticas sujetadas con una cuerda de paja por su tallo. Justo en el centro de la estancia una mesa redonda, ataviada con un mantel rojo y dos sillas. Ella tomó asiento y extendiendo su mano con cortesía me ofreció la otra silla.

—¿Es usted curandera? —pregunté mirando a mi alrededor,

—No exactamente, soy una *bana—bhuidseach,* una bruja—. Entonces comprendí lo que estaba haciendo allí, Francesca lo había organizado—. Dígame, ¿por qué me buscaba?

—Necesito ayuda.

—¿Un amor no correspondido?

—No, ¿por qué piensa eso?

—Bueno, es casi todo lo que me piden las jóvenes que me visitan.

—Verá, estoy perdida, y no sé cómo regresar a mi hogar.

—Ya veo, ¿vive muy lejos?

—Tanto que no hay caballo que resista tal travesía. —Ya me estaba acostumbrando al uso del vocabulario de la zona y sus expresiones.

—Deme un minuto. —La mujer se levantó, y cogió un gran cuenco entre sus manos.

Después lo dejó sobre la mesa y se dirigió a la vitrina donde sacó varios botes y unas cuantas hierbas. Comenzó a mezclar varias cosas dentro del cuenco, y a machacarlas con un palo grueso de madera, mientras hablaba en un idioma para mí desconocido.

—Ellas también han viajado…

—¡¿Qué?! —Me levanté de sopetón—. ¿A dónde?

La señora siguió meneando y machacando las hierbas, mientras añadía un líquido rojizo a la mezcla.

—Están aquí en Escocia, pero lejos de esta ciudad. —A la bruja se le pusieron los ojos en blanco—. Los arcos del monasterio os mandaron a lugares diferentes, pero dentro del mismo tiempo.

—¡Gracias a Dios! —Comencé a llorar—. ¿Están bien? ¿Cómo las encontraré?

—Solo tengo respuesta para la segunda pregunta —habló con la voz entrecortada—. Una destacará por sus dotes curativos, y la otra se convertirá en una gran guerrera. Escucha los cantos.

—¿Qué significa eso?

—Escucha los cantos… —La mujer abrió los ojos y pareció regresar del trance en el que se había adentrado.

—No he entendido lo último que me ha dicho.

—Lo siento, no puedo decirle más, a veces los mensajes no son claros, hay que descifrarlos y solo los entienden las personas a los que van dirigidos. Espero haberla ayudado señorita.

—Muchísimo. —Me levanté y la abracé todavía emocionada por saber que mis amigas estaban vivas y en Escocia—. Me gustaría recompensarla, pero no tengo dinero ahora mismo, aunque le prometo que volveré y le pagaré lo que me diga.

—Tranquila, no se preocupe por eso, encontraremos la forma, hoy la ayudo yo, mañana me ayuda usted a mí.

—Me parece perfecto.

Capítulo 12

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Toqué con los nudillos la gran puerta de la sala privada de Meghan Sinclair, y esperé a ser atendida. En segundos una de sus damas de compañía abrió, y tras mirarme de arriba abajo con desagrado me indicó que podía pasar.

Cinco mujeres de distintas edades se agolpaban alrededor de una mesa redonda mientras jugaban a las cartas y bebían *whisky*, por lo visto la vida de la mujer del *laird* no era tan aburrida como parecía. Me acerqué a ella hasta colocarme a su lado y discretamente le hablé, pues no había mostrado ni el más mínimo interés por mi presencia.

—Buenas tardes, señora, ¿cree que podríamos conversar?

—Estoy ocupada, ¿o es que no lo ve? —Levantó el mentón creyéndose superior.

—Es sobre el asunto del otro día, me temo que no va a poder ser—. Ella abrió mucho los ojos en visible enfado, después tiró todas las cartas que sostenía en la mano de golpe y de una forma brusca sobre la mesa.

Las demás mujeres ante la reacción de su señora se sobresaltaron.

—¡Fuera de aquí, todas! —gritó colérica a las damas.

En segundos aquella sala donde antes la inundaba la risa y la diversión, se quedó vacía y en silencio.

—¿Se puede saber de qué hablas? —Se acercó a mí de una forma intimidante.

—Que no huiré, me quedaré aquí y cumpliré con mi obligación con el *laird*.

—Me diste tu palabra muchacha insolente.

—Lo siento, pero he descubierto que tengo sentimientos por su hijo.

—¡No te creo, estás mintiendo!

—Me temo que no.

—Podrás casarte con él, pero acabaré contigo, será tan sencillo

como sacarse una piedra minúscula del zapato. —Tuvo el atrevimiento se señalarme a escasos centímetros de la cara.

Aquella desagradable mujer podía darse con un canto en los dientes, jugaba con la ventaja de ser la mujer del *laird* y la época en la que me encontraba, debía de respetarla o estaría en problemas, aunque eso no quitase que me dejara amedrentar. No consentiría sus amenazas.

—No me gustaría enemistarme contigo, al fin y al cavo seremos familia.

—¿Familia? —Rio con soberbia—. ¡Jamás! ¿y desde cuando me tuteas?

—Desde que tú también lo haces.

—Está claro que te acabas de ganar una gran enemiga, querida.

—No tiene por qué ser así, y más después de que vas a tener que organizar mi boda, creo que lo mejor es que tratemos de llevarnos bien—. Aquello último lo pronuncié con cierto retintín.

—¡Largo de mi vista *sassenach*!

—Como quieras, nos vemos esta noche en la fiesta «madre».

Mientras salía de la sala pude escuchar a Meghan gruñir como un animal rabioso, sé que estuvo de más que la llamara por el apelativo de madre, pero quería darle a entender que no me asustaba, y que si quería guerra conmigo; la tendría.

La noche era fría y húmeda, la luna estaba prácticamente plena dando un toque mágico a la llanura de las inmediaciones del castillo. El fuego de cientos de hogueras que desprendían de sus llamas miles de chispas que se perdían en el cielo, un espectáculo de ver. De fondo los tambores resonaban coordinados, los mismos tambores que daban voz a los ejércitos de las Highland según me explicó Robertson.

Las familias se reunían alrededor de los fuegos y contaban historias, leyendas o hazañas. Un hombre con un laúd cantaba al son de una bonita melodía. Por un momento me sentí atraída de tal forma que sin pensarlo me coloqué junto a él. Su voz era armoniosa y acompasada, pero la letra estaba en gaélico y no lo entendí.

—Yo te traduciré *sassenach* —me susurró al oído Robertson como si hubiese leído mis pensamientos.

Llegaste a esta tierra desconocida
lejos de tu hogar y familia,
llegaste en una noche sin luna

y con muy poca fortuna,
si no hubieses sido la cura,
de este pueblo al cual tu ayudas,
no hubiésemos tenido tanta fortuna.

Na, na, na, na, na, oh, la, la.

Mujer viajera de cabellos oscuros,
piénsatelo ya no hay más futuro,
pues tu sino te ha devuelto te lo aseguro,
los arcos para ti ya se han cerrado.

Na, na, na, na, na, oh, la, la.

Mi corazón se detuvo en aquel momento mientras el Oscuro me susurraba aquella balada en inglés al oído. Recordé las palabras de la señora William, la bruja. «Escucha los cantos»

Estaba segura de que aquello era una señal, y no desaprovecharía el momento.

—Es una canción preciosa, me gustaría dialogar con el cantante —le dije a Robertson.

—Claro, te acompañaré. —Esperamos a que el hombre terminase la canción y nos acercamos para hablar con él.

—Buenas noches, señor, soy Robertson Sinclair y ella es mi prometida Zeltia Jones.

—Encantado de conocerle señor, mi nombre es Fergus Rose.

—Verá, mi prometida quería conocerlo, le ha gustado mucho su canción.

—Muchas gracias, señora, es un placer. —El hombre inclinó la cabeza en señal de respeto.

—¿Es usted de por aquí señor Rose?

—No señora, soy de Inverness, está a un par de días a caballo.

—La canción, ¿la compuso usted?

—Así es.

—¿Y cómo se le ocurrió la letra? Si no le resulto un poco indiscreta.

—No, no se preocupe. Me inspiró mi señora madre, ella es curandera, vive en una pequeña casa a las afueras de Inverness, cerca del bosque. Hará como un mes, una extranjera apareció en su casa por la noche, necesitaba ayuda y contaba cosas muy raras. Como que había cruzado los arcos, por supuesto estaba muy asustada y decía sandeces. Resultó que a ella también le gustaba curar a la gente, así que mi señora madre la acogió como su aprendiz.

—¿De verdad?

—¿Podría decirme cómo es ella físicamente?

—Por supuesto, ella es alta y de cabellos castaños, la tez clara, y tan dulce como la miel. Los niños del pueblo la quieren mucho.

Comencé a llorar, era ella: Amara, estaba segura de ello.

—¿Estás bien, Zeltia? —preguntó Robertson preocupado.

—Sí, después te lo explico —le dije apretando su brazo—. ¿Y todavía está en casa de su madre?

—Hasta donde yo sé, sí, ella me ayudó a preparar el caballo para esta travesía, pensaba venir conmigo, pero una muchacha se puso de parto y le fue imposible partir.

—Muchas gracias, señor, cuando la vea podría darle este mensaje.

—Por supuesto, dígame.

—Soy Zeltia, te he encontrado, por favor no te muevas de allí, iré a buscarte lo más pronto posible. ¿Cree que lo recordará?

—Por supuesto, no lo olvidaré señora.

—Gracias por su ayuda señor Rose, tómese unas cuantas a mi cuenta por su cordialidad —le dijo Robertson amablemente.

Nos alejamos del bullicio a una zona más tranquila para poder conversar en privado, mientras mis lágrimas cesaban y una sensación de felicidad inundaba todo mi ser.

—Es Amara, ella viajaba conmigo, la he encontrado Robertson, ¿sabes lo que eso significa?

—A ver explícame bien *sassenach*, ¿quién es ella?

—Es una amiga, pero nos conocemos desde que éramos pequeñas, íbamos juntas cuando pasó todo. —Traté de omitir que viajamos en el tiempo—. Después perdí el conocimiento y cuando desperté ya no estaban.

—¿Estaban?

—Éramos tres, Amara, Herea y yo. Ahora sé que una de ellas está bien, en cuanto escuché esa canción supe que se refería a Amara.

—Tres mujeres solas en el bosque, menudo despropósito. ¿No consigo entenderlo *sassenach*?

—Es algo difícil de explicar, pero te juro que lo haré. —Él asintió, no le quedaba más remedio.

Lo abracé y me dejé llevar por la emoción, necesitaba su consuelo, su protección, compartir mi alegría.

—*Sassenach*, estamos en público.

—Perdona, ha sido la emoción.

—No hay nada que perdonar. Me estrechó fuerte contra su pecho, y posó sus labios en los míos en lo que sería un fugaz beso que, erizó todos los vellos de mi cuerpo.

—Te voy a pedir algo Oscuro…

—Te llevaré, Bruja. En cuanto nos casemos te llevaré a Inverness a ver a tu amiga.

—¡Gracias! —Es lo único que alcancé a decir por la emoción.

Me dejé envolver entre sus brazos de nuevo, estaba feliz y tranquila, por fin me reuniría con Amara.

Capítulo 13

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Robertson me acompañó hasta la puerta de la habitación y nos despedimos con un ardiente beso, estaba deseando que llegara mi noche de bodas, esperé que no le importase que no fuese virgen, quizá sería otra cosa que le tendría que explicar.

Cerré la puerta y comencé a desvestirme, justo en ese instante alguien tocó con insistencia.

—¿Quién es?

—Soy yo, Franchesca. —Quité el pestillo y la dejé pasar.

—Es hoy cuñada, hoy me iré.

—¡No! Pensaba que te arrepentirías.

—¡Nunca! Lo amo con todo mi corazón, y haré lo que sea por estar con él.

—No quiero que te vayas Franchesca, qué haré aquí sin ti, además de que en cuanto tu familia se entere esto se convertirá en el infierno.

—Les he dejado una misiva en mis aposentos, solo espero que algún día puedan perdonarme. *Da opus tuum ad Deum.*

—¿Eso es latín?

—Así es, es el emblema de mi familia y significa confiera tu obra a Dios, y eso es lo que hare Zeltia, dejaré que él guie mis pasos.

—¡Oh dios mío tengo tanto miedo por ti! —La abracé con todas mis fuerzas—. Por favor ten mucho cuidado.

—Puede que esta sea la última vez que hablemos cuñada, pero quiero que sepas, que estoy segura de que mi hermano no encontrará mejor mujer que tú, cuida de él por favor. —Su voz se rompió.

—Lo haré hermana.

—Qué así sea hermana. —Ella juntó su frente con la mía unos segundos, y después se fue de la misma forma que entró; con sigilo, y dejando un vacío en mi corazón.

Estaba amaneciendo, apenas había dormido aquella noche por los nervios de la huida de Franchesca, necesitaba saber que estaba bien.

De pronto, un sonido parecido al de un barco rebotó en las paredes de la fortaleza alertando a todo el castillo.

Ahí fue cuando supe que ya se habían enterado de la partida de Franchesca y mi cuerpo se estremeció, estaba segura de que las consecuencias serían horribles.

Alguien aporreó la puerta de la habitación, y sin demora fui a abrir.

—¡No está, se ha marchado! —gritó enfurecido mientras rebuscaba por mi habitación junto con sus hombres como si la tuviese yo escondida.

Al ver que no dije nada, me miró con dureza y, me sujetó por el brazo acercando sus labios a mi oído para que sus hombres no lo escucharan:

—Tú lo sabías, ¿verdad?

—Pensé que no lo haría —susurré.

—Ya hablaremos después de esto. Te quiero ver en la sala principal en diez minutos, y ni se te ocurra decir nada de que lo sabías *sassenach*, ¿entendido?

—Entendido.

—¿Se puede saber que hacéis mendrugos? Quitad vuestras sucias manos de las cosas de mi mujer y salid al patio para nuevas instrucciones, quiero que todos los guerreros me esperen allí.

—Me ocuparé de eso señor —contestó Ronal mientras salía junto a los demás.

El Oscuro me dedicó una última mirada que hubiese helado la sangre a cualquiera, y salió tras ellos.

Me apresuré en vestirme para bajar a la sala, aquel día sería largo y tedioso.

Había tal revuelo en el castillo que costaba creer que horas antes se hubiese realizado el *samhraidh,* donde todos habían estado comiendo y bebiendo en armonía.

La gran sala estaba abarrotada, allí se encontraban los jefes de otros Clanes que habían acudido a la fiesta, además de consejeros del *laird* Sinclair y familiares. El ambiente hostil se respiraba en el aire.

—¡Silencio! —chillo el *laird*—. Alguien los ayudó, estoy seguro, y no me gusta tener traidores en mi casa.

Me encogí de hombros cuando la mirada de Robertson que estaba

junto a su padre se posó en mí.

—Que insinúa señor, los Fraser somos los más afectados con todo esto, es de mi prometida de la que estamos hablando. —Un hombre alto y maduro habló, por lo visto era del que huía mi cuñada, su futuro esposo.

—No sospecho de los Fraser, son mis aliados y amigos, pero está claro que alguien que está presente los ayudó, así que solo puedo decir que rece porque no lo encuentre, o sufrirá las mismas consecuencias que esos desgraciados Mackenzie; la muerte. Por lo que a mí respecta, ¡estamos en guerra!—. El *laird* de los Fraser se adelantó, sacó su *claymore* y, se la llevó al pecho.

—Y yo lo apoyaré, señor. Esos Mackenzie serán arrasados.

—Qué así sea —respondió el *laird* con una mirada belicosa.

Lo último que me imaginaba es que después de llegar a estas tierras, me viese involucrada dentro de una guerra civil, eso no pasaba en la vida real, eso no pasaba en mi tiempo, morirían personas, las guerras solo traían muerte y enfermedades, y después de aquello no sé si me sería tan fácil viajar a Inverness tan pronto como quería.

Capítulo 14

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Los días y las noches pasaban y las palabras de la bruja retumbaban en mi mente, incluso se colaban en mis sueños. «Escucha los cantos» me dijo.

«Una destacará por sus dotes curativos, y la otra se convertirá en una gran guerrera» estaba segura, gracias a la canción del señor Rose que la de los dotes curativos era Amara, puesto que ella estaba estudiando medicina, y el señor Fraser ya me había confirmado que estaba de aprendiz junto a su madre que era curandera ¿Pero una guerrera Heredia? Ella era muy buena con el arco, quizá eso la hubiese ayudado.

Lo que estaba claro que la carrera que yo estaba cursando —de bellas artes— en la época que me encontraba no me servía para nada, o al menos yo no le había encontrado utilidad alguna.

Robertson estuvo muy enfadado conmigo por no contarle lo de su hermana, pero al final comprendió que yo no podía hacer nada, que cuando una persona se enamora es capaz de hacer cualquier cosa, hasta incluso traicionar a su propia familia.

Muchas personas se habían alojado en las inmediaciones al castillo, aliados de otros clanes y familiares lejanos, nadie se quería perder los festejos donde el hijo del *laird* Marcus Sinclair contraería matrimonio con una *sassenach*, boda que se había adelantado gracias a los últimos acontecimientos, ya que en breve partirían a la tierra de los Mackenzie para declararles la guerra. No pasarían por alto tal humillación.

El sonido de unos cascos llamó mi atención, y segundos después una voz masculina gritó mi nombre. Me levanté del suelo, ya que estaba sentada entre los viñedos y desde ahí el Oscuro no me podía ver.

—¡Estoy Aquí! —Levanté el brazo para que me divisara.

Robertson espoleo al caballo y en segundos estuvo junto a mí.

—Ya llevas demasiadas horas aquí Zeltia, ¿de quién te escondes?

—De nadie

—¿Estás segura?

—Bueno, en realidad de tu madre, anda de aquí para allá de los nervios, imagino que organizar una boda en tan poco tiempo cuando tu hija se acaba de fugar no debe de ser sencillo.

—Mi madre es una mujer fuerte. Y tiene que demostrarlo ante su pueblo, no la deben de ver hundida.

Por un momento sentí pena por ella, el tener que estar erguida cuando tu corazón estaba herido debía de ser muy duro.

—Vamos mi pequeña Bruja, te llevaré al castillo, hoy cenaremos pronto, debo reunirme con los hombres.

Robertson extendió su mano desde su montura, y yo la agarré con fuerza, después sacó su pie del estribo y puse yo el mío en su lugar, di un pequeño salto para impulsarme y en segundos ya estaba sobre la montura donde mi espalda reposaba en su fuerte pecho. Un aire frio recorrió mi cuerpo y me hizo estremecer, él consciente de aquello, envolvió nuestros cuerpos con su tartán. El calor que emanaba su torso pegado a mi ser me hizo sentir bien, desee quedarme así por siempre congelados en el tiempo…

Florence terminó de colocarme un pasador en el pelo y admiró su obra maestra con una gran sonrisa en el rostro. Me había ayudado a enfundarme en uno de los nuevos vestidos que compré con Franchesca en la ciudad. Era realmente precioso, del color de un melocotón maduro y llevaba unas flores bordadas en amarillo que le daban un aspecto elegante y distinguido. Me habían hecho los zapatos a conjunto, y a medida, así que me sentaban como un guante, el único inconveniente es que la cotilla era tan extremadamente rígida y estrecha que apenas podía moverme, pero tuve que admitir que nunca había visto mi cintura tan pequeña y pronunciada.

—Está realmente preciosa señorita Jones —me dijo con un deje de tristeza en su voz.

El castillo estaba alicaído desde la huida de Franchesca, muchos de los que allí habitaban la habían visto crecer, y en el caso de la señora Florence, era peor, pues la había cuidado desde su nacimiento.

—Muchas gracias, Florence, pero me gustaría que me tuteara, aquí en el castillo ahora mismo mi única amiga es usted. —Ella sonrió complacida.

—Por supuesto que sí Zeltia, yo también te tengo en un alta estima, eres una jovencita muy agradable y me alegro de que mi muchacho te haya encontrado, sé que lo harás muy feliz.

—Quería preguntarte algo. —Me levanté y me senté a los pies de la cama e invité a Florence a que también lo hiciera—. Verás, en dos días será mi boda, y como ya sabes no tengo una madre a quien preguntar…

—Ya entiendo a qué te refieres pequeña, ¿estás preocupada por tu noche de bodas?

—No exactamente, sé que Robertson será cuidadoso conmigo, estoy preocupada por lo que vendrá después, un bebé.

—Pero eso es maravilloso, es lo que todo el mundo espera cuando se casa.

—Ya, pero me gustaría disfrutar un tiempo de mi marido. —Mentí, no deseaba quedarme embarazada bajo ningún concepto—. Además, tal y como está la situación no sé si sería lo correcto, Robertson partirá a la guerra al día siguiente de nuestras nupcias, y estoy muy preocupada.

—Comprendo, he oído que algunas mujeres utilizan los testículos de comadreja.

—¡Qué horror! ¿Y qué se supone que hacen con ellos?

—Bueno, se le cortan al animal estando en vida, se envuelven en piel de ganso y se usan como amuletos. —Abrí mucho los ojos escandalizada—. Otro método es introducirse unas plantas en el interior de su… en su interior.

Ella señaló mi entrepierna, «ni loca pensaba introducirme nada de aquello ahí dentro, podría coger una infección y entonces a ver cómo me curaban… ¿con sanguijuelas? Tal y como había visto en tantas películas». Tan solo con pensarlo se me erizaron todos los vellos del cuerpo.

—¿Sabe qué Florence? Creo que es mejor dejar que la naturaleza siga su curso.

—Pues eso mismo pienso yo.

El gran salón estaba completamente abarrotado, la gente conversaba y reía mientras alzaban sus cervezas y brindaban con efusividad. El ambiente festivo se masticaba por todo el lugar. Las paredes habían sido decoradas con preciosos y enormes tapices, las mesas lucían hermosos centros de flores y, los colores del clan Sinclair envolvían

completamente el entorno. Puede que los guerreros quisiesen disfrutar de aquellos días previos a la guerra con sus familiares y amigos.

Robertson que estaba sentado en la mesa principal al verme entrar al salón, se levantó y vino en mi busca para acompañarme hasta el lugar que debía ocupar junto a él.

Comenzaron a servir la cena, las mesas en minutos lucían repletas, y el vino y la cerveza corrían a raudales.

El *laird* se mantenía serio en su asiento y apenas comía, y mucho menos bebía. Mantenía la mirada fija en sus hombres.

—Míralos hijo, uno de estos cobardes nos ha traicionado, estoy seguro, y no contento con eso se come nuestra comida y se bebe nuestra cerveza.

—Tranquilo padre, de ser así lo encontraremos y su castigo será ejemplar, nadie se atreverá a traicionarnos de nuevo. —El *laird* asintió complacido.

Y a mí se me pusieron todos los vellos del cuerpo de punta al escuchar hablar de una forma tan dura y cruel a aquellos dos hombres, entre ellos mi futuro marido.

Capítulo 15

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Aquella mañana el cielo estaba más gris que de costumbre, y la lluvia azotaba con fuerza contra los cristales de mi habitación, el silbido del viento se colaba por las ranuras del ventanuco como si el tiempo fuese un mal augurio de lo que me esperaba aquel día; el día de mi boda.

Florence ajustaba las cintas de mi corpiño mientras me miraba con cariño.

—Hace años que no teníamos una boda por aquí, eso animará a los guerreros. —Parecía preocupada.

—Estás bien Florence.

—Sí, solo que mi sobrino estará entre los hombres que mañana vayan a la guerra, y tengo miedo por él, todavía es muy joven.

—No te preocupes, seguro que regresará sano y salvo.

Traté de infundirle la esperanza que a mí me faltaba. ¿Qué sería de mí si Robertson no regresaba? Desde que había llegado a estas tierras él era el que me había sacado de quicio en más de una ocasión, incluso a veces lo había llegado a odiar, pero por alguna extraña razón se había convertido en un pilar muy importante para mí. No estaba dispuesta a perderlo de esa forma.

Florence me colocó el tartán con los colores Sinclair y lo sujetó a mis hombros con dos broches que llevaban el emblema de la familia, después me ajustó un fino cinturón de cuero a la cintura donde en el centro residía el broche que me regaló Roberson.

—Así te dará fertilidad está noche Zeltia. —Se sonrojó después de decir aquello.

¡Dios! Me lo hubiese arrancado en aquel momento, no deseaba traer un hijo a aquel tiempo tan peligroso.

El camino que recorrí hasta la capilla —que se encontraba a unos metros tan solo del castillo—, lo hice sumida en mis pensamientos, en como todo resultaba tan irreal. Yo, una muchacha de Ourense, que había viajado en el tiempo una tarde entre risas y bromas después de escuchar la leyenda que les relató su amiga, que al final resultó ser cierta...

Entonces caí en algo, ¿y si aquellas leyendas que nos contaban Herea y Aldara eran todas ciertas? ¿Y si Herea estaba enterada de todo y lo planeo?

¿Pero qué motivo tendría ella para mandarnos a esta tierra? ¿Qué necesidad tenía de engañarnos?

¿La historia de la mujer que regresó también sería cierta? ¿Y si estábamos en la época de aquella mujer? Si era así, la buscaría.

En toda aquella encrucijada mental y preguntas que rondaban mi mente no me di cuenta de que había llegado al altar, justo en ese instante levanté la cabeza, y frente a mí estaba Robertson y el sacerdote.

—¿Quién entrega a esta mujer? —peguntó el sacerdote

—Yo, su *laird,* Marcus Sinclair. —En ese instante fui consciente de que estaba agarrada a su brazo.

No sé en qué momento mi mente divagó de tal forma que no fue consciente de lo que allí estaba pasando.

El párroco hablaba, pero yo lo escuchaba de fondo mientras clavaba la mirada en la intensa de Robertson, él, tan solo con su presencia, me daba las fuerzas para mantenerme en pie ante aquella locura que de pronto se había hecho más irreal que nunca.

Ataron nuestras manos, y nos hicieron repetir unas palabras en gaélico. Su contacto era cálido y agradable, sentí que su cuerpo y el mío estaban destinados a fundirse en uno.

Los invitados aplaudieron, y ya estaba hecho, ya era su mujer ante los presentes.

Sus labios atraparon los míos y el mundo desapareció por completo, de pronto nada importó, ni presente, ni pasado, ni futuro, pues él era todo mi mundo, toda razón de mi existir.

¿Se puede amar a alguien tanto y en tan poco tiempo?

Por lo visto sí.

Capítulo 16

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Robertson

Madre entró en mis aposentos sin ser anunciada, yo ya estaba vestido, y apoyado sobre el alféizar de la ventana mirando como la lluvia azotaba con fuerza los campos colindantes a la fortaleza. Aquello era un buen augurio, traía prosperidad a los campos, mi boda había sido bendecida.

—Hijo, no tienes por qué seguir adelante con esto, ya tienes tu guerra con los Mackenzie, la insensata de tu hermana te lo ha puesto en bandeja.

—Me importa nada y menos esa absurda guerra, no quiero sus tierras.

—¿Entonces es cierto? ¿La amas?

—Así es, madre, no espero que lo entienda, pero no dejaré que se entrometa.

—Lo intentaré.

—Sé que la instigó para que huyera.

—Yo…

—No trate de ocultarlo, también sé lo de sus amenazas. —Me acerqué a ella—. La amo madre, usted me dio la vida y su cariño, pero si se interpone, me iré con ella y no regresaré.

—¿No le harías esto a tu clan?

—A mi clan no, se lo hago a usted. —Ella asintió visiblemente dolida.

—Deja que te arregle el broche con el escudo de la familia, perteneció a tu abuelo, y si el estuviese aquí no querría que lo llevases torcido. —Sus manos temblorosas se posaron en la joya y la enderezaron—. Así está mucho mejor.

Agarré su muñeca y la atraje entre mis brazos envolviéndola por

completo, ella era alta, algo delgada y de huesos pequeños, y me recordó que, aunque por fuera pareciese dura y altiva, por dentro tan solo era una madre que sufría por sus hijos.

Besé su cabeza y la sentí estremecer entre mis brazos.

—Vamos Robertson, no llegarás tarde a tu boda por mi culpa.

—No pensaba hacerlo madre.

Cuando las gaitas comenzaron a sonar supe que ella ya estaba entrando a la capilla, allí, plantado con mi mejor pose corporal, y erguido, esperé con paciencia a la que sería mi mujer caminara los metros que nos separaban.

Lo hizo con la mirada baja, como si estuviera evitando cualquier contacto visual. Estaba preciosa, llevaba un vestido color marfil con pequeñas incrustaciones de piedras preciosas por todo el corpiño. En el bajo del vestido un pequeño trozo de tela con los colores Sinclair combinaba con el tartán sujetado a sus hombros y que caía hacia su espalda. El pelo lo llevaba recogido en un moño y unos pequeños mechones caían desenfadados rozando la fina piel de su cuello. Deseé por un instante que el mundo se paralizase y poder pasar mis dedos por allí. De pronto aleteó sus pestañas, como si estuviera despertando de un trance y sus ojos se posaron en los míos. Pude ver el amor que aquellos me procesaban identificándose de igual forma con los míos.

Repetimos juntos los votos que yo mismo había escrito para ella.

Dhutsa mo chridhe,
tha mi a' toirt dhut m' anam,
mo bheatha, agus mo adhbhar airson a bhith ann,
oir as aonais thusa chan eil mi idir.

***

A ti mi corazón
te entrego mi alma,
mi vida, y mi razón de existir,
pues sin ti no soy nada.

Escucharla repetir aquellas palabras en mi idioma materno, me hizo amarla todavía más si se podía, y me juré a mí mismo regresar con vida de la guerra para poder pasar el resto de mis días junto a ella, cuidándola.

La cena fue larga, demasiado larga, lo único que deseaba era llevarla a mi lecho y hacerla mía por fin. Si hubiese hecho caso de mis instintos más primarios como deseaba, la hubiese cargado sobre mi hombro y desaparecido con ella, nadie me hubiese reprochado nada, pero no quería asustarla, quería que aquel primer contacto con ella fuese especial, hacer que disfrutara de ello como pensaba hacerlo yo.

Acaricié su mano por debajo de la mesa, y ella me sonrió en respuesta mientras se ruborizaba, me resultaba tan irresistible…

—Me gustaría retirarme, hoy ha sido un día muy largo —dijo al fin.

—Por supuesto, te acompañare.

—¡No! —La miré extrañado—. Me gustaría prepararme, necesitaré unos minutos. Te esperaré en tu habitación.

Aquellas palabras que fueron música para mis oídos hicieron despertar mi entrepierna casi al instante.

Capítulo 17

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

¿Por qué estaba tan nerviosa? No era la primera vez que me acostaba con un chico. Florence me había soltado el pelo y ayudado a colocar aquel camisón de lino de manga larga y hasta los pies, era horrible, pero ella insistió en que me lo pusiera, que era la última moda y que a los hombres les encantaba vernos con él.

En el último momento decidí desprenderme de aquella basta tela, y me metí completamente desnuda en la cama, cuando me arrepentí de mi acto impulsivo, el pomo de la puerta se movió y acto seguido entro mi esposo.

Estaba tapada hasta el cuello. ¿Qué pensaría de mi al verme completamente desnuda? ¿Y de mi pubis depilado?

—Hay mucha luz aquí, no crees *sassenach.* —Su voz varonil inundó la estancia.

—Florence me sugirió que apagara unas cuantas velas, pero me pareció mejor así. —Realmente era una sucia morbosa que no quería perderse nada del cuerpo de aquel guerrero fornido.

Él rio por mi comentario y, se sentó a los pies de la cama para quitarse las botas.

—Quieres que hablemos un rato.

—Sinceramente, ahora mismo lo único que me apetece es que te desnudes y te metas conmigo en la cama. —El abrió mucho los ojos sorprendido por mi respuesta.

Y entonces caí en la cuenta de que una mujer de su tiempo jamás se comportaría así, no sé si podría controlarme.

—¡Oh! *sassenach,* me gusta tu franqueza, no esperaba menos de ti.

Robertson se desnudó despacio ante mí mientras una sonrisa ladina invadía su rostro, las pupilas se le dilataron y su mirada se hizo algo más oscura.

Por primera vez pude admirar su cuerpo desnudo, su torso parecía pulido por dioses pues podía contar a la perfección la cantidad de abdominales que lo adornaban, gracias a lo marcados que estaban.

Sus hombros anchos y fuertes, que albergaban unos brazos musculosos y definidos, me hicieron estremecer al pensar que pronto me sujetarían por la cintura con fuerza y se fundirían con mi cuerpo.

Me incorporé dejando que la sábana cayera hasta mi cintura deliberadamente, dejando ver mis pechos desnudos.

—Oh Bruja, acabarás conmigo. ¿Se puede saber dónde está tu ajuar?

—Creo que esta noche no voy a necesitarlo, ¿y tú qué opinas? —pregunté con picardía.

—Qué has creído bien.

El Oscuro se abalanzó a mi boca y acunó mis generosos pechos con sus manos, después derramó unos cuantos besos sobre mi cuello con soltura y, un jadeo se dejó ir entre mis labios en respuesta a sus caricias. Mis dedos se enredaron en su pelo, y tiré de él hacia atrás para dejar su cuello a mi merced, él se dejó hacer cuando lo envolví con mis besos y lametones, hipnotizado por el momento.

Tiró con suavidad de la sábana que apenas cubría mi intimidad, y en su rostro pude ver lo mucho que le gustaba lo que veía. Sin más demora se tumbó sobre mí envolviéndome con su cuerpo. Él era tan cálido como el mismo infierno y donde me tocaba quemaba de una forma inimaginable. Lo deseaba, deseaba que me hiciese suya.

Robertson bajó su mano buscando mi sexo, una vez que lo encontró su rostro no pudo disimular su curiosidad, y una sonrisa apareció en su rostro.

—*Sassenach*, ¿esto es normal?

No pude evitar soltar una carcajada al ver su reacción.

—Es una nueva moda de Francia, pensé que te gustaría.

—Está muy suave. —Sus ojos se dilataron al instante—. Necesito verlo de cerca.

Robertson se deslizó entre mis piernas y comenzó a besar mis muslos mientras yo sentía que el mundo desaparecía a mi alrededor. Su lengua curiosa inició su camino explorando mis pliegues, y con ello, una horda de placer inundó todos mis sentidos, mis pezones se pusieron duros y mis jadeos se intensificaron.

—Eso es *boireannaich,* quiero escucharte disfrutar —susurró perdido entre mis piernas.

Sus palabras en gaélico con aquella voz ronca tan sexy y masculina me hizo rozar el borde de la locura. Mis manos se deslizaron por mi cuerpo buscando su cabeza, la cual presioné contra mi sexo mientras movía las caderas al compás que yo misma había impuesto. Cuando sentí que no podía más, me dejé ir en un sonoro y placentero orgasmo que el absorbió por completo.

—¡Dios *sassenach*! ¿Se puede saber de dónde has salido tú?

—preguntó mientras besaba mi vientre plano.

—Del futuro —dije con la respiración todavía entrecortada.

El pareció no darles importancia a mis palabras, seguramente pensó que estaba bromeando.

—Ahora me toca a mí, esposo.

Lo ayudé a tumbarse sobre la cama, y cuando lo tuve a mi merced, mis besos y caricias se apoderaron de su cuerpo por completo, no quería perderme ni un solo pedacito de él, aquel ser tan perfecto y, duro, despertó de nuevo mi lujuria.

Su miembro erecto, y de un tamaño considerable me hizo jadear. Lo sujeté firme entre mis manos y lo masajeé con cuidado, pero con firmeza.

—Mujer, me vuelves loco —dijo mientras atrapaba uno de mis pezones entre sus dedos y lo masajeaba.

Mis labios rodearon su pene y comenzaron una dulce tortura, me estaba excitando tanto al verlo disfrutar que todos mis planes se fueron al garete… No aguanté más y me subí a horcajadas sobre mi guerrero, puse su miembro en la entrada de mi sexo, y dejé que la gravedad hiciera el resto. Cuando me sentí llena por fin y mi cuerpo se acopló por completo a él, comencé a cabalgar al Oscuro sin ninguna contemplación. Sus dedos se hincaron en mi cintura como minutos antes había imaginado, haciendo que mis movimientos y los suyos se intensificaran y acompasaran. Nuestras respiraciones se hicieron una y mi sexo palpitó de placer al borde del clímax.

Me incliné hacia delante exponiendo mis pechos, él, tentado, se los llevó a la boca y succionó sin piedad mientras sus manos pasaban a mis nalgas para presionarlas, haciendo la penetración más profunda. Cuando mi cuerpo vibró y explotó de la forma más intensa que jamás imaginaría él se dejó ir conmigo inundándome por completo.

Mi cuerpo cayó laxo sobre su pecho, besé sus labios mientras mi amante acariciaba mi espalda y me susurraba palabras en gaélico, que en aquel momento no entendí, pero que me parecieron las más románticas y maravillosas.

Capítulo 18

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Robertson

Cuando el amanecer nos encontró, Zeltia dormía placenteramente en mi lecho, estaba con el pelo alborotado y las mejillas sonrosadas, sus pestañas se veían larguísimas, parecía un ángel caído del mismo cielo. Al contemplar su rostro lleno de paz, me sentí el hombre más afortunado del mundo por tenerla junto a mí, y detesté el tener que partir cuando apenas había podido disfrutar de ella, de su cuerpo, de su amor.

Al moverme para levantarme su cuerpo que parecía imantado al mío, también se revolvió, y sin abrir los ojos buscó por el lecho con su mano hasta que me encontró. Aquel contacto me resultó de lo más placentero.

—Buenos días esposa —le susurré al oído.

Ella se desperezó, y abrió los ojos mientras sonreía con dulzura.

—¿Ya no soy la *sassenach* o la Bruja? ¿Ahora soy la esposa?

—Para mí siempre serás la *sassenach*, la Bruja, la esposa, la amante, y una cantidad más de cosas que no nombraré o perdería media mañana enumerándolas.

—Pues piérdela, quiero que me beses como anoche y que me susurres palabras de amor al oído en gaélico.

—Lo haré, es lo que más deseo *boireannaich*, pero ahora debo partir. —Zeltia abrió mucho los ojos, como si acabara de recordar que íbamos a entrar en guerra.

—Pues hazme tuya una vez más amor, quiero sentir tu cuerpo ardiendo junto al mío una última vez.

Sus palabras llegaron a lo más hondo de mi ser, activando mis sentidos. Aquella mujer me tentaba de formas inimaginables.

Con ternura, me tumbé sobre ella y la hice mía de nuevo, lento, disfrutando de cada centímetro de su ser, su piel era tan suave como los pétalos de rosa, y su aroma tan fresco y dulce como los amaneceres

en el prado, y supe que mi alma estaba completamente perdida, pues mi corazón le pertenecía tan intensamente que dolía solo con pensarlo.

Todos los empleados del castillo y los pocos guardias que se quedaron en la fortaleza habían salido a despedirnos a la entrada de este junto con el *laird*, su esposa y mi mujer.

Zeltia trataba de reprimir las lágrimas mientras se llevaba las manos al pecho como si intentase mitigar el dolor que le provocaba mi partida. Aquello me dio aliento, realmente ella quería que regresara.

Me toqué el corazón con el puño mientras la observaba, aquel gesto significaba mucho para mí, y esperé que lo comprendiese.

Significaba que mi corazón estaría con ella por muy lejos que me marchara.

Antes de irme me aseguré de hablar con Ronal para darle las últimas instrucciones, él se quedaría junto a mi esposa para cuidar de ella, pues era mi mejor guerrero y a nadie más confiaría la vida de Zeltia.

Subí a mi montura y, justo antes de ponerme en marcha mi padre se acercó para poder hablar conmigo con discreción.

—Hijo, tráeme de vuelta a tu hermana y la victoria, confió en ti.

—Haré lo que tenga que hacer para conseguirlo, padre.

—Sé que lo harás. —En sus ojos pude ver la emoción y el orgullo, aunque nunca lo demostraría.

Espoleé a mi caballo y me preparé para lo que estaba por llegar; la batalla.

No fallaría, traería a mi hermana de vuelta, aunque se hubiese marchado por su propia voluntad.

Capítulo 19

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Ya habían pasado varios días desde la partida del Oscuro, y no teníamos noticias. «¡Dios, como extrañé la tecnología en aquel momento!» Un teléfono al que poder llamar y escuchar su voz, saber que estaba bien. La espera me estaba matando.

Los días en el castillo pasaban lentos, y eran muy monótonos, apenas tenía con quien conversar, así que comencé a bajar a las cocinas para ayudar a preparar las comidas, e incluso me interesé por el ganado.

Leonor, una muchacha del servició, me ayudó a que aprendiera dichas tareas, se divirtió muchísimo el día que me vio ordenar una vaca por primera vez. Estaba tan asustada al ver el enorme animal, que apenas se movió, caí de culo por la impresión, derramándose así toda la leche por encima de mí. Leonor se rio tanto que le entró un ataque de tos tremendo, que se mezclaba con la dulce melodía de su risa.

Ronal se había convertido en mi sombra, me seguía a todas partes, y me observaba desde la lejanía, era un buen hombre, fiel a su señor.

Por eso aquel día, tumbada junto a Leonor en el lecho de hierba verde trébol que cubrían los terrenos de la inmediación del castillo, mientras mirábamos las nubes y encontrábamos formas en ellas, lo invité a que se uniera a nosotras.

—Vamos Ronal, por qué no viene aquí y deja de espiarme desde la lejanía, quizá su imaginación sea mejor que la nuestra y podamos reírnos un rato —dije sin dejar de observar el cielo.

—¡Eh! Qué yo tengo muchísima imaginación… —renegó la joven.

—Cierto, y por eso que solo ves pájaros en el cielo Leonor —contesté burlona.

—No, yo diría que aquella nube se parece a una carreta —señaló una de las nubes.

—Más bien a una bala de alfalfa —dijo Ronal que se había acercado a nosotras mientras se dejaba caer sobre la manta de musgo y gramilla.

—¡Dios Santo! Los hombres lo veis todo siempre tan cuadrado… —Leonor dejó la frase en el aire mientras reía.

—He de reconocer que me gustan más las formas curveas.

—¡Ah, descarado! —Se escandalizó Leonor, y eso nos hizo reír a los tres.

—A ver… ¿por qué no busca cualquier otra forma en las nubes Ronal? Este juego se está poniendo de los más divertido —le dije.

—Ven aquella de allá —señaló una alargada—, esa es exactamente igual que mi *claymore*.

—Más bien yo diría que se parece a un palo.

—Vaya señorita Leonor, ¿ahora quién es la que ve cosas escandalosas en el cielo? —se jactó el guerrero mostrando su bonita sonrisa.

—¡Eso no vale, era una trampa!

—Siempre cae en mis trampas y lo sabe, desde que era una mocosa.

—Es cierto, y siempre acabo metiéndome en problemas por su culpa, así que sí me perdonan, debo regresar al trabajo.

Leonor se levantó, y sin dar opción a réplica se puso en marcha en dirección al castillo.

—¿Qué le ha hecho señor?

—Nada, ya lo ha visto, siempre que entablamos conversación termina de esta forma, con ella huyendo, creo que me aborrece.

—Yo diría que es otra cosa.

—¿A qué se refiere?

—Sabe, al final Leonor va a estar en lo cierto de que los hombres lo veis todo muy cuadrado. —Ronal me miró desconcertado—. Será mejor que regresemos, pronto servirán el almuerzo.

Estaba claro que Ronal no era consciente de los sentimientos de Leonor hacia él, pero debía de estar completamente ciego, porque yo tan solo en unos minutos me había percatado de ellos.

En cuanto el guerrero se acercó a nosotras, a la joven le cambió el rostro radical, sus mejillas se sonrosaron y sus pestañas de pronto eran más expresivas y largas debido a sus constantes aleteos.

Llegamos a la puerta de entrada y no pude evitar recordar a Robertson en el día de su partida, y el pecho se me contrajo herido por su recuerdo mientras los nervios se instalaban en la boca de mi estómago.

—Regresará, ¿verdad? —dije casi en un susurro mientras sentía la humedad en mis ojos.

—Estoy seguro de ello, Robertson es el mejor guerrero que

conozco, hemos salido de muchas juntos.

—Pero ahora no estás con él para apoyarlo, y es por mi culpa. —El guerrero frunció el ceño.

—No, si estoy aquí es para que él sea más efectivo en batalla, señora, el saber que yo la protejo le quita un peso de encima, así que en cierto modo estoy con él, y Robertson lo sabe.

—¿Me estás diciendo que, si hubieses ido con él estaría desconcentrado e intranquilo?

—Exacto, así que no se preocupe, pronto estará de regreso y todo esto quedará en el olvido. —Me sonrió cálidamente.

Las palabras de Ronal me tranquilizaron, debía de esperar, no me quedaba otra, aunque en más de una ocasión me entraron ganas de conseguir un caballo para ir en su busca.

—Ronal, una cosa más.

—Dígame.

—Cree que podría enseñarme a manejar una *claymore*, no sé por qué, pero en los tiempos que corren no estará de más que sepa empuñarla.

—Una *claymore* será muy pesada para usted, pero quizá pueda enseñarle algunas cosas, eso sí, será nuestro secreto, y solo accedo porque el aburrimiento en este castillo es absoluto desde que han marchado mis compañeros. Nos veremos mañana al amanecer, aquí mismo.

Asentí sintiéndome complacida, pues saber defenderse era algo que me daría seguridad en una época tan peligrosa.

Capítulo 20

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Metida entre aquellas sábanas vacías y frías, pero llenas de recuerdos cálidos y ardientes, mi estómago rugió, era tarde, y no conseguía dormirme, así que decidí bajar a las cocinas a ver que encontraba para llevarme a la boca. Con suerte habría sobrado un poco de empanada de carne de la cena, con eso, y un vaso de leche calentita, llenaría mi estómago y me ayudaría a conciliar el sueño, estaba segura.

Me puse una bata y los zapatos, prendí una vela, y salí discretamente hacia las cocinas. Unos metros antes de llegar me pareció escuchar unas voces, seguí caminando, sin hacer ruido, no sé por qué supuse que no debía de estar allí.

La puerta de la cocina estaba entreabierta, y por la ranura salía un pequeño hilo de luz. Apagué mi vela para no ser descubierta y presté atención a la conversación.

—Esta es la última vez que miento por ti Mauro. —Parecía la voz de Florence.

—No te hagas la inocente tía, tú también saliste bien parada con el trato —contestó una voz masculina que no reconocí.

—¿Y qué haremos si el *lord* se entera? Seguramente nos matara.

—No seas exagerada tía, tan solo ayudamos a escapar a Franchesca, bajo sus órdenes y las del esposo.

—¿Esposo?

—Claro, que aquí no ha llegado todavía la noticia, ya están casados tía, la señorita Franchesca Sinclair es ahora una Mackenzie.

—Dios mío, no quiero pensar en cuanto se enteren en el clan, será repudiada, mi pobre niña, yo solo quería que fuese feliz.

—Y lo será, ella está enamorada. Nosotros no hemos hecho otra cosa que ayudarla a serlo.

—Pero a cambio de dinero, no me lo perdonaré jamás.

—Lo hubieses hecho de igual forma, ella siempre fue tu ojito derecho, no está de más que al correr el riesgo por lo menos nos sea

recompensado.

—¿No lo entiendes verdad? Ahora somos traidores ante nuestro clan, si alguien se entera nos mataran.

—Eso no pasará porque no diremos nada, y en cuanto se calmen las cosas nos marcharemos.

—¿Y el pequeño de los Hellen, el que nos ayudó con los caballos?

—Eso ya está solucionado.

—Qué quieres decir ¿Qué has hecho?

—Lo he matado —dijo sin una ápice de arrepentimiento en el tono de voz.

—¡No! No puedo creer que hayas hecho algo así, solo era un crio de trece años. ¡No te conozco Mauro! —gritó la mujer mientras lloraba desconsolada.

—Baja la voz, ¿o acaso quieres que nos oiga alguien?

—¡Ya no me importa, lo que has hecho está mal, y tienes que pagarlo, has perdido la cabeza! ¡Pobre muchacho! —Su llanto de dolor era inconsolable—. Voy a confesar todo ahora mismo y asumiré mi error.

—¿Adónde crees que vas?

Entonces escuché como un forcejeo y algunos cacharros de hierro que cayeron al suelo.

—¡Suéltame maldito! ¡suéltame! ¡Cuando el *laird* se entere de todo esto sufrirás las consecuencias!

—¡No vas a contarle nada! ¡Porque vas a morir igual que lo hizo el pequeño de los Hellen!

—¡Socorro!

No pude soportarlo más y entre de golpe en las cocinas, y lo que vi me helo la sangre.

Mauro estaba sobre Florence, la tenía agarrada del cuello impidiéndole el paso de oxígeno con todo el peso de su cuerpo, ella tenía el rostro muy rojo y pataleaba a duras penas.

—¡Suéltala ahora mismo! —Mauro se sorprendió al verme, pero no soltó el cuello de la mujer en ningún momento, sino que, todo lo contrario, apretó con más intensidad.

Al ver que estaba a punto de matarla me abalancé sobre él tratando de que la soltara, pero no tenía la suficiente fuerza como para moverlo. El semblante de Florence se estaba pasando de un intenso rojo a uno amoratado, con los labios más azules que jamás había observado, entonces supe que me quedaba poco tiempo. Busqué a mi alrededor con desesperación hasta que me di de bruces con una de las ollas que habían caido al suelo durante el forcejeo, la levanté por encima de mí, y con todas mis fuerzas la estrellé contra la cabeza de aquel tipo grande que parecía poseído.

Del impacto cayó lánguido hacia un lado, y por fin soltó a

Florence, que comenzó a toser intensamente y a respirar muy agitada hasta que perdió el conocimiento.

Me asusté mucho al ver que se desmayó, pero no podía atenderla, puesto que Mauro se estaba incorporando y temía que me atacase. Un pequeño hilo de sangre caía por su frente, llevó su mano hasta ese punto y observó el líquido carmesí que había manchado sus manos. Me sonrió mientras me miraba de una forma sádica, desde luego que había perdido completamente la cabeza.

Dio un par de pasos tratando de acercarse a mí, pero yo me alejé rápidamente y, rodeé una de las mesas altas de madera que hacía de isla en la cocina, poniendo esta entre los dos.

—Vaya señora Sinclair, ahora que se ha enterado de todo también tendré que matarla a usted.

—¡Cállate cretino! hoy no matarás a nadie más, tienes suerte de que mi esposo no esté aquí o él que estaría muerto serías tú.

—Robertson está muy lejos de usted, es una pena, y para cuando regrese yo ya estaré muy lejos de aquí, jamás sabrán que ha pasado, puesto que no dejaré testigos.

—No creas que te lo voy a poner tan fácil. —En ese instante corrí hacia un lado de la cocina donde había divisado un cuchillo lo bastante grande como para defenderme

Él aprovechó el momento para rodear la mesa y acercarse peligrosamente a mí, yo en respuesta blandí mi arma frente a él, estaba dispuesta a matarlo si se atrevía siquiera a rozar mi piel. «Aquel asesino de niños no saldría impune».

Por fin el agresor reunió el valor para abalanzarse sobre mí, yo lo esquivé por los pelos y conseguí hacerle un buen corte en el brazo a la altura del hombro. Mauro soltó un gruñido y se llevó la mano a la herida dolorido.

—¡Esto lo vas a pagar muy caro maldita *sassenach*!

—¡El único que tiene derecho a llamarme *sassenach* es mi marido!

Entonces fui yo la que me abalancé contra el tipo tratando de hincar mi cuchillo en una zona vital, él era mucho más fuerte y corpulento que yo, y solo eso podría salvarme.

Forcejeamos, y recibí un puñetazo en la cara tan fuerte que, caí al suelo perdiendo mi arma, la cual hizo un sonido metálico al estrellarse con las baldosas. Mauro al percatarse de que yo había perdido mi única forma de defensa, corrió hacia el arma para hacerse con ella, y yo mientras tanto gateé buscando algo con lo que defenderme de su próximo ataque. Agarré una sartén justo en el momento en el que él lanzó el cuchillo contra mí, apenas me dio tiempo a cubrirme con ella y no me atravesó de milagro.

Aquel maldito psicópata se alzaba victorioso ante mí y, con una gran sonrisa en el rostro, me imaginé que celebrando que me tenía

atrapada y vulnerable a su merced.

—Voy a disfrutar tanto con tu muerte… —Apenas terminó de pronunciar aquellas palabras un gritó desgarrador exhaló desde su garganta.

Los ojos se le abrieron de una forma desorbitada, y un pequeño hilo de sangre emanó de su boca. Al caer hacía delante de rodillas pude ver a Ronal tras él sosteniendo su *claymore* ensangrentada. Fue una escena de lo más violenta, como en una película de acción, con la diferencia de que allí no había actores.

El hombre yacía por fin muerto ante nosotros, contemplar aquella escena me hizo recordar lo dura que era aquella época y lo expuesta que estaba.

—¿Está bien, señora? —Ronal se agachó junto a mí preocupado por mi silencio.

Creo que quedé en shock por unos segundos.

—Sí —sollocé al fin—. Gracias a ti Ronal, no sé cómo agradecerte...

En ese instante lo abracé sin pensar, no sabía si estaría bien visto en aquella época el contacto tan cercano con otra persona que no fuese mi esposo, pero necesitaba un abrazo de un amigo.

Él se quedó pasivo en un primer momento, me imagino que no estaba acostumbrado a las demostraciones afectivas de aquel tipo, y mucho menos por la mujer de su jefe y futuro *laird*.

—Tranquilícese, ya ha pasado todo. —Se soltó de mi amarre y sujetó mi barbilla para observar bien mi rostro—. Se ha llevado un buen golpe en el pómulo, ya está comenzando a ponerse algo amoratado, iré en busca de la curandera para que le coloque un ungüento.

—No se preocupe. —Recordé de pronto que lo había estado tuteando y era impropio—. Buscaré…

Por poco se me va la cabeza y pronuncio el hielo, en aquella época todavía no existía la electricidad, ni los refrigeradores.

—Buscaré algo, seguro que tengo cualquier cosa que me sirva en mis aposentos. —De pronto oí un quejido que retumbó en mis oídos—. ¡Florence!

Ella que, al estar tumbada en el suelo al otro lado de la mesa, y que hacía que su cuerpo no fuese visible desde mi posición, parecía que se estuviese despertando. Me levanté y fui atenderla de inmediato.

Estaba sentada sobre el pavimento, parecía desconcertada y se llevaba las manos a la cabeza tratando de entender que había pasado.

—¿Y Mauro? ¿Ha escapado? —preguntó—. Ronal, mi sobrino ha hecho algo muy malo, tienes que ir a buscarlo y detenerlo, creo que está perturbado.

Miré al guerrero esperando a su respuesta, yo me sentía incapaz.

—Señora Florence, tengo que decirle que su sobrino ha fallecido.

—¿Cómo? ¡No puede ser!

—Yo mismo lo maté cuando trató de asesinar a la señora Sinclair, espero que pueda perdonarme, pero era un traidor.

La mujer se levantó a duras penas y fue en busca del cuerpo de su sobrino, al verlo cayó arrodillada junto a él, su yanto desconsolado fue lo más desgarrador que pude oír aquella noche.

Capítulo 21

Catillo Brahan, propiedad del
clan Mackenzie. Rose—shire, Escocia año 1612

Robertson

La primera noche montamos el asedio en las inmediaciones del castillo de los Mackenzie y diseñamos nuestra estrategia.

Con las primeras luces del alba uno de mis oficiales y yo trazamos lo que sería la maniobra por seguir, montamos a nuestros equinos y nos dirigimos hacia la puerta de la fortaleza de los Mackenzie respaldados por mi ejército, el cual se quedaría a unos metros de nosotros vigilando la retaguardia. Exigiría que aquellos cobardes me dieran la cara y que me devolvieran a mi hermana, de no haber diálogo los masacraría como ratas traidoras que eran.

Varios arqueros nos apuntaban desde lo alto de una de las torres esperando las órdenes oportunas de su *laird*, aquella tesitura me divirtió, sobre todo si pensaban que con aquello me amedrentarían. Mis guerreros estaban preparados para que a mi primera orden redujeran el castillo a cenizas, ni siquiera lo quería para mí, no dejaría ni una piedra en pie.

Los portones de madera se abrieron, y en sus monturas aparecieron el *laird* Paton y la escoria de su hijo Pherson Mackenzie.

—¿Qué se le ha perdido por aquí Robertson? Hacía años que no pisaba mis tierras —preguntó el *laird* con cierto tono de mofa.

—Sabe muy bien que se me ha perdido, o mejor dicho que se me ha robado.

—A usted no se le ha robado nada señor, su hermana está aquí por plena voluntad y ahora es una Mackenzie, y como tal la defenderemos como a una más, aunque eso signifique entrar en guerra con los Sinclair. —Pherson se adelantó hacia mí con cierto tono arrogante.

—Esa boda no tiene ninguna validez para los Sinclair, le exijo que

entreguen a mi hermana, o yo mismo entraré a por ella.

—Le repito que su hermana es una Mackenzie y como tal no renunciaré a ella sin luchar. —Desde cuándo Pherson se había tornado tan valiente.

—Pues señor, no me queda otra que comenzar una guerra —escupí harto de tanta palabrería.

Tiré de las riendas y volteé a mi animal para regresar junto con mis guerreros y prepararme para el asedio, no perdería más tiempo ni saliva en palabras sin sentido. Mi *claymore* hablaría por mí.

—¡Esperé! No me gustaría que mi pueblo resultase herido, quizá podamos arreglarlo con una batalla cuerpo a cuerpo. —Me giré y pude ver el rostro de Pherson.

Lo conocía bien, y en el fondo sé que se preocupaba por su gente, al igual que lo hacía yo. Sopesé por un momento su propuesta hasta que entendí que sería lo mejor.

—Acepto —dije—. Mis condiciones son que si gano mi hermana regresa de inmediato a Castletown, y después no volveréis a pisar las tierras de los Sinclair.

Pherson se volvió para ver a su padre, y este asintió con la cabeza a su hijo dándole su aprobación.

—Acepto, pero si gano yo, su hermana se queda, y el pacto de paz que firmaron nuestros padres seguirá vigente.

—Que así sea.

Nos dimos la mano y regresamos cada uno con nuestros bandos, para prepararnos. Como representante de *laird,* y futuro heredero, mi palabra tenía el mismo peso que si el mismo laird hubiese hablado, y nadie podría revocar mi decisión.

El atardecer teñía los prados con tonos anaranjados y rojos, tan rojos como lo haría con la sangre de nuestros cuerpos en tan solo unos minutos que comenzase el combate.

Los guerreros se congregaron creando dos lados paralelos que dejaban un espacio lo bastante ancho entre ellos, donde Pherson y yo lucharíamos a muerte.

Sujeté mi *claymore* con fuerza por la empuñadora y pensé en la calidez de mi amada, en lo dulce de sus besos y lo ardiente de sus curvas bajo mis manos. Tan solo su recuerdo me dio la fuerza necesaria que me haría vencedor, el poder regresar junto a ella me daba el aliento necesario.

Pherson ya estaba preparado, esperando a que diese comienzo la

lucha, volteó la cabeza hacia atrás y dio una última mirada al gentío mientras se llevaba la mano al pecho.

—¡Vamos Mackenzie, no tengo todo el día, se hace de noche y quiero regresar con mi mujer!

—¡Por fin estamos de acuerdo en algo, Robertson Sinclair! —Conforme dijo aquello se lanzó con todas sus fuerzas contra mí.

Lo esquivé rápidamente y en un ágil movimiento mi *claymore* se estrelló contra la suya haciendo que saltaran varias chispas del impacto. Mi muñeca sintió la vibración y la corriente me subió por el brazo. Rápidamente lancé una patada contra sus costillas y el arremetió con otra estocada que yo esquivé…

La lucha fue intensa durante varios minutos, recibí varios golpes al igual que mi contrincante, y el cansancio ya se iba notando en el cuerpo, pues la *claymore* cada vez resultaba más pesada.

Pherson en un giro inesperado alcanzó de lleno mi costado, haciéndome un buen corte bastante profundo que me hizo flaquear y tambalearme, al instante comencé a sangrar, el líquido caliente bajaba por mi torso y se perdía por mi tartán. Sin descanso trató de alcanzarme de nuevo aprovechando que me había debilitado, pero lo esquivé como pude y le hice un corte en el muslo derecho, eso lo hizo caer de rodillas, mientras un gesto de dolor se le dibujaba en el rostro, después lancé otro golpe contra su arma, lo que hizo que perdiera su *claymore* por el impacto, aproveché su desconcierto para que mi arma acabara apuntando directamente a su pecho.

Ya era mío, tan solo con un movimiento atravesaría su torso. Pherson me miró directamente a los ojos, valiente y desafiante, esperando el golpe certero, y entonces escuché que alguien gritó mi nombre.

—¡No! Robertson, no por favor, te lo ruego. —Mi hermana salió de la nada colocándose junto a él y abrazándolo con su cuerpo—. Hermano lo amo, no me hagas esto.

—Apártate Franchesca, debo cumplir con mi palabra —le dijo Pherson.

—¡No lo permitiré! Si tu mueres yo también lo hare. —Sacó una pequeña daga y la puso en su cuello.

—Hermana suelta eso y apártate ahora mismo.

—¡Estoy en cinta! Por eso me escapé con él, lo amo con todo mi corazón al igual que tu amas a Zeltia, y si el muere no quiero seguir viviendo.

—¿Ni siquiera por tu hijo?

Ella pareció pensarlo y fue a hablar, pero Pherson se adelantó.

—Franchesca, te amo muchísimo, no lo olvides mi pequeña rebelde. —Se acercó a ella y aprovechó para quitarle la daga y lanzarla a mis pies. Yo le di una patada y la lancé lo más lejos que

pude—. Pero no permitiré que te hagas daño, ni a ti, ni a mi hijo, necesito que vivas por él, para que puedas hablarle de mí, saber eso me ayudará a irme tranquilo.

Franchesca no podía parar de llorar, ver a mi hermana en aquella tesitura, y en su estado, me hizo recapacitar. No se puede luchar contra el amor cuando es sincero. No podía matar al padre de mi sobrino, jamás me lo perdonaría.

—Levántate Pherson, esto se acabó. No mataré al marido de mi hermana, ni mucho menos al padre de mi sobrino.

Franchesca pareció respirar por momentos, abrazó a Pherson mientras todo su cuerpo temblaba.

El *laird* Paton Mackenzie se acercó montado en su caballo, había estado en segundo plano contemplando la escena.

—Sinclair, entremos, quiero agradecerle que no haya acabado con la vida de mi hijo, me gustaría ofrecerle un buen acuerdo, uno que no podrá rechazar —dijo con un semblante neutro, un *laird* no expresaba sus emociones.

Asentí y entramos en la fortaleza.

Capítulo 22

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Prácticamente todos los habitantes del Castletown estaban reunidos en aquella enorme sala del castillo, donde Florence sería juzgada ante su laird y todos los componentes del clan. La sala estaba bien iluminada, y la amplitud de esta hacía que resonaran las voces de los asistentes con fuerza distribuyéndolas por todo el recinto, como si de un eco lejano se tratase.

Con la mirada hundida y el pelo desmarañado después de pasar la noche en una celda, Florence permanecía de pie y algo temblorosa frente a sus señores que la miraban con seriedad.

—¿Sabe por qué comparece hoy aquí señora Florence? —preguntó el *laird*.

—Sí señor, por traición a mi clan.

—Así es, ¿y cómo se declara?

—Culpable, por supuesto, y asumiré cualquier consecuencia

—¿Está usted segura de declararse culpable? ¿Sabe que eso acarrea como castigo la muerte?

—Lo sé, mi señor, pero es que soy culpable, quise ayudar a mi niña Franchesca, y con ello puse su vida en peligro y la de otras personas, por mi imprudencia. Además, me siento muy mal por la muerte del niño de los Hellen, era muy joven y no se merecía eso—. Su voz tembló visiblemente afectada, al recordar al pequeño.

—Tengo entendido que eso fue cosa de su sobrino, que usted no tuvo nada que ver.

—No, pero me siento igual de culpable que si lo hubiese hecho yo misma y merezco pagar por ello.

La señora Meghan Sinclair, no podía ocultar la pena en sus ojos mientras su empleada de confianza y amiga era juzgada.

—Hay alguien que desee hablar en defensa de la acusada. —El *laird* miró a su alrededor.

—¡Yo! —Me vi diciendo apenas sin pensar—. Yo hablaré si me lo

permite señor.

—Adelante.

Me situé junto a Florence y comencé mi relato improvisado.

—Yo misma escuché una conversación privada entre Florence y su sobrino Mauro. Ella no sabía que los escuchaba, por lo tanto, no pudo mentir. Es cierto que colaboró para que Franchesca pudiese huir, pero fue porque la misma Franchesca pidió su ayuda, y como bien sabemos Florence la ha criado desde pequeña, y la ama tanto que haría cualquier cosa por ella, así que se dejó convencer, y si mi cuñada estuviese aquí corroboraría mi versión.

»También la escuché preguntar por el pequeño de los Hellen, y cuando su sobrino le confesó que lo había matado, ella se sorprendió mucho y la vi muy afectada, incluso le dijo a Mauro que hablaría con su *laird* y asumiría las consecuencias de sus actos, tal y como está demostrando. Es por eso por lo que Mauro la atacó a ella también y trató de matarla, así que le pido mi señor, que reconsidere su castigo, pues ella es una buena mujer que ha servido fielmente a esta casa por muchos años por lo que tengo entendido. No podemos juzgar de una forma tan banal casi toda una vida de fidelidad por tan solo un error.

El *laird* asintió y se tomó unos minutos para pensar mientras pasaba la mano por su barba, hasta que por fin se levantó de su asiento y se acercó a la mujer situándose frente a ella.

—De acuerdo con lo que he escuchado hoy aquí, debo castigar a Florence, no actuó correctamente, y nuestras leyes son claras en ese sentido, aunque sé que está arrepentida y que no volverá a fallar a su *laird* ni mucho menos a su clan, es por eso por lo que mi sentencia para usted señora… —la miró directamente a la cara con dureza—, serán treinta días de encierro, y tres latigazos.

De fondo se escuchó a varios de los asistentes respirar, unos vitoreaban a su *laird* por su bondad, mientras que otros parecían indignados con la resolución.

—Gracias mi señor, sé que no merezco su bondad —habló Florence con lágrimas en los ojos mientras juntaba sus manos y entrelazaba los dedos.

¿Bondad? Pensé, estaba visto que tres latigazos y treinta días metida en una celda en la que bien uno podía morir de inanición o de alguna enfermedad, gracias a lo poca salubre de las instalaciones, eran mejor que la muerte, por supuesto. Y por lo menos Florence había salvado su vida, pero a mí me seguía pareciendo un castigo bastante fuerte para una señora de su edad.

Los guardias escoltaron a Florence a su nueva estancia entre rejas, y el gentío poco a poco se fue disipando. Me dirigí hacia mi habitación con el ánimo algo decaído, puesto que, aunque había conseguido que no mataran a Florence, no la había librado de los latigazos ni del

encierro.

Por el pasillo mientras caminaba sumida en mis pensamientos hacia mi habitación, me interceptó Meghan.

—Espere Zeltia —me dijo—. Me gustaría agradecerle que hubiese hablado en defensa de Florence.

—No ha sido nada, no veía justo que la ejecutaran, ella es una buena mujer.

—Sí que lo es, yo la aprecio mucho, y aunque se ha equivocado, sé que lo hizo por mi hija. —Sacó una carta del bolsillo y me la tendió.

Era la carta que había dejado Franchesca en su cuarto el día de su partida.

Queridos padres:

Sé que ahora mismo estaréis pensando que os he fallado, pero no es así. Criasteis a una Sinclair, fuerte y capaz de tomar sus propias decisiones, valiente y a veces algo rebelde, y eso me ha convertido en la persona que soy ahora.

El amor cuando llega se despierta de la forma más maravillosa posible, envuelve todo tu ser y te hace volar, yo llevo volando muchos años, pero los techos de este castillo me retenían junto con las cadenas de ser una Sinclair.

Amo con todo mi corazón a Pherson Mackenzie desde que tan solo era una niña, y estoy esperando un hijo suyo, un hijo deseado y fruto del amor de sus padres.

Quisiera haberles explicado esto personalmente, pero todo se precipitó en cuanto padre concedió mi mano en matrimonio a ese Fraser mucho más mayor que yo, y al cual desprecio con todo mi ser.

Por favor no tomen represalias contra Florence por ocultar que estaba en cinta, y ni mucho menos por ayudarme con mi huida, ella solo es una víctima más del cariño que tiene hacía mí.

Espero que me perdonen con el tiempo, y algún día puedan conocer a su nieto, es mi mayor deseo.

Por siempre su hija menor que los quiere:

Franchesca Mariam Sinclair.

—¿Estaba en cinta?

—Así es.

—¿Y aun así el *laird* ha mandado a Robertson a por ella?

—Él no sabe nada, no le mostré la nota.

—¿Por qué hizo algo así? Ha puesto en peligro la vida de sus dos hijos

—Fue por egoísmo, quería tener a mi niña conmigo. —Ella comenzó a llorar.

—¿Pero sabe que, si regresa, el *laird* de inmediato la casará con el

señor Fraser y se la llevará de igual modo?

—Lo sé, pero las tierras de los Fraser no son enemigas de los Sinclair, podría visitarla a menudo.

—¿Me está diciendo que prefiere sacrificar la felicidad de su hija por la suya?

—No, claro que no, estaba equivocada.

—Podrían haber matado a Florence, esa nota lo hubiese cambiado todo.

—No hubiese dejado que le pasara nada.

—No estoy tan segura de eso después de ver lo que es capaz de hacer Meghan.

—Hablaré con el *laird* y le contaré todo.

—Eso espero, y por su bien también espero que su hijo regrese sano y salvo, porque de lo contrario se habrá ganado una enemiga muy peligrosa.

Me di media vuelta y me dirigí lo más lejos que pude de allí, quería perder de vista a aquella desagradable mujer.

Capítulo 23

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

El sonido de un cuerno me alertó de que algo sucedía en las inmediaciones del castillo. Automáticamente mi corazón palpitó acelerado pensando en que podía ser el regreso de Robertson.

Corrí todo lo que mis piernas me permitieron hasta la entrada, y a lo lejos, pude divisar varios caballos que se acercaban al trote hacia Castletown.

—¿Qué sucede? —Leonor me sobresaltó, no la había visto llegar.

—Se acercan jinetes, creo que es nuestro ejército —comenté sin quitar la vista de la lejanía, donde poco a poco las siluetas de los guerreros eran cada vez más visibles.

Robertson dirigía la marcha como cabecilla de su escuadrón, al verlo, todo mi ser estalló en euforia, ¡Estaba bien, estaba vivo! necesitaba sentirlo entre mis brazos para creer que de verdad estaba allí. Cuando ya estaba a escasos metros de la puerta me encaminé con paso ligero hacia él mientras sentía como las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

Mi esposo bajó de su montura algo torpe, pero con una sonrisa en el rostro que se le dibujó nada más verme. Me estrechó fuertemente entre sus brazos y yo automáticamente aspiré su aroma, olía a leña y a campo, lo había extrañado tanto... Me besó, y mi mundo se tambaleo haciéndome saber lo mucho que lo había necesitado. Mis manos apenas rozaron su cintura y un quejido amargo emergió de entre sus labios.

—¿Estas herido?

—No es nada, *sassenach*, nada que no curen tu cariño y tus besos. —Trató de sonar convincente, pero su aspecto no expresaba lo mismo.

—No digas tonterías, déjame ver. —Entonces observé mejor su rostro y me di cuenta de que estaba algo pálido.

Levanté un poco su camisa teñida de sangre y pude ver una venda que rodeaba su cuerpo completamente empapada, lo habían curado,

pero por lo visto la herida no había cerrado.

—Estas sangrando mucho, tiene que verte una curandera.

—Tranquila, ya te he dicho que estoy bien. —Se tambaleo.

—Agárrate a mí —le dije mientras los sujetaba por la cintura y el pasaba uno de sus brazos por mi hombro.

Andamos a duras penas unos metros cuando lo sentí desvanecer y su peso cayó a plomo sobre el mío. Al ser tan grande y pesado para mí, los dos acabamos en el suelo pese a que intenté con todas mis fuerzas soportar su cuerpo.

—¡Ayuda! ¡El señor necesita ayuda! —Leonor que estaba cerca y contemplando aquella escena, se aproximó y se arrodilló junto a mí, tratando de contribuir para incorporarlo.

Ronal junto con otros guerreros llegaron hasta nosotras tras escuchar mis gritos, y con mucho cuidado, lo alzaron y lo trasladaron a nuestra alcoba donde sería atendido de inmediato por la curandera.

La anciana mujer estuvo con él por largo rato lavando y curando sus heridas, me sentí un estorbo, pues yo tan solo podía observar la situación mientras en mi interior me lamentaba de que Amara no estuviese allí con nosotros. Ella sabría qué hacer. Los médicos de aquella época todavía estaban poco avanzados para heridas como aquellas, y mi confianza en los métodos de la época era mínima por no decir nula.

—Señora he hecho todo lo que he podido, ha perdido mucha sangre y necesita guardar reposo, en cuanto despierte debe de comer cosas livianas, como sopas o reconstituyentes. —Asentí.— Le dejo este tónico, debe de dárselo por las noches, eso le ayudará a recomponerse.

—¿Qué es lo que lleva esto exactamente señora? —pregunté mirando el bote pequeño de cristal que contenía un líquido oscuro en su interior.

—Son extractos de plantas de la zona, le ayudarán a apaliar el dolor.

—De acuerdo. —Todavía algo desconfiada, no tuve otro remedio que aceptar, mejor aquello que nada.

La mujer tras echar un último vistazo a Robertson se marchó y me dejó por fin a solas con mi esposo. Me senté en la cama junto a él y acaricié el dorso de su mano, estaba cálida, y su respiración parecía bastante normal, acompasada, así que quise pensar que estaba bien. Estaría bien.

Los tres días siguientes fueron una auténtica pesadilla, Robertson tuvo mucha fiebre, sudores fríos, e incluso vómitos. A veces se despertaba en la noche con temblores y mucho dolor, haciéndome temer lo peor, pensar en que podría dejarme me tenía sumida en la más absoluta desesperación, amaba aquel hombre con todas mis fuerzas, y por nada del mundo deseaba que me abandonase.

Aquella situación me hizo meditar y plantearme lo nuestro. Si él salía de todo aquello ¿sería capaz de regresar a mi tiempo y alejarme de él como si no hubiese significado nada? La respuesta sería «¡No!» y mil veces no, no me alejaría de él, no lo abandonaría, pues mi destino ya estaba escrito y acababa de darme cuenta, y aunque extrañaba a mi madre, encontraría la forma de hacerle saber que estaba bien. Sé que ella sí supiese que estaba bien y que había encontrado la felicidad lo entendería y no me juzgaría.

Besé sus labios inertes, como sellando la promesa de permanecer junto a mi amado, una promesa que solo yo sabía…

Como no me fiaba de la curandera, le cambié los vendajes varias veces al día a sabiendas de que ella me había aconsejado cambiarlos cada dos días, tratando de mantener la zona limpia, lo único que podía hacer por Robertson era intentar que no se le infectara la herida, y que se alimentara lo mejor posible las pocas horas que permanecía despierto.

Al cuarto día por fin mejoró, y con ello mi ánimo, puesto que parecía que ya estaba fuera de peligro, y el corte de su costado tenía mucha mejor pinta, ya no estaba tan inflamado y parecía que por fin había dejado de sangrar.

—Siento haberte arruinado la luna de miel *sassenach* —me dijo dibujando una bonita sonrisa en su rostro.

—No digas tonterías, tenemos todo el tiempo del mundo, y ahora come o tu madre vendrá hasta aquí y hará que te tragues esa sopa. —Sonrió por mi comentario, y sus ojos se iluminaron al instante—. Sabes, ella ha estado muy preocupada por ti, al igual que tu padre, en realidad todos estábamos preocupados.

—Estoy bien, mi pequeña Bruja. —Acarició mi mejilla con cariño.

Era dulce y tierno, a veces me costaba comprender como un hombre como él: tan rudo, grande y fuerte, podía ser tan cariñoso y atento conmigo.

—Todo este tiempo he estado esperando a que mejorases para hablar contigo de algo. —Los nervios me invadieron y tuve que morder mi labio inferior, de lo contrario estaba segura de que me hubiese temblado.

—¿Y qué es eso que tienes que contarme *Sassenach*? Por tu cara parece que es algo serio.

—Y lo es —sentencié—. Recuerdas cuando te dije que necesitaba que me escuchases seriamente cuando decidiera contarte mi pasado.

—Claro que lo recuerdo, lo juré con mi sangre *boireannaich.* —Extendió su mano y me mostró la palma donde permanecía la cicatriz del corte que se hizo aquel día para sellar su juramento—. ¿Qué más pruebas necesitas?

Respiré profundamente por la nariz y busqué la forma adecuada

de confesar todo lo que necesitaba contarle.

—No sé por dónde empezar…

—*Sassenach*, se sincera y saldrá solo. —Asentí nerviosa.

—El mismo día que nos conocimos… aquella tarde, yo estaba en un monasterio con mis amigas Amara y Herea. Fuimos hasta allí dando un paseo, y Herea aprovechó el viaje para poder hacer unas fotogra… hacer unos dibujos de la zona, —me corregí, no podía irme por las ramas explicando palabras que no entendería—. El monasterio estaba en ruinas, pero había unas escaleras todavía intactas que conducían hasta unos arcos que se levantaban ante nuestras cabezas.

»Herea nos contó una leyenda aquel día, se decía que si cruzabas los arcos justo en el momento en que atardecía y el sol tocaba las montañas, viajabas a otros mundos. Pensamos que solo era un cuento, así que lo hicimos, cruzamos los arcos…

El oscuro me miraba fijamente en silencio, como tratando de comprender lo que estaba narrando.

—El monasterio se encontraba en España, en Ourense.

—¿Eres española?

—Así es.

—Pero cómo puede ser que estuvieses en España la misma tarde que nos conocimos.

—Porque crucé los arcos y la leyenda se hizo realidad. Aparecí aquí en Escocia, en el bosque donde me encontraste. No sé cómo pudo ser posible Robertson, pero viajé en el tiempo… yo… vengo del futuro —solté al fin mientras no dejaba de mirarlo esperando para ver su reacción.

—No, espera Zeltia, eso es imposible. —Se llevó las manos a la cabeza revolviendo su cabello.

—¡Lo sé! —Comencé a llorar—. No sabes el miedo que he pasado. Por eso inventé una historia, no podía contaros que venía del futuro, me hubieseis tomado por loca, ¿y quién sabe qué se le hace aquí a las dementes? Estaba aterrada.

—Yo no creo que seas ninguna perturbada *sassenach* —su tono de voz era comprensivo y amable—, pero me cuesta comprenderlo, es bastante descabellado lo que me cuentas.

—Puedo entenderte, hasta a mí me cuesta creer que esto sea real.

—¿Y tus amigas?

—Hasta hace poco no sabía nada de ellas. ¿Recuerdas el día que salí para hacer unas compras junto con Franchesca? —Él asintió—. Ella lo organizó todo para que pudiese hablar con una bruja. Gracias a tu hermana supe que Amara y Herea también habían viajado conmigo, pero a lugares distintos de Escocia, cuando escuché a aquel hombre cantar en la fiesta del *samhraidh* y tú me tradujiste la canción supe que se refería a ella, a Amara.

—Es todo tan extraño Zeltia, tan… ¡y no hablemos del por qué estabas visitando a una *bana—bhuidseach*, eso puede ser muy peligroso, incluso más que estar perturbada! —Torció el gesto en visible desagrado.

—Comprendo que te cueste creerlo, pero te juro que no miento Robertson —Contesté obviando su regañina por haber visitado a la bruja.

—Te creo *sassenach* —me dijo serio mientras agarraba mi mano.

—¿De verdad? —Limpié mis lágrimas que no habían dejado de salir.

—Por supuesto, nadie en su sano juicio contaría algo tan descabellado como esto, y mucho menos a sabiendas de que podría terminar en la hoguera.

—¡Oh Robertson, necesitaba tanto sincerarme contigo! —Lo abracé con fuerza mientras sollozaba—. Ha sido tan duro, y he pasado tanto miedo, solo deseaba regresar a mi hogar…

—¿Es eso lo que deseas? —preguntó mientras me sujetaba el rostro por la barbilla para observarme detenidamente.

—Era lo que deseaba antes de conocerte.

—¿Y ahora? —Se tensó.

—Estos días en los que no sabía si sobrevivirías o no, han sido los más terribles que he tenido que pasar en mi vida, estabas tan enfermo que realmente pensaba en que me dejarías sola, y estoy agradecida en parte, porque eso me ha hecho darme cuenta de lo mucho que te amo Oscuro, tanto que no concibo una vida sin ti —Me acerqué a él—. Sin tus besos, sin tus caricias… tu destino y el mío estaban unidos y creo que es eso lo que me ha traído hasta a ti. Si tu respiras yo respiro…

Robertson suspiró profundamente, parecía aliviado, y cuando sus ojos se clavaron en los míos, tan intensos como el océano, reconocí el hogar, mi sino.

Su mano alcanzó mi nuca, y con cuidado atrajo mi cuerpo hacia al suyo hasta que sus labios y los míos se encontraron como tantas otras veces. El contacto de su cálida piel traspasó mis sentidos y erizó cada vello de mi cuerpo.

—Te amo Zeltia, y no dejaré que el tiempo se interfiera entre nosotros, si tu considerarás marcharte, yo lo haría junto a ti, juré que te amaría y que te protegería con cada parte de mi ser, y pienso cumplir ese juramento. Me besó de nuevo y mi cuerpo reaccionó al instante.

—Solo te pido algo, en cuanto te recuperes necesito que me lleves a ver a Amara, tengo que saber si está bien, y si necesita mi ayuda para regresar.

—Así se hará mi *boireannaich.* Y ahora, háblame del futuro, quiero saberlo todo.

«El futuro» Eran tantas cosas que le podía contar, que no sabía por dónde empezar, pero aprovechando el miedo que había pasado pensando en que no superaría aquella herida sin analgésicos ni antibióticos le hablé de la penicilina, en como un paisano suyo la había descubierto por casualidad en el año 1928.

—¿Cómo se llamará ese escocés *sassenach*?

—Alexander Fleming, y gracias a su descubrimiento salvará muchas vidas.

—Me alegro de que sea escocés —comentó orgulloso.

También le hablé de la electricidad, de los medios de transporte, de las ciudades tan distintas a las de su época, de los supermercados… y él me miraba con los ojos de un niño, lleno de curiosidad.

—¡Eso es imposible! ¿Los guerreros ya no salen a cazar?

—No, ahora los guerreros los llamamos policías, militares… y están para defender al pueblo de conflictos internos, sobre todo, y la caza está controlada, la gente no anda armada por la calle, eso es un delito, por lo menos en España.

—No puedo creerlo, sin mi *claymore* me sentiría desprotegido allí.

—No lo estarías, allí los conflictos se resuelven de otro modo, aunque todavía quedan personas que no han evolucionado…

Le conté absolutamente todo lo que me iba llegando a la mente, y él se sorprendía con cada cosa nueva que le narraba, además de que tenía miles de preguntas.

—Las mujeres son libres para casarse con quien quieran, e incluso para separarse si no les va bien con su marido y volverse a casar.

—Bueno aquí tenemos el *handfasting.*

—¿El *handfasting*?

—Sí, es una ceremonia donde la pareja se une en matrimonio uniendo sus manos con un lazo como símbolo de eternidad. Es muy importante para nosotros, ya que no creemos que no solo se unen dos personas, sino dos almas que tras buscarse se encontraban en una sola.

—Eso es muy bonito, Oscuro.

—Además, cuando los esposos ya llevan casados un año y un día pueden decidir si siguen casados o separan sus caminos.

—¿Y por qué no nos casamos nosotros por ese ritual?

—Porque yo tenía muy claro que jamás me separaría de ti Zeltia —dijo mientras agarraba mi mano y besaba el dorso.

—Hay algo más, he de ser sincera —dije nerviosa.

—Continúa *sassenach*, trataré de escuchar y no juzgarte. —Apretó mi mano insuflándome valor.

—En el futuro, las mujeres, pueden yacer con quien quieran, no necesitan esperar al matrimonio para ello, lo extraño allí es que alguien llegue virgen a su casamiento. Y yo…

—No me importa eso Zeltia, y tampoco tienes porque contármelo,

yo también he estado con otras mujeres, pero lo realmente importante ahora, es que tú y yo nos hemos encontrado y miremos hacia el futuro, nuestro futuro juntos. —Sus palabras me emocionaron, para ser un guerrero del siglo XVII Robertson estaba muy modernizado—. Yo te amo *boireannaich* y para mí eso es suficiente, ¿lo es para ti?

—Lo es Oscuro.

Aquella confesión fue una maravillosa liberación que me llenó de paz, y que aumentó mi amor por él, tan comprensivo y adelantado a su tiempo, entonces a partir de aquel momento nuestros besos comenzaron a saber a libertad y sinceridad. Ya no había secretos entre nosotros.

Capítulo 24

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

Robertson

—¡No, no, y no, Robertson! ¿Cómo se te ocurre volver sin Franchesca, esto es intolerable! —El laird caminaba de un lado para el otro de su despacho repleto de ira—. Si no he mandado más hombres al territorio de los Mackenzie hoy mismo es porque me dijiste que tenías que hablar conmigo del acuerdo al que has llegado con ellos, y más te vale que sea beneficioso para nuestro clan o de lo contrario pagarás las consecuencias…

—No adelante acontecimientos padre, todavía no le he contado nada, ¿y por qué está tan furioso? ¿por un pedazo de tierra?

—Por qué nos han ridiculizado Robertson, se han colado en nuestros dominios y se han llevado a mi princesa ante nuestras narices.

—Para comenzar, su princesa se ha marchado por su propio pie. —Me acerqué hasta su mesa y me serví un buen trago de *whisky*, después saqué una carta de mi limosnera—. Tenga, ahí su hija explica el porqué de su partida.

Padre, raudo, me arrancó el papel de una forma brusca de entre mis dedos y comenzó a leer para sí mismo. Mientras saboreaba el *whisky*, pude deleitarme con los distintos tonos de color por los cuales pasaba la tez del *laird*.

—¿Embarazada? ¿Enamorada? ¡Tan solo son los delirios de una niña!

—Una niña a la cual iba a casar con un hombre casi de su edad.

—¡Pensaba en su futuro!

—No, padre, pensaba en el suyo.

—Eres demasiado blando Robertson ¿Qué pasará cuando tú seas el *laird?* Necesitarás mano dura y que los sentimientos se queden a un lado, antes que tu felicidad está la prosperidad de tu clan, de tu pueblo, y para eso necesitan a un líder fuerte.

—Le recuerdo padre, que acabo de llegar de resolver un conflicto, y no solo he utilizado mi *claymore* para ello, así que si me hace el favor tome asiento y escúcheme.

El *laird* soltó un gruñido, y en su paso hacia la mesa donde tenía todos sus papeles pataleó un mueble desfogando así su ira en él. A continuación, se sentó, y yo lo hice frente a él. Una vez que conseguí su atención, saqué los documentos que habíamos firmado en la fortaleza de los Mackenzie y comencé a hablar explicándole los puntos allí acordados.

—Se ha renovado el acuerdo de paz con los Mackenzie por cien años más…

—¡Maldición! —Aporreó con fuerza la mesa, pero yo seguí hablando como si nada.

—Franchesca está embarazada como bien ha podido leer en su misiva, de Pherson, y este como buen caballero se ha desposado con ella. Así que para subsanar de alguna forma el daño ocasionado a su patrimonio después de arruinar tu empresa con los Fraser, te han otorgado como dote para Franchesca treinta y un mil millas de terreno en Merkland Lodge, donde podrás ocupar la fortaleza de Fort Salem a principios del año que viene. Además, han añadido a las arcas una suma considerable de dinero.

El *laird* leyó y releyó los documentos sin dar crédito a lo que allí constaba.

—No puedo creer que Paton haya aceptado tal acuerdo.

—Le hablaré sincero padre, el *laird* de los Mackenzie está enfermo, apenas aguantó el tipo durante toda la «negociación» y ahora mismo el que toma las decisiones es Pherson, que muy pronto ocupará su puesto como representante del clan. Pherson no tiene contienda alguna contra nosotros, pero está perdidamente enamorado de Franchesca, y no dudará en levantar las armas para defenderla. Y yo, como cabecilla de tu ejército, no voy a permitir que muera ninguno de mis hombres sin una buena causa—. Lo miré duramente, dándole a entender que no iba a cesar en mi decisión—. Además, ya ha conseguido lo que quería, una fortaleza y más millas de tierra.

Padre torció el gesto, pero pude ver en su mirada el orgullo que me procesaba, aunque sabía que un hombre como él jamás lo demostraría.

—Ya has dado tu palabra Robertson, y como mi representante, es como si mi propia voz hubiese hablado, ¿y quién soy yo para llevarme la contraría? Esta noche habrá una celebración, quiero que mis hombres sientan que han ganado la batalla de una forma u otra.

Asentí para después rellenar mi copa, y servirle otra a padre.

—*¡Sláinte!*

—*¡Sláinte!* —repitió el *laird* mientras chocaban nuestras copas.

De camino a las caballerizas divisé a mi esposa en el patio junto a unos niños, les contaba una historia mientras ellos la observaban obnubilados, y no los culpé, tal visión de un ser tan perfecto no se contemplaba a diario. Por un momento me sentí celoso, ella era mía y no deseaba compartirla con nadie, ni tan siquiera con aquellos mocosos que reían con encanto mientras ella gesticulaba con los brazos.

La curva de su espalda me resultó embriagadora, la forma que tenía de mover sus jugosos labios con cada una de las palabras que pronunciaban tenía que ser pecado, era tan sensual, e ingenua, porque ni siquiera ella sabía el poder que tenía sobre mí. Si la *sassenach* me lo pidiese me dejaría morir cual perro.

Recordé que le hice una promesa, le hice muchas, pero solo una llenaba mis pensamientos de dudas e incertidumbre. Prometí que la llevaría a Inverness para que se encontrara allí con una de sus amigas, ¿pero si al reencontrarse de nuevo con ella la nostalgia la invadía? ¿Y si decidía abandonarme? No podía negarle nada aquella fémina que controlaba cada uno de mis pensamientos de noche y de día, si era eso lo que deseaba la dejaría marchar, no la retendría, pues su felicidad era más importante para mí que la mía.

—Luces especialmente hermosa esta tarde, *sassenach.* —Ella sonrió y mi entrepierna se endureció como tantas otras veces.

—¡Adulador! —exclamó, después cruzó los brazos. —No pensarás montar ¿verdad?

—Alguien tiene que ir a controlar el ganado.

—Pero todavía no estas recuperado, tu herida podría abrirse.

—¡Mujer, no me trates como un tullido! —Fruncí el ceño y los niños rieron.

—Disculpadme niños, he de ir con el señor, después os contaré como termina la historia de «Pedro y el Lobo». —Ella se colgó de mi brazo mientras echó a andar en dirección a las cuadras entre quejas y lamentaciones de los pequeños que se quedaban sin su historia.

Cuando estuvimos en una zona apartada se detuvo colocándose frente a mí.

—¿He hecho algo mal? —preguntó.

—Exacto.

—¿Se puede saber qué? —Me encantaban esas arruguitas que se le marcaban en la frente cuando demostraba su enfado.

—Me haces parecer débil *sassenach*, no puedes tratarme como a un niño en presencia de nadie, soy tu esposo, y tu futuro señor, capitán de los guerreros Sinclair. —Hinché el pecho con orgullo.

A ella se le borraron las arrugas del rostro al levantar las cejas con sorpresa.

—Lo siento Oscuro, pero es que me cuesta adaptarme a todo esto, es complicado…

—Y me lo imagino, pero cuando no sepas actuar es mejor que te quedes callada.

—¡¿Callada?! Eso no va a ser posible, «mi señor» pues usted no es mi dueño. —Me dio un pequeño empujón y comenzó a andar.

Me causó gracia observar cómo pasaba en segundos de un estado de ánimo a otro. En un par de zancadas la alcancé, agarrándola por la cintura y cargándola sobre mi hombro sin ninguna delicadeza, sabía que aquello la enfurecería, pero tenía ganas de jugar, quería hacerla perder los cabales.

—¡Suéltame patán!

—No puedo *sassenach,* mereces un castigo, y ya sabes lo mucho que me gusta castigarte.

—No serás capaz Robertson, no quiero tener que darte un par de buenas patadas, todavía estas herido.

—Me alegro de que todavía te preocupes por mi salud mujer.

Llegué a las caballerizas con ella cargada y Ronal, que acababa de ensillar los caballos me miró divertido.

—Me temo amigo que retrasaré un poco la excursión, tengo algunos asuntos que debo tratar con mi esposa ¿Por qué no te vas a tomar una buena pinta y regresas en un rato? —El hombre asintió aguantando la risa, y seguido desapareció en segundos junto con los equinos que los llevaba del ramal.

Entré con la *sassenach* en una de las salas para la guarnición y tranqué la puerta tras mi paso, la bajé de mi regazo y, conforme la Bruja se vio frente a mí con el pelo revuelto y un bonito tono rosado en las mejillas, me soltó un buen tortazo en el rostro el cual no me esperaba.

—¡Dios *sassenach*! Eres una auténtica bruja. —Me toqué la mejilla mientras ella levantaba el mentón retadora—. Me vuelves loco *boireannaich.*

Ella me miró con la furia instalada en el rostro y con la respiración agitada, mientras yo solo pensaba en cómo iba a poder sobrevivir a aquel embrujo al que me tenía sometido. Me sorprendió cuando su boca atrapó la mía de una forma casi animal, mientras tiraba de mi pelo y mordía mi labio inferior.

—Claro que te castigaré Bruja, e implorarás que lo haga más veces después de esto. —Apenas susurré contra sus labios.

La senté sobre una vieja mesa de madera donde se llevaba la contabilidad del grano, y los documentos y el tintero cayeron al suelo. Levanté apresurado sus ropajes y, aparté toda traba que me impidiese entrar en mi amada. Apenas rocé con mi miembro la entrada de su pecado, ella emitió un jadeo melodioso que se instaló en mi interior, hubiese sido capaz de explotar tan solo con escuchar aquello tan sensual.

Sus piernas se abrieron como una flor que recibe los primeros rayos del sol, y sus manos se clavaron en mis nalgas apremiando lo que sería inminente. Cuando mi ser inundó por completo al suyo, nuestros jadeos se acompasaron en breve mientras mis acometidas se intensificaban libres, bastas y libres.

Besé su cuello y su escote, y sus labios pronunciaron mi nombre como quien pronuncia el de Dios. Toda ella era lujuria, fuego, pasión que apremiaba mi desesperación por esparcir mi semilla en su interior.

Y cuando sus uñas se clavaron a fuego sobre mi espalda mientras me decía lo mucho que me amaba, sentí su cuerpo palpitar alrededor del mío. Entonces pasé a sujetarla fuertemente por la cintura y me hundí profundo en ella, sintiendo que me consumía con su placer, dejando que mi cuerpo explotase llenándola por completo.

—No sabes cuanto te amo y lo mucho que te deseo *sassenach* —dije mientras le arreglé la ropa y observaba lo hermoso de su rostro ahora ruborizado—. El ganado puede esperar, ahora te quiero en mi lecho y no pienso dejarte ir hasta que me sacie de ti, y auguro que eso no será pronto.

Ella rio melodiosa y acarició mi rostro, mientras me miraba con aquellos ojos color musgo que tanto me gustaban.

—Vamos entonces, no me gustaría hacer esperar a mi esposo…

Capítulo 25

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

—Esta mañana la encuentro muy contenta señora.

—Leonor estamos solas, háblame en confianza.

—Perdona Zeltia, es la costumbre —me dijo mientras trataba de domar mis rizos frente al espejo, se la veía algo torpe.

—¿Nunca has hecho esto antes verdad?

—Ya le dije que no, siempre he estado en la cocina como ayudante.

—No pasa nada, tampoco necesito ir tan repeinada, pero lo que sí que necesito es una amiga de confianza, y no se me ocurre nadie mejor que tú para eso. —Leonor sonrió complacida—. Desde que Florence está encerrada estoy muy sola, además de que estoy muy preocupada por ella.

—Solo será un mes, estará bien. Aunque, puedo hablar con Ronal para que nos lleve a verla, sé que él le tiene mucho aprecio, y podríamos llevarle algo de comer y beber.

—¿Crees que Ronal lo haría?

—Sí, él es un buen hombre.

—Pues no perdamos tiempo.

Me levanté y juntas salimos en dirección al patio donde sabíamos que podríamos encontrar a Ronal. Lo divisamos cerca de las cuadras, hablando con el Oscuro.

—Leonor, hagamos algo, yo entretendré a mi esposo mientras tú hablas con él y tratas de convencerlo.

—Pensándolo mejor quizá deberías de contárselo a tu esposo, tal y como te mira siempre no creo que sea capaz de negarte nada.

—Esta vez no, es una orden directa del *laird* y no quiero ponerlo en ninguna tesitura.

—Está bien. —Leonor aceptó a regañadientes.

Nos acercamos hasta donde ellos estaban y los hombres nos saludaron, fui consciente de como a Ronal se le iluminaron los ojos

mientras contemplaba a Leonor.

—Buenos días esposo, ¿damos un paseo?

—Por supuesto, le diré al mozo de cuadra que prepare un par de caballos, cabalgar nos sentará bien, hoy ha salido un buen día.

Di gracias por saber montar, en Galicia había muchos prados y fincas donde poder hacer equitación, y la familia de Amara se dedicaba a la cría y doma de equinos, juntas habíamos disfrutado mucho de largos paseos por el campo.

El mozo trajo los caballos, para mí, un tordo de tamaño mediano con una buena fisionomía, tenía unas crines grises y largas que le llegaban casi hasta el pecho, era precioso. Y para Robertson el que solía montar de costumbre, tan endemoniadamente oscuro como el mismo dueño.

—Te ayudaré a montar *sassenach.* —Acepté, para no llevarle la contraria, perfectamente podía hacerlo sola.

Puse mi pie en el estribo, y Robertson me dio el empujón necesario para subir ágilmente, después él montó al suyo y salimos al paso en paralelo en dirección a las montañas.

—*Sassenach,* quiero que le digas esta noche a Leonor que organice tu partida para mañana, necesitarás ropa para al menos dos semanas.

—¿Y a dónde vamos? —pregunté distraída mientras observaba el paisaje.

Las montañas se hacían infinitas en la lejanía, alguna de ellas atravesaba incluso las nubes gracias a su altura, los pájaros sobrevolaban nuestras cabezas y la humedad del ambiente casi era palpable, eran unas vistas preciosas, supe que podría acostumbrarme aquello, a la paz de aquel lugar.

—Viajaremos a Inverness. —De pronto mi esposo recuperó mi atención.

—¿Qué? ¿en serio?

—Te lo prometí, ¿recuerdas?

—¡Como olvidarlo! Estoy tan feliz, por fin podre saber si mi amiga está bien. —Giré la rienda de mi caballo para pegar el mío al suyo—. Bésame Oscuro...

Él se inclinó hacía mí y apenas rozó mis labios a causa de los movimientos del animal.

Llegamos a un claro en lo alto de la montaña desde donde se podía ver toda la pradera al completo. Desmontamos, y tras amarrar los caballos en un árbol nos sentamos a contemplar aquellas vistas que parecían una postal de revista.

—He de pedirte algo más, y sé que no te va a gustar.

—Suéltalo raudo mujer, y así podré darte mi negativa en cuanto antes —dijo con cierto tono jocoso.

—¿Te acuerdas de que te comenté que visité a una bruja?

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Me gustaría verla de nuevo antes de irnos.

—Ni hablar, eso es muy peligroso, si te ven hablando con ella, podrían acusarte a ti de brujería, te encerrarían y yo no podría hacer nada *sassenach,* te juzgarían, y te aseguro que en los tiempos que corren no sería un juicio justo, y más siendo una *sassenach*.

—Tan solo una vez por favor, y prometo que será rápido, y tú estarás allí para protegerme, fingiremos que vamos a comprar como la última vez.

—¿Qué es lo que necesitas de esa mujer?

—Ella sabía que yo soy una viajera del tiempo, quizá pueda decirme como volver.

—Pensaba que no querías regresar.

—Y no quiero, pero no sé si Amara y Herea piensan lo mismo, y por lo que a mí respecta esa es la única persona que puede tener la solución.

—Sí tus amigas son inteligentes, se casarán bien y vivirán una vida tranquila aquí en Escocia.

—Son inteligentes, no como yo, por eso querrán regresar. —Me burlé sacándole la lengua.

—¿Qué voy a hacer contigo *sassenach*?

—No sé, pero yo sí sé lo que quiero hacer contigo. —Estiré del bajo de mi vestido dejando mi pierna a la vista hasta el muslo.

Robertson sonrió con picardía, para después tirar de la cinta que anudaba mi media al muslo deshaciendo el lazo por completo.

—Lo pensaré pequeña lianta, pero no te prometo nada —dijo mientras su mano se deslizaba por el interior de mi muslo buscando mi sexo.

Cuando sus dedos tocaron el epicentro de mi ser, sus ojos se oscurecieron dándole un tono feroz a su intensa mirada.

—Dios pequeña, ¿siempre estás así de preparada para mí? —preguntó con su voz ronca y profunda tras comprobar la humedad de entre mis piernas.

—Siempre …

Y allí, bajo el cielo despejado de Escocia, y contra aquel lecho húmedo de grama me hizo suya de nuevo. Con la misma pasión que en nuestra primera vez, mi cuerpo se convirtió en mantequilla bajo el tacto de sus curtidas manos. El sabor de sus besos me embriagó por completo, y me llevaron a un tiovivo de sensaciones donde mi cuerpo fue libre de explotar en incontables ocasiones, pues así me hacía sentir Robertson, con él podía rozar el cielo con la yema de mis dedos tan siquiera sin proponérmelo.

Capítulo 26

Thurso, Castillo de Castletow
en las Highlands de Escocia, año 1612

—Ay Zeltia, si nos encuentran aquí nos llevaremos una buena paliza las dos.

—Baja la voz Leonor, no quiero que nos oiga nadie, y haz el favor de guiarme.

Ella asintió y me adelantó por el estrecho pasillo de piedra, que estaba completamente oscuro. La única iluminación que allí había era la del candelabro que sostenía Leonor. Conforme nos íbamos adentrando en aquel laberinto subterráneo de túneles mal olientes y húmedos, el frio se iba apoderando de nosotras. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al pensar lo horrible que sería que me encerraran allí.

Por fin llegamos a la primera celda, donde una puerta de madera vieja y gruesa con muchos pestillos impedía ver el interior, tan solo tenía una pequeña ventana a la altura de los ojos donde a través de un pasador podías deslizar una tabla hacia un lateral, y se abría para poder mirar dentro. Lo hice y lo que vi me resultó desolador: cuatro hombres muy delgados y andrajosos estaban en el interior, unos sentados en el suelo, y otros tumbados sobre un pequeño lecho de paja. Del interior del pequeño habitáculo emanaba un hedor insoportable, me llevé las manos al rostro para taparme la nariz. «Tendría que hablar de esto con el Oscuro» pensé, aquello era infrahumano, pero… ¿cómo contárselo sin revelar que estuve allí?

Continuamos avanzando mientras observábamos dentro de las celdas buscando a Florence, hasta que por fin nos pareció dar con ella. En una de las celdas una mujer estaba tumbada de cara a la pared con las piernas encogidas y tapada hasta el cuello con una de las capas de su falda, parecía que estaba tiritando.

—Tiene que ser ella —le susurré a Leonor.

—Sí, es ella, estoy segura.

—Florence, Florence —Alcé la voz para que me oyese.

La mujer se giró lentamente como si estuviese agarrotada, y en cuanto nos vio una dulce sonrisa se dibujó en su rostro. Se levantó con

esfuerzo y se pegó a la puerta para poder hablar con nosotras por la pequeña ventana que habíamos abierto.

—Señora, Leonor, ¿qué hacéis aquí? puede ser peligroso.

—Necesitábamos saber que estabas bien, estábamos muy preocupadas —contesté mientras una lágrima rodaba mi mejilla.

Me apenó muchísimo contemplar a Florence en aquel estado.

—Estoy bien, tranquilas, ahora debéis de regresar arriba antes de que alguien os vea. —La mujer tiritaba y a mí se me rompió el alma.

Zarandeé la puerta intentando abrirla, pero estaba cerrada con un gran candado.

—Déjame a mí Zeltia. —Leonor sacó de su limosnera una gran llave de hierro—. Ronal, además de decirme cuando no habría nadie de guardia aquí abajo, me dio la llave para abrir, la única condición es que Florence no puede escapar, ella debe de cumplir la condena que el *laird* le ha impuesto.

—Por supuesto que no huiré, cumpliré mi castigo, además, ¿a dónde iría? Este es mi hogar. —Leonor asintió y colocó la llave en la ranura, le dio un par de vueltas y el candado se abrió sin ningún problema.

Una vez dentro, solté las mantas y viandas que llevaba entre las manos y las tres nos abrazamos por unos minutos en silencio, silencio apenas roto por los sollozos de Florence.

—Tranquila, estamos aquí. —La tranquilicé mientras pasaba mi mano por su pelo revuelto.

—Te hemos traído unas mantas, aquí hace mucho frio —dijo Leonor mientras las colocaba sobre su lecho de paja en el suelo.

—También te hemos traído: agua, pan, mantequilla, cecina, y una sopa todavía caliente para que la tomes ya mismo, te vendrá bien para entrar en calor.

—Cierto, y esto también te vendrá bien para entrar en calor. —Leonor sacó una petaca llena de *whisky*.

—No sé cómo os voy a poder agradecer esto, niñas.

—Lo único que tienes que hacer es cuidarte mucho y no enfermar aquí dentro. Cuando salgas tendremos tiempo de estar juntas y de olvidar toda esta pesadilla. Lo único que me preocupa es que mañana saldré de viaje con mi marido, y no voy a poder visitarte en unos días…

—No te preocupes por eso Zeltia, yo cuidaré de ella.

—Te lo agradezco Leonor, pero no quiero que te expongas —Agarré su mano agradecida por su gesto.

—Tú de eso no te preocupes, estoy segura de que Ronal me ayudará a hacer que le lleguen suministros.

—Está bien, pero tened mucho cuidado. —Ella asintió.

Después de que Florence tomase su sopa y se recostase,

—entonces caliente entre las suaves mantas— nos despedimos de ella con pena y atravesamos de nuevo el pasillo. Cuando ya estábamos llegando a la salida escuchamos un ruido que nos sobresaltó, rápidamente apagamos las velas y nos quedamos en silencio pegadas a una de las paredes. De pronto una figura grande apareció detrás de una luz, y sentí que las piernas me temblaron.

—Rápido, tienen que irse.

—Ronal, por el amor de Dios, menudo susto nos has dado. —Leonor tenía las manos sobre el pecho por el sobresalto.

—Perdonad, pero el centinela se dirige hacia aquí, y venía a comprobar si ya habíais salido, seguidme conozco un atajo.

Sin perder más tiempo en conversar lo seguimos hasta que llegamos a una puerta, la atravesamos, andamos unos metros y giramos a la derecha, parecía que el túnel terminaba allí puesto que ante nosotros una pared de piedra impedía el paso. Ronal la empujó con esfuerzo, parecía pesada, hasta que se abrió una pequeña abertura por la que tuvimos que pasar.

—Seguid todo recto y llegaréis al patio que da una de las puertas de las cocinas, no tiene pérdida.

—Gracias Ronal, te debo una —le dije.

—Sí, gracias, Ron —Leonor le sonrió ruborizada, y él en respuesta acarició su mejilla con ternura.

—Tened cuidado. —Fue lo último que dijo antes de cerrar de nuevo la pared por la que habíamos pasado.

Los metros siguientes entre telarañas y alguna que otra rata del tamaño de un gato se hicieron eternos, pero todo había valido la pena por ver la cara de alegría con la que nos recibió Florence, y el saber que estaría algo mejor gracias a las mantas y el alimento.

Salimos por fin al patio, y el aire fresco que inundó mis pulmones me hizo revivir, no fui consciente de lo viciado que estaba el ambiente allí abajo hasta entonces.

—Dios, ha sido horrible, odio las arañas con todo mi ser. —Leonor se sacudió el pelo y la ropa tratando de quitar las telarañas que se le habían pegado.

—Gracias Leonor, por todo, eres una buena amiga, te echaré de menos estos días.

—Y yo a ti Zeltia. —Nos abrazamos.

Y sentí de pronto que las cosas comenzaban a encajar, ya no me sentía tan perdida entre aquellas personas que día a día me aceptaban y me demostraban su cariño.

Capítulo 27

Thurso, en las Highlands de Escocia, año 1612

La mujer observó a Robertson con desconfianza, y él le devolvió la mirada con crudeza, tenía los brazos cruzados en señal de desaprobación y estaba colocado junto a mí, de pie, como los guardianes que vigilaban la puerta de la antigua ciudad perdida de Atlántida. La señora Williams y yo estábamos sentadas frente a la misma mesa que la última vez, de pronto la sala parecía más pequeña, o quizás fuese por el cuerpo de mi esposo que parecía acaparar todo el espacio con su presencia.

—Dígame señorita Jones, ¿a qué ha venido?

—Ahora soy la señora Sinclair —rectifiqué.

—Disculpe, no sabía que se había casado.

—No se preocupe, eso no es importante ahora, estoy aquí porque necesito saber cómo regresar a mi tiempo.

—¿Y por qué esta tan segura que yo debería saberlo?

—Bueno, usted sabía que yo venía del futuro sin necesidad de decírselo, y también adivinó que encontraría a mis amigas a través de escuchar los cantos.

—¿Y las encontró?

—Solo a una, después de hablar con usted iré a buscarla, así que, si puede ir al grano, debo partir enseguida.

—No estoy segura de cómo puede regresar, pero sé que sí se puede, otras mujeres lo hicieron antes.

—¿Quién? ¿Conoce a alguna?

—No personalmente. —La mujer se levantó, agarró un cuenco grande de barro, echó unas cuantas hojas y palos dentro y le prendió fuego.

Apenas se avivó una pequeña llama en el interior del recipiente, añadió unas pocas hierbas más encima y, comenzó a emanar de la pequeña hoguera un espeso humo blanco. Ella lo miró apenas sin parpadear, como si estuviese tratando de leer algo en las formas

curvilíneas de la humareda.

—Hay un lugar en Elgol, al suroeste de la isla de Skye, es una cueva en la playa de las focas, dentro se unen los tiempos, pero necesitas de una joya especial, sin ella no atravesarás el tiempo y tu amiga y su abuela lo sabían.

—¿Cómo que lo sabían? ¿Insinúa que estoy aquí por culpa de ellas? ¿Qué todo esto fue a conciencia? —Miré a mi amado sorprendida, y él apoyó su mano sobre mi hombro.

—Yo solo digo lo que veo…

—¿Y qué más ve?

—Eso es todo. —Se levantó dando por finalizada la conversación.

—Así que eso es todo, más entresijos que descifrar…

—Hay algo más querida —Se acercó a mí y toco mi vientre—, pero eso usted ya lo sabe. Gracias por venir, estoy segura de que nos volveremos a ver.

—Tenga *bana—bhuidseach*, le doy las gracias por su ayuda. —Ronal tiró de muy malas formas sobre la mesa de aquella mujer una saca llena de monedas—. Recuerde que no nos conoce.

Me agarró del brazo y prácticamente me llevó hasta el exterior de la tienda arrastras, una vez fuera, me ayudó a subir a nuestro carruaje y, le indicó al mozo que iniciara la marcha sin demora, todo aquel recorrido zarandeada por Robertson lo hice sumida en mis pensamientos, me había quedado bloqueada por las palabras de la bruja.

—¿Se puede saber a qué se refería con eso último *sassenach?* —Robertson me miraba con el ceño fruncido, parecía furioso.

—No sé a qué se refería.

—¿Estas en cinta?

—¡No! Que yo sepa no.

Pensé en cuantos días hacía que no tenía el periodo, cuando viajé, una semana antes había sido mi último sangrado, y desde entonces nada. Con todos los acontecimientos no había caído en la cuenta de la ausencia de ella, y por un momento pensé en aquella posibilidad. Por supuesto no habíamos utilizado ningún medio, ¿pero en qué estaba pensando? Me llevé las manos al vientre por inercia.

—Si estás esperando un hijo mío no trates de ocultármelo mujer.

—No te ocultaría una cosa como esa, ¿por quién me has tomado?

—Puede que sí quieras regresar, y ocultarme esto haría que yo te dejase volver, pero si mi hijo está dentro de ti no podría permitírtelo, soy su padre y quiero criarlo.

—No digas tonterías Robertson, ya te dije que no me iba a ir a ningún sitio, no tengo la necesidad de mentirte —Me sentí mal, qué desconfiara de aquella forma de mí me decepcionó bastante.

—¿Y por qué no? Ya me has mentido otras veces

—¡Para salvar mi vida!

—También te colaste en la celda de Florence a escondidas, ¿eso también era para salvar tu vida? —Lo miré sorprendida ¿Cómo era posible que se hubiese enterado?

—No hay nada que pase en mis dominios que yo no sepa, y si te he permitido bajar hasta allí es porque yo quiero a la viejita y no le deseo ningún mal.

—¿Lo sabías y no me dijiste nada?

—No, esperaba que tu misma me lo contases, pero resulta que te gusta ocultarme cosas, quien sabe que más me ocultas.

—¡Nada, te lo he contado todo! —Robertson incrédulo cruzó sus brazos y giró su rostro hacia la pequeña ventanilla para observar el paisaje, por su gesto supuse que no deseaba seguir conversando conmigo.

El camino se hizo eterno, apenas me dirigió la palabra, se dedicó a ignorarme completamente, aunque entendí su enfado. Es cierto que las cosas habían dado un giro inesperado, y en su posición yo también hubiese sospechado teniendo las razones que él tenía para hacerlo, pero me hubiese gustado un voto de confianza por su parte después de todas las cosas que yo le había relatado.

Mi vejiga ya llevaba rato pidiéndome que la vaciara, pero mi enfado con Robertson hizo que tratase de aguantar hasta que no pude más.

—Necesito orinar, no puedo aguantar más. —Él apenas me miró, pero dio unos golpes sobre el techo de madera del carruaje, y en pocos segundos se detuvo.

—Vamos, te acompañaré, este camino no es muy seguro. —Consternada me dejé guiar.

Llegamos a unos matorrales, y mientras Robertson esperaba, yo los rodeé, levanté mis faldas, y por fin me desahogué, un poco más y me lo hubiese hecho encima.

Al acomodarme la ropa toqué el saquito de tela que contenía el collar con la piedra que llevaba enganchado en la enagua gracias a un alfiler. Lo sostuve entre mis manos y recordé las palabras de la señora William: «hay un lugar en Elgol, al suroeste de la isla de Skye, es una cueva en la playa de las focas, dentro se unen los tiempos, pero necesitas de una joya especial, sin ella no atravesarás el tiempo y tu amiga y su abuela lo sabían».

¡Dios mío! ¡Era cierto! Herea y Aldara sabían que cruzaríamos los arcos con aquella piedra, todo encajaba, todo tenía sentido, la historia de la viajera en el tiempo… que recordásemos la leyenda pues solo la contaría una sola vez, aquella despedida tan emotiva, los trajes de época para hacernos las fotos, esperar a que el sol se pusiese para cruzar los arcos. ¡Nos habían engañado! ¿Y por qué? ¿Qué razón

tendrían para mandarnos aquí? Estaba claro que debía de encontrar a Herea, me debía muchas explicaciones, sentí la furia apoderarse de mi cuerpo, la rabia y la ira, no había ninguna explicación que validase exponer a tus amigas a grandes peligros, sin consultarle al menos, no la había.

Salí entre los arbustos, Robertson estaba esperándome apoyado sobre un árbol.

—¿Te pasa algo *sassenach*? Te has puesto blanca de repente.

—Herea y su abuela.

—¿Qué pasa con ellas?

—Fueron ellas las que me mandaron aquí, ellas traicionaron mi confianza y la de Amara, suponiendo que ella tampoco sepa nada, mira. —Extendí mi mano y le tendí el pequeño saco.

Robertson lo abrió y sostuvo el collar en sus manos.

—Es la piedra que necesitas para viajar en el tiempo. —Me miró tratando de entenderme—. La abuela de Herea nos la regaló a Amara y a mí, después de contarnos que una antepasada suya viajó en el tiempo, y que les dejó la piedra de labradorita en su poder antes de regresar a su época.

—Y si les dejó la piedra… ¿Cómo regresó ella después?

—No lo sé.

—¿Y si nunca regresó? Sí os mintió en esto podría haberlo hecho en muchas otras cosas.

—Podría ser. —Mis ojos se humedecieron y una pequeña lágrima resbaló.

Robertson me abrazó olvidando el enfado que minutos antes había entre nosotros. Me sentí tan traicionada, Herea era como la hermana que nunca tuve, ¿cómo podía haberme hecho aquello?

—Tranquila *sassenach*, te ayudaré a encontrar las respuestas.

—Gracias —dije mientras me apartaba de él para mirarlo a los ojos, después me tendió la joya para devolvérmela. —No, quiero que tú la guardes por mí, ahora mi destino está en tus manos.

—No es necesario *sassenach*, confío en ti, simplemente estaba enfadado. —Puso su mano en mi vientre—. Pensé que me ocultabas algo tan maravilloso como es la llegada de un hijo a nuestras vidas —Se arrodilló ante mí y besó mi bajo vientre.

—Es qué no lo sabía, tampoco ahora estoy segura, tendremos que esperar para averiguarlo.

—Yo sí lo estoy *sassenach*, me darás un hijo, estoy seguro, y muy feliz. —Abrazó mi cintura y me levantó en volandas—. Y te voy a tratar como a una reina.

Caminó conmigo los metros que faltaban hasta el carro y me ayudó a subir, y allí me besó con cariño mientras sus ojos me trasmitían el amor que en ellos había. Después me devolvió mi collar

he hizo que lo guardase de nuevo, pues según él, el que yo permaneciese a su lado no era una imposición, si no una demostración de amor.

Las horas pasaron, y el cielo comenzó a oscurecerse ante nuestros ojos cuando decidimos parar para descansar. El hostal donde cenaríamos tenía un aspecto exterior bastante tétrico, perfectamente allí se podrían haber grabado más de una película de terror, pero su interior era completamente diferente: el salón estaba repleto de mesas y sillas de madera ocupadas por algunos usuarios que charlaban animadamente, mientras llenaban su estómago con algo caliente. El calor de la chimenea calentaba el lugar llenando el ambiente con el característico aroma de la leña.

El mozo que nos acompañaba se hizo cargo de los caballos, y después de darles de comer y beber, los dejó en las cuadras que había rentado Robertson. Después se fue a cenar con los demás empleados en otra zona del hostal, allí también estaban las habitaciones del servicio, donde podría descansar para la travesía del siguiente día. Ya estábamos a más de la mitad del camino, así que calculábamos que a media mañana ya estaríamos pisando los suelos de la ciudad de Inverness.

Después de cenar un caldo consistente que me llenó por completo y me reconfortó, subí junto a Robertson —con el corazón galopando por el encuentro inminente con Amara— a nuestra habitación. Aquella noche tomó mi cuerpo como nunca antes lo había hecho; con pasión, pero con la delicadeza de quien sostiene una rosa entre sus manos para no dañarla, y yo me sentí la mujer más feliz de Escocia.

Capítulo 28

Inverness, en las Highlands de Escocia, año 1612

Los nervios de volver a ver a mi amiga me hicieron temblar hasta tal punto que fui incapaz de tocar a aquella puerta de madera que se alzaba ante mí. Robertson me sujetó por la cintura, y con su puño hizo lo que yo no pude; golpear aquella tabla.

A los pocos minutos una mujer mayor que vestía con ropajes negros y que llevaba un mandil apareció ante nosotros. Su aspecto era algo desaliñado, y estaba un poco manchada con lo que parecía harina.

—Buenos días, ¿desean algo? —preguntó la mujer con amabilidad.

—Hola, estamos buscando a Amara, alguien me dijo que podría encontrarla aquí.

—¿Es usted Zeltia? —Abrí mucho los ojos al escuchar mi nombre.

—Así es.

—Yo soy Flora Rose, pase querida, la estaba esperando.

La mujer echó a andar en dirección al interior de la casa y nosotros la seguimos. Nos condujo hasta una pequeña salita donde solo había unos pocos muebles junto con una mesa y cuatro sillas. Era un hogar bastante humilde, pero acogedor.

—Siéntense, enseguida estoy con ustedes, he de cubrir los panes que estaba preparando para que la masa se eleve, y de paso traeré algo de beber, esta conversación quizá se haga larga. —Asentimos y nos quedamos en silencio, mientras yo observaba a mi alrededor nerviosa.

Robertson sujetó mi mano tratando de darme su apoyo. Estaba tan cerca de Amara, que pensé que en cualquier momento atravesaría la puerta de aquella sala y nos fundiríamos en un eterno abrazo.

La puerta se abrió después de unos minutos y el corazón me dio un vuelco, hasta que de nuevo la anciana apareció con una bandeja cargada, en la que llevaba unos dulces y una jarra de cerveza caliente.

Nos sirvió unos vasos y se sentó junto a nosotros.

—Amara estuvo aquí —Fue directa al grano.

—¿Estuvo? ¿Qué quiere decir con eso?

—Se fue hará una semana, con mi hijo Fergus.

—¿El cantante?

—Así es, el mismo le dio el mensaje a Amara que usted le encomendó.

—Entonces ella sabe que vendría a buscarla, ¿por qué se ha ido?

—Sera mejor que lea la misiva que ha dejado para usted señora, podrá entender mejor los motivos. —La mujer sacó de su mandil una carta y me la entregó.

Miré a Robertson y a continuación agarré el papel temblorosa, temiendo lo que podrían rebelarme sus palabras.

Querida Zeltia:

Siento no haberme quedado para esperarte como bien me hiciste llegar a través de Fergus, pero lo que tengo que hacer no se puede demorar. Descubrir que estabas bien y además casada me hizo respirar, saber que estarás protegida es lo que me ha dado la fuerza para comenzar mi viaje sin ti. Han llegado rumores al pueblo, por lo visto una mujer de cabellos dorados se ha hecho muy famosa en la isla de Skye, cuentan de ella que quien se encuentra con una de sus flechas no vive para ver otro amanecer, se hace llamar Mérida, ya sabes lo mucho que le gustaba esa película a Herea, estoy convencida de que es ella, al igual que estoy convencida de que no estamos aquí por casualidad.

Querida amiga, ahora sé dónde encontrarte, deja que resuelva este enigma y regresaré a por ti, juntas volveremos a casa, te lo prometo.

Se fuerte.

Amara

¿Eso era todo? Después de lo que habíamos pasado, solo unas pocas palabras había dejado Amara para mí, cuando emprendí mi viaje pensé que resolvería dudas junto a ella, ¿ni siquiera había podido esperarme para ir en busca de Herea? De pronto comencé a marearme y me dieron ganas de vomitar.

—¿Está bien señora? —me preguntó la mujer visiblemente preocupada.

—No, necesito aire.

—Salgamos al exterior *sassenach*. —Robertson sin esperar respuesta me cargó con cuidado, y atravesó la casa de nuevo hasta la entrada. La mujer, segundos después salió con una de las sillas de madera del interior, la cual puso junto a mí para que me sentara.

—Deje que la ayude, soy curandera —comentó la señora mientras tocaba mi frente comprobando que no tuviese calentura.

—Sospechamos que mi mujer pueda estar en cinta —contestó

Robertson.

—No es nada de verdad, estoy bien, es solo que leer esa carta me ha afectado, pensar que he estado tan cerca de ella y se me ha escapado entre los dedos… —Comencé a llorar—. Y ahora no sé qué debo hacer, no sé si debería de ir en su busca o regresar a Castletown.

—Querida déjeme darle un consejo, si realmente está en buen estado de esperanza debería regresar, y esperar a que Amara vaya a su encuentro. A ella no le pasará nada, está acompañada por Fergus, y él es un buen muchacho, además, el tiempo que Amara ha pasado aquí conmigo, ha estado ayudándome como aprendiz, y le puedo asegurar que conoce muchos de los usos de las plantas y sus beneficios, si enfermara sabría qué hacer.

—Zeltia mírame. —El Oscuro se acuclilló ante mi para ponerse a mi altura, ya que yo todavía permanecía sentada. —Sé que te mueres por ir tras ella, lo veo en tu mirada, pero haremos algo si te parece bien. Regresaremos a casa, y cuando nos cercioremos de si estas en cinta o no, haremos una cosa u otra, pero no pondremos en peligro la vida de nuestro bebé con un viaje tan largo y seguramente peligroso.

Asentí entre lágrimas sintiendo que me temblaba el labio inferior.

—¿Me prometes qué si resulta que no estoy embarazada me llevarás a la isla de Skye?

—Te lo juro por mi honor *sassenach,* jamás te mentiría.

—Te creo, Oscuro.

Y así fue como el regreso a mi hogar se hizo eterno, como el vacío de mi corazón por no encontrar a Amara se transformó en un dolor que apenas me dejaba respirar…

—Llora lo que necesites *boireannaich,* yo estoy aquí para ti. —Robertson me tenía entre sus brazos mientras yo contemplaba a la lejanía desde una de las torres más altas de Castletown, con la esperanza de que algún día vería a Amara y a Herea caminar hacia mí.

Y allí, desde la seguridad en aquella fortaleza y entre los brazos de mi amado, me juré esperar, pues no me sentía digna de mi felicidad sin saber que había sido de mis amigas.

Continuará…

Epílogo

Inverness, en las Highlands de Escocia, año 1612

Amara

Me desperté sobresaltada y nada de lo que pude observar a mi alrededor me era familiar. Me encontraba en un pequeño camastro en una habitación iluminada tan solo por un pequeño candelabro. Sobre una mesita pequeña que estaba a mi derecha observé varios tarros de diferentes tamaños y colores, parecían aceites esenciales o algo similar. Con cuidado, y todavía entumecida me levanté lentamente, y un pinchazo de dolor me hizo reparar en mi brazo izquierdo en el cual llevaba una venda. «¿Estaba herida?» Eso hizo que me asustara y deseara salir de allí en cuanto antes.

Al incorporarme tropecé con una cesta de mimbre que estaba en el suelo en un lateral de la cama, dentro había lana y unas agujas de tejer, sin pensarlo agarré una de las agujas y la empuñé como si fuese un cuchillo.

Estaba asustada, no recordaba cómo había llegado hasta allí. ¿Y si me habían secuestrado? ¿Y si estaba en peligro? Seguramente pronto lo averiguaría.

Abrí la puerta de la habitación, y esta daba a una salita pequeña, donde una chimenea encendida llamó mi atención. Los muebles parecían muy viejos, y pude observar que no había lámparas, ni televisor. Un olor delicioso que inundaba el ambiente hizo que mis tripas rugiesen, parecía que alguien estuviese asando un pollo.

Temblorosa y con el corazón a mil por hora, mientras no dejaba de empuñar aquella aguja afilada, atravesé la estancia buscando a quien vivía allí.

Escuché unos ruidos y sin pensar me aproximé con cuidado hacía ellos, cuando llegué a lo que parecía la cocina pude observar a una mujer bajita y regordeta que estaba de espaldas a mí. Parecía concentrada revolviendo un guiso con una cuchara de palo mientras tarareaba una canción. No me resultó amenazante, así que decidí saludarla para que no se llevara un sobresalto.

—Hola —dije después de carraspear.

La mujer volteó y al verme empuñando la aguja se estremeció.

—Niña, aquí está a salvo, no necesita eso. —Sus ojos me transmitieron la suficiente confianza como para bajar el arma y dejarla sobre una mesa que estaba a mi alcance—. Venga, siéntese, seguro que está muy hambrienta.

No me di cuenta hasta que me senté que la mujer me estaba hablando en inglés, por suerte yo lo hablaba y lo comprendía perfectamente, aunque su acento era algo diferente al británico.

—Yo no sé qué hago aquí, ni cómo he llegado, ¿y quién es usted? —pregunté.

—Me llamo Flora Rose, mi hijo Fergus y yo estábamos aquí en casa en una tarde como hoy cuando usted llamó a nuestra puerta pidiendo ayuda, después se desmayó quedándose inconsciente.

—¿Inconsciente? No recuerdo nada. —Me llevé las manos a la cabeza desorientada, tratando de recordar que había pasado—. Lo último que viene a mi mente es estar posando para unas fotografías en el Monasterio de San Pedro de Rocas, estaba allí con mis amigas hasta que cruzamos los arcos.

—¿Fotografías? ¿Qué es eso?

—¿No sabe lo que es una foto?

—¿Foto? No la comprendo señorita, me imagino que usted no es escocesa.

—No por supuesto que no, soy española, de Ourense.

—¿España? Eso está lejísimos, ¿cómo ha llegado hasta aquí? Me imagino que la travesía en barco ha debió de ser horrible, sin hablar las horas a caballo o en carreta.

¿Caballo? ¿Carreta? Aquello tenía que ser una broma, la pobre mujer debía de tener algo de demencia senil, no podría ser otra cosa.

—Señora ¿dónde se piensa usted que estamos?

—No, la cuestión es, ¿dónde cree usted que está exactamente?

—En España, cerca de la población de Esgos por supuesto, y el Monasterio tiene que estar aquí al lado.

—Señora, no quiero asustarla, pero estamos en Escocia, en la ciudad de Inverness del año de nuestro señor 1612.

—¡Pero eso es imposible!

No entendía nada, necesitaba salir de allí, aquella situación me estaba superando. Comencé a deambular por la casa buscando la salida ya que no conocía el lugar, pero no me costó demasiado salir al exterior, la casa era pequeña y tan solo tenía tres habitaciones muy sencillas, me sorprendió que no hubiese ningún baño. Afuera la noche era oscura y no se veía ninguna luz a lo lejos. La mujer me alcanzó y se puso a mi lado mientras no dejaba de obsérvame sorprendida.

—¿Dónde está la ciudad señora?

—Está ahí enfrente. —Señaló hacia la oscuridad.

—¿Y las luces?

—¿Luces? No sé a qué se refiere, las familias por la noche se refugian en sus casas y la iluminación de éstas es gracias a las chimeneas y a los candelabros, esas luces no se pueden divisar desde aquí.

De pronto se escuchó el sonido de unos cascos y de la oscuridad apareció un hombre montado a caballo. Era muy grande, e iba vestido de una forma antigua, como si acabase de salir de un mercado medieval.

—¡Fergus cariño! —La mujer se aproximó a él en el momento que se estaba apeando del animal y lo abrazó con cariño, después el hombre reparó en mí.

Cuando mis ojos y los suyos se encontraron, un destello de imágenes apareció en mi mente como en una película. El me encontraba tirada en medio del camino de entrada a su casa, aturdida, y me levantaba entre sus brazos mientras me decía que todo iría bien, que el cuidaría de mí, y por lo visto lo había hecho, me había salvado de morir congelada bajo el manto frío de la noche…

Querido lector, gracias por haber llegado hasta aquí, si te ha gustado mi novela te pido con descaro y atrevimiento que me dejes una valoración en Amazon, con ello ayudas a la difusión de esta, y me haces un gran favor, sin más, te deseo un bonito día.

No me gustaría marcharme sin darte un pequeño detalle del cual solo podrás disfrutar tú como lector en exclusiva, y es la portada y el título de la próxima novela de las Viajeras del Tiempo, espero que te guste.

«Conquistando invernes, viajeras del tiempo II»

Es la segunda entrega de esta saga romántica, donde Amara narrará su historia y se enfrentará a pruebas inimaginables. Esta bonita gallega tratará de encontrar a sus amigas, y para ello necesitará la ayuda de alguien, quizá haya un apuesto guerrero dispuesto a ayudarla en su travesía…

Puedes seguir mis redes para más información sobre la saga: @Lady MacNoble en Instagram, en Facebook, o en TikTok.